

Roberto Bolaño

# Monsieur Pain

*Para Carolina López*

P: ¿Le aflige la idea de la muerte?

V: (Muy rápido.) ¡No..., no!

P: ¿Le desagrada esta perspectiva?

V: Si estuviera despierto me gustaría morir, pero ahora no tiene importancia. El estado mesmérico se avecina lo bastante a la muerte como para satisfacerme.

P: Me gustaría que se explicara, Mr. Vankirk.

V: Quisiera hacerlo, pero requiere más esfuerzo del que me siento capaz. Usted no me interroga correctamente.

P: Entonces, ¿qué debo preguntarle?

V: Debe comenzar por el principio.

P: ¡El principio! Pero ¿dónde está el principio?

*Revelación mesmérica,*  
EDGAR ALLAN POE

# **NOTA PRELIMINAR**

Hace muchos años, en 1981 o 1982, escribí *Monsieur Pain*. Su suerte ha sido desigual y aventurera. Con el título de *La senda de los elefantes* obtuvo el premio de novela corta Félix Urabayen, que concede el Ayuntamiento de Toledo. Poco antes, con otro título, había obtenido una mención en otro certamen de provincias. En el primero gané trescientas mil pesetas. En el segundo, unas ciento veinte mil, según creo recordar. En Toledo me publicaron el libro y me hicieron jurado para el siguiente certamen. En la otra capital de provincia me olvidaron aún más rápidamente de lo que tardé yo en olvidarlos a ellos y nunca supe si habían publicado el libro o no. Todo esto lo narro en un cuento de *Llamadas telefónicas*. El tiempo, que es un humorista de ley, me ha hecho ganar posteriormente algunos premios importantes. Ninguno ha sido, sin embargo, tan importante como estos premios desperdigados por la geografía de España, premios búfalo que un piel roja tenía que salir a cazar pues en ello le iba la vida. Nunca como entonces me sentí más orgulloso y más desdichado de ser escritor. Sobre *Monsieur Pain* poco más es lo que puedo decir. Casi todos los hechos narrados ocurrieron en la realidad: el hipo de Vallejo, el camión —tirado por caballos— que atropello a Curie, el último o uno de los últimos trabajos de éste estrechamente relacionado con algunos aspectos del mesmerismo, los médicos que atendieron tan mal a Vallejo. El mismo Pain es real. Georgette lo menciona en alguna página de sus recuerdos apasionados, rencorosos, inermes.

# **Monsieur Pain**

## PARÍS, 1938

El miércoles 6 de abril, al atardecer, cuando me disponía a abandonar mis habitaciones recibí un telegrama de mi joven amiga madame Reynaud solicitando mi presencia con carácter urgente para esa misma tarde en el café Bordeaux, sito en la rué Rivoli, no demasiado lejos de mi residencia y a una hora a la que aún, si me daba prisa, podía acudir con puntualidad.

El primer síntoma de la singularidad de la historia en la que acababa de embarcarme se presentó enseguida, al bajar las escaleras y cruzarme, a la altura del tercer piso, con dos hombres. Hablaban español, un idioma que no entiendo, y llevaban gabardinas oscuras y sombreros de ala ancha que, al estar ellos en un nivel inferior al mío, velaban sus rostros. Por la semipenumbra reinante de común en las escaleras y también debido a mi manera silenciosa de moverme no se dieron cuenta de mi presencia hasta quedar enfrentados, distantes tan sólo tres escalones; entonces dejaron de hablar y en lugar de apartarse para que pudiera seguir descendiendo (las escaleras son suficientemente anchas para dos personas, no para tres) se miraron entre sí durante unos instantes que me parecieron fijos en algo como un simulacro de eternidad (he de recalcar que yo estaba algunos escalones por encima) y después posaron, con extrema lentitud, sus ojos en mí. Policías, pensé, sólo ellos conservan esa forma de mirar, herencia de cazadores y de bosques umbríos; luego recordé que hablaban español, por lo tanto no podían ser policías, al menos no policías franceses. Pensé que se disponían a hablarme, el inevitable chapurreo de los extranjeros extraviados, pero en lugar de eso el que estaba frente a mí se echó a un lado, del peor modo imaginable, contra el hombro de su compañero, en una posición que seguramente incomodaría a ambos, y yo pude, tras un breve saludo que no fue correspondido, continuar el descenso. Por curiosidad, al llegar al primer descansillo me volví y los observé: seguían allí, juraría que en los mismos peldaños, apenas iluminados por una bombilla que colgaba del rellano superior y, de verdad sorprendente, en la misma posición que adoptaron para que pudiera pasar. Como si se hubiera detenido el tiempo, pensé. Al alcanzar la calle la lluvia hizo que olvidara este incidente.

Madame Reynaud estaba sentada en el fondo del restaurante, junto a la pared, la espalda como de costumbre muy erguida. Parecía impaciente aunque al

divisarme su rostro se tranquilizó, como si una repentina laxitud fuera la manera indicada de demostrar que me había reconocido y que me aguardaba.

—Quiero que vea al esposo de una amiga —fue lo primero que dijo no bien hube tomado asiento frente a ella, de cara a un enorme espejo de pared desde el cual podía dominar la casi totalidad del restaurante.

Recordé, por quién sabe qué retorcida analogía, el rostro de su joven marido, fallecido hacía poco tiempo.

—Pierre —repitió recalcando cada palabra—, es urgente que vea, profesionalmente, al esposo de mi amiga.

Creo que pedí una copa de menta antes de preguntar de qué enfermedad adolecía el señor...

—Vallejo —dijo madame Reynaud, y añadió, igual de escueta—: Hipo.

Ignoro por qué las imágenes inconexas de un rostro que podía ser el del difunto monsieur Reynaud se sobreimpusieron a los cuerpos que bebían y charlaban a una o dos mesas de distancia.

—¿Hipo? —pregunté con una triste sonrisa que quería ser respetuosa.

—Se está muriendo —afirmó con vehemencia mi interlocutora—, nadie sabe de qué, no es una broma, debe usted salvarle la vida.

—Me temo —susurré mientras ella miraba nerviosamente a través de los ventanales el fluir de los viandantes por la rué Rivoli— que si no es usted más explícita...

—No soy médico. Pierre, apenas sé nada de estas cosas, bien sabe que ésa ha sido mi desgracia, siempre quise ser enfermera. —Sus ojos azules brillaron enfurecidos. Madame Reynaud, en efecto, no había cursado estudios superiores (de hecho no había cursado estudios de ninguna clase), lo que no era óbice para que la considerara una mujer de inteligencia despierta.

Con un ligero mohín, bajando las pestañas, agregó con la entonación de quien recita algo aprendido de memoria:

—Desde finales de marzo monsieur Vallejo está hospitalizado. Los médicos todavía no saben qué tiene, pero lo cierto es que se muere. Ayer comenzó a sufrir hipo... —Se detuvo un momento, paseó la mirada entre la concurrencia, como si intentara localizar a alguien—. Es decir, ayer comenzó a hipar constantemente sin que nadie pudiera hacer nada por aliviarlo. Como usted sabe, el hipo puede llegar a matar a una persona. Por si esto fuera insuficiente la fiebre no baja de cuarenta. Madame Vallejo, a quien conozco desde hace años, me llamó esta mañana. Está sola, no tiene a nadie salvo a los amigos de su marido, casi todos sudamericanos. Al explicarme su situación pensé en usted, aunque por supuesto a ella no le he prometido nada.

—Me honra su confianza —alcancé a suspirar.

—Tengo fe en usted —replicó de inmediato.



Pensé que la fe era el primer requisito para amar. Me pareció deleznable. Sus ojos estaban secos (¿por qué no habían de estarlo?) y parecían estudiar con morosidad las hombreras de mi chaqueta.

—Lo que no han hecho los médicos puede hacerlo usted con la acupuntura.

Puso su mano encima de la mía; sentí un ligero escalofrío; los dedos de madame Reynaud, por un instante, me parecieron transparentes.

—Créame, es usted la única persona que puede salvar al esposo de mi amiga, pero debemos darnos prisa, si acepta tendrá que ver a Vallejo mañana mismo.

—No puedo negarme, por supuesto —dije sin atreverme a mirarla.

Su exclamación atrajo la atención de algunas mesas vecinas:

—¡Lo sabía! ¡Oh, Pierre, confío en usted, confío tanto!

—¿Qué es lo primero que debo hacer? —la atajé mientras veía en el espejo mi rostro ruborizado, tal vez feliz, y la figura del camarero hablando con dos individuos vestidos de negro, altos y flacos, de rostros demacrados, al lado de la caja, como si estuvieran pagando una consumición o haciéndole una confidencia.

—No lo sé, amigo mío, debo hablar con Georgette, con madame Vallejo —puntualizó—, y concertar una cita para mañana a primera hora.

—Me parece muy bien. Cuanto antes me haga una idea del estado en que se encuentra el esposo de su amiga será mejor —aseveré.

El camarero y los dos hombres de negro se volvieron a mirarnos. Los desconocidos, extremadamente pálidos, movieron las cabezas, al unísono, como asintiendo. Tuve una sensación extraña: en ese momento me parecieron, ambos, una de las encarnaciones posibles de la piedad. Me pregunté si madame Reynaud los conocería.

—Nos están observando.

—¿Quiénes?

—Allí, junto a la caja, disimule, dos hombres vestidos de negro. A mí me parecen un par de ángeles, ¿no lo cree?

—No diga tonterías, se lo suplico, los ángeles son jóvenes y tienen la piel rosada. Esos pobres hombres parecen recién salidos de la cárcel.

—O de un sótano.

—Aunque probablemente sólo sean oficinistas cansados, tal vez enfermos.

—Es verdad. ¿Los conoce usted?

—No, por supuesto, no —respondió, los ojos fijos en el prendedor de mi corbata.

Parecía haberse empequeñecido.

Pese a mis esfuerzos el esposo de madame Reynaud había muerto hacía seis meses, a la edad de veinticuatro años. Madame Reynaud se presentó en mi casa con unas líneas del viejo monsieur Rivette, un amigo común, exactamente una semana antes y desde el primer momento supe que no podría hacer nada; los médicos habían desahuciado a Reynaud desde hacía mucho y era evidente que sólo la desesperación juvenil de madame Reynaud concebía esperanzas acerca de la salud de su esposo. Contra mi costumbre, también contra mi cansancio, debo admitirlo, accedí a sus ruegos. Aquel mismo día visité a monsieur Reynaud en su lecho de moribundo en el Hospital de la Salpêtrière, en donde ya de antaño contaba con la consideración de algunos doctores a quienes en ocasiones auxilié con mis elementales conocimientos de acupuntura en sesiones de terapia diversa.

Monsieur Reynaud era moreno y de ojos verdes oscuros, diríase un meridional, y fingía con gran soltura ignorar su estado de salud. Enseguida me resultó simpático; era hermoso y torpe y bastaban cinco minutos a su lado para comprender el amor que su mujer le profesaba.

—Todos están locos si creen que me voy a recuperar —me confesó la segunda noche, después de explicarle detalles sin importancia de mi rutina diaria, para entretenerlo y tal vez para crear una zona de confianza mutua.

—No lo crea —sonreí.

—Usted no lo entiende, Pain. —Su rostro brillaba, ladeado ligeramente hacia mí mientras sus ojos buscaban algo que yo no podía ver.

Estuve junto a él hasta su muerte.

—No debe culparse, todos sabíamos que era inevitable —me consoló el doctor Durand la noche que expiró.

A partir de entonces comencé a ver a madame Reynaud cada quince o veinte días. ¿Una amistad? No lo sé. Tal vez algo más, aunque nuestros encuentros se limitaban a paseos aderezados de diálogos que nunca comprometían opiniones sentimentales o políticas, o que al menos nunca comprometían las de ella; casi siempre era yo quien hablaba y los temas, muy a mi pesar, discurrían entre mi ya un tanto lejana juventud, la Gran Guerra, en la cual combatí, mis intereses por las ciencias ocultas, nuestro común amor por los gatos. También, es cierto, íbamos a sesiones de cine, siempre a instancias mías, o nos guarecíamos en restaurantes de cualquier barrio en donde por lo común permanecíamos en silencio. Un silencio que a ambos nos confortaba. Jamás hubo ninguna alusión íntima o sentimental, a no ser que se considere como tales algunas confidencias inofensivas que solía hacerme sobre su difunto esposo. Para finalizar, nunca nos habíamos visitado en nuestros domicilios particulares (exceptuando la primera vez que madame Reynaud fue a buscarme con la carta de presentación de monsieur Rivette), aunque ambos poseíamos nuestras respectivas direcciones.

Dulcemente, mientras regresaba a casa, comencé a recomponer el rostro febril de monsieur Reynaud al tiempo que meditaba en el hipo del desconocido monsieur Vallejo. Imagen recurrente, reflexioné; en los últimos meses me resultaba difícil no asociar la enfermedad e incluso la belleza con el recuerdo de monsieur Reynaud. Eran casi las doce y había pasado el resto de la velada en un café del barrio de Passy en compañía de un viejo conocido, sastre retirado que dedicaba gran parte de su tiempo al estudio del mesmerismo. Ya no llovía. De alguna manera, pensé, las personas que nos sirven de puente hacia los pacientes revelan el estado más profundo de éstos. Los intermediarios como radiografías. La teoría, ciertamente, era aventurada y en el fondo no creía en ella. ¿Qué me había revelado madame Reynaud de mi futuro paciente si no su propio deseo, un deseo morboso, de verme curar por fin a alguien? ¿Y qué significaba esto si no el justificado deseo de afianzar su confianza en mí? Puesto que no había salvado a su esposo, y ése era mi papel y mi misión cuando aparecí en su vida, debía salvar ahora al esposo de su amiga y dar fe con este acto de una realidad, de un orden lógico y superior dentro del cual podíamos seguir siendo quienes éramos. Tal vez llegar, finalmente, a reconocernos, y tras el reconocimiento cambiar, en mi caso aspirar a la felicidad. (Una felicidad razonable, parecida a la diligencia y a la confianza.) Sin embargo había algo que no calzaba, que intuía en los silencios de madame Reynaud, en mi propio estado sensorial, alerta por razones que desconocía. Un malestar extraordinario subyacía detrás de las cosas más nimias. Creo que vislumbraba el peligro, pero ignoraba su naturaleza.

De pronto, como para justificar mis temores, al doblar la esquina de mi calle de ordinario desierta a esas horas, escuché unas pisadas que se aceleraban. Caminé aún unos cuantos metros antes de detenerme, sorprendido. Me siguen, constaté con la misma mezcla de certeza y asombro con que los soldados se descubren una pierna gangrenada. ¿Era posible?

Con cautela miré por encima del hombro; dos hombres, a unos veinte metros, caminaban en mi misma dirección, muy juntos, uno al lado del otro hasta parecer hermanos siameses, los sombreros de ala ancha, desmesurados, las siluetas negras recortadas por el farol de la acera de enfrente.

Supe que mientras caminaban no me quitaban el ojo de encima. Me sentí observado hasta el dolor, un dolor que me desnaturalizaba. Recorrí deprisa el tramo que me separaba de mi edificio. No recuerdo haberlos oído correr, por lo que supongo que mi reacción debió de tomarlos desprevenidos. Al trasponer el umbral, después de cerrar no sin esfuerzo la puerta del zaguán, me descubrí empapado de sudor. Apoyado de espaldas en la puerta, pensé: La transpiración es señal inequívoca de salud. Después me sentí profundamente avergonzado; debo de haber corrido, me dije, y los hombres deben de haber pensado, con toda razón, que huía de ellos, etcétera. Justo al terminar con estas recriminaciones que a nada conducían salvo a mi propia humillación, cuando ya cogía aliento para escalar los empinados peldaños hasta el quinto piso, oí, al otro lado del portal y casi a la altura de mi oído, las voces de dos personas farfullando algo en español.

Subí las escaleras sin encender la luz, lo más silenciosamente posible, y me encerré en mi cuarto. Ya en la cama, después de haber calentado un té en el

hornillo, me dije que había elementos nuevos entre ayer y hoy que trastornarían mi cotidianidad. Movimiento, pensé. El círculo se abre en el punto más inesperado. Tengo un paciente que se muere de hipo; dos españoles (y mi paciente, si no español, es hispanoamericano) que sin duda alguna me siguen; madame Reynaud que se pone nerviosa al ver a los dos caballeros altos que nos observaban en el café Bordeaux, quienes a su vez no son los españoles que me siguen pero a quienes madame Reynaud parece conocer, o adivinar su identidad, y temer.

Abril, pensé. Un nuevo ciclo vital. En algún momento me quedé dormido.

Desperté tarde, con dolor de cabeza. Alguien golpeaba la puerta. Era madame Grenelle, la arrendataria de las habitaciones contiguas a las mías, sujetando entre los dedos un sobre azul oscuro y otro blanco, de papel corriente. Al verme reprimió un grito:

—Monsieur Pain, qué susto me ha dado.

—Pero si sólo he abierto la puerta —dije, y, en efecto, lo había hecho sin ninguna violencia, incluso casi demasiado lentamente, digamos: como si hubiera abierto la puerta con *resignación*. ¡Y la Grenelle se había asustado!

—Es mediodía —dijo mientras alargaba el cuello con la vana esperanza de encontrar algún acompañante nocturno en mis habitaciones.

Por dignidad cerré un poco más la puerta y pregunté si las cartas eran para mí.

—Por supuesto —dijo—, a mí nadie me escribe, si recibo carta es de provincias, de mi hermana o de la hermana de mi difunto esposo, pero nunca del mismo París.

Sonrió retadora y su doble papada quedó a la altura de mi pecho. También yo intenté una sonrisa comprensiva.

—Las han traído personalmente. Esta —abanicó el sobre blanco—, dos individuos extranjeros, españoles o italianos. Y ésta —hizo una pequeña espiral en el aire con el sobre azul y guiñó un ojo de inteligencia—, un mensajero. Pero huélala. Perfume, ¿verdad?

Permanecí impasible, aparentando un desinterés que no sentía, las manos en los bolsillos de la bata, con la vista perdida en el pasillo desierto y frío.

—¿Vio usted a los caballeros extranjeros?

—Sí, también hablé con el mensajero, un pobre muchacho recién llegado de Albi, ni siquiera conoce la ciudad.

—¿Habló usted con los españoles?

—¿Eran españoles?

—Creo que sí —dije no muy seguro—. ¿Habló con ellos?

—Un poco. Estuvieron llamando a su puerta durante mucho rato, serían las nueve de la mañana, tiene usted el sueño pesado, monsieur Pain.

—¿Qué le dijeron, madame Grenelle?

—Nada en particular, me preguntaron si usted vivía aquí y yo les dije que sí, claro, pero que seguramente había pasado la noche en otro sitio, quién se iba a figurar que estaba acostado; después me preguntaron si usted solía pasar las noches fuera de casa y yo les dije que eso no era de mi incumbencia, aunque me cuidé de asegurar que usted era una persona poco bohemia, dedicada a los estudios, que casi siempre venía a dormir. Se ve que les costaba entender o que no sabían cómo responderme. El caso es que se quedaron callados, como esperando oír algún ruido proveniente de su habitación, luego uno de ellos escribió una nota, la metió dentro del sobre y me la dio, el sobre está cerrado, véalo. Me dijo que era urgente que usted lo recibiera sin demora, lo repitió varias veces. Qué tipo más pesado. De acuerdo, de acuerdo, le dije, lo he entendido todo, no se preocupe. El otro no despejaba la oreja de su puerta, sin perder la esperanza, digo yo.

Le arrebaté las cartas murmurando unas confusas palabras de agradecimiento y cerré la puerta. Recordé entonces, mientras escuchaba las pisadas de madame Grenelle perdiéndose por el pasillo, haber despertado en algún momento de la noche soñando que alguien a quien intuía de forma vaga como benefactor me tapaba con suave y obstinada autoridad la boca. Al despertar me había encontrado con mi propia mano apretada sobre los labios. ¿Como si pretendiera ahogarme? ¿Como si pretendiera obligarme a permanecer en silencio?

Sentado en el borde de la cama abrí el sobre blanco: *Monsieur Pierre Pain, le rogamos se sirva acudir al café Victor, en el Barrio Latino, a las 22 horas. Es un asunto de extrema gravedad. No falte.* Por supuesto, carecía de firma. El sobre azul lo había mandado madame Reynaud y decía lo siguiente: *Querido amigo, he hablado con madame Vallejo, está de acuerdo en que nos encontremos hoy, a las cuatro de la tarde, en el café Bordeaux. El estado de monsieur Vallejo es el mismo, sigue con hipo y la fiebre no ha bajado. Madame Vallejo no cree que pueda surgir ningún problema entre el médico que trata a su esposo y usted. Soy de la misma opinión. Hasta pronto. Marcelle Reynaud.*

Desde la ventanilla algo empañada del taxi contemplé la fachada de la clínica: comprendí que sobre todas las cosas, incluso sobre la locura, allí había soledad, tal vez la forma más sutil de locura, al menos la más lúcida.

Eran las siete de la tarde del día 7 de abril y madame Vallejo, madame Reynaud y yo acabábamos de llegar a la Clínica Arago. Durante el trayecto casi

no despegué los labios. Ambas mujeres parecían tener mucho de que hablar y mis pensamientos, por lo demás, deambulaban por regiones brumosas, poco proclives a la charla.

—Parece usted ausente —comentó madame Reynaud mientras su amiga cambiaba unas palabras, en el otro extremo, con la enfermera encargada de la recepción.

—De ninguna manera —sonreí.

Después nos internamos a la zaga de madame Vallejo por pasillos blancos y grises, de una tonalidad metálica, fosforescente, manchada aquí y allá por imprevistos rectángulos negros.

—Es como una galería de arte moderno —oí que murmuraba madame Reynaud.

—En realidad los pasillos son circulares —dije—. Si se prolongaran podríamos llegar hasta el último piso sin haber tenido en ningún momento atisbo de ello.

—Como la torre de Pisa —dijo madame Vallejo con voz ausente.

Me pareció que no era un buen ejemplo, pero no quise contradecirla.

Madame Reynaud me sonrió con un gesto raro: la atmósfera que emanaba del hospital conseguía entristecerla, dando a su rostro un aire grave y expectante.

—Es todo tan blanco —dijo.

—Antinatural —añadió madame Vallejo cogiéndola del brazo y acelerando la marcha.

Las seguí.

Las dos amigas caminaban deprisa aunque sus pasos no eran firmes. Vistas desde atrás uno tenía la impresión de que los tacones de sus zapatos estuvieran flojos. Pensé que todo era culpa de los nervios. Asimismo noté que la luz de los pasillos, dispuesta de una manera curiosa pero muy práctica puesto que iluminaba uniformemente hasta los rincones en donde un extraño a simple vista no percibía trazas de instalación eléctrica, tendía a parpadear; de forma imperceptible y a intervalos regulares, la iluminación decrecía.

De pronto, plantado en medio del corredor, encontramos a un hombre de bata blanca, el primero que veíamos a lo largo de nuestro recorrido, el cual parecía sumido en profundas cavilaciones. Al aproximarnos levantó la mirada, midiéndonos con los labios curvados en una mueca burlona, y luego se cruzó de brazos. Me dio la impresión de una persona fría, o al menos así lo pensé entonces. Por su gesto deduje que nuestra irrupción, a todas luces, lo disgustaba. Madame Vallejo, de manera notoria, declinó la marcha como si quisiera posponer el encuentro inevitable con aquel hombre. Era evidente que se conocían, así como que ella le temía. ¿Pero por qué?

Fuimos presentados formalmente:

—El doctor Lejard, médico de cabecera de mi marido.

Con una inclinación de cabeza, sin pronunciar palabra ni siquiera cuando le anunciaron el motivo de mi visita, Lejard nos saludó. Su atención de forma ostensible y un tanto afectada la acaparaba madame Reynaud.

Permanecí en silencio, estudiando el rostro enjuto del médico, mientras madame Vallejo decía algo sobre unos análisis de orina que no se habían efectuado o que se habían perdido y ante lo cual Lejard sólo se encogió de hombros. Luego, cuando pensé que había llegado mi momento de hablar, me dirigí directamente a él preguntándole con mal disimulado candor cuál era a su juicio la enfermedad que aquejaba a monsieur Vallejo. Su respuesta, tajante, me llegó a través de una voz de barítono:

—No estoy obligado a contestarle. Madame Vallejo puede hacerlo, está al tanto, yo no. Los charlatanes nunca han sido mi debilidad.

—Pero qué... —balbuceó madame Vallejo.

Madame Reynaud la cogió del brazo.

—Georgette...

Lejard, ajeno a las mujeres, me miró fijamente y sonrió, como para darme tiempo de digerir lo que me había espetado. A mi lado, madame Vallejo enrojeció visiblemente, la mandíbula crispada, hubiérase dicho a punto de abofetear al médico. Yo me limité a suspirar, intentando darle a mi rostro un aire despreocupado, vano esfuerzo, y mirando el contorno de mis zapatos.

Al alejarse Lejard, después de una ligera venia que acentuó su sonrisa burlona, debimos de componer sin duda un extraño cuadro: petrificados en el pasillo, sin que ninguno se resolviera a decir algo, cualquier cosa, una observación banal que rompiera el silencio, los rostros orientados hacia un espacio que ya no ocupaba nadie, como si esperáramos que de pronto Lejard volviera a materializarse exactamente allí y procediera a disculparse. Sin temor a equivocarme puedo decir que la sensación de humillación era mucho más fuerte en ambas amigas que en mí. La actitud del médico, pese a su malignidad, no me era desconocida.

Tosí un par de veces, evitando mirarlas, pues me di cuenta de que ellas lo preferían así, y ya estábamos a punto de reemprender la marcha cuando, sin transición, y antes de que tuviéramos tiempo de hacer nada, como una bola de nieve y luego como un alud, por el otro extremo del pasillo avanzó hacia nosotros un grupo compacto de personas vestidas de blanco.

Al llegar a donde estábamos un hombre de pelo revuelto y ojos húmedos se adelantó y cogió a madame Vallejo del brazo, exclamando:

—Ha venido el eminente doctor Lemière.

Sus palabras resonaron como dentro de una iglesia. La luz volvió a decrecer y se me pusieron los pelos de punta: el hombre sólo se había limitado a recitar su latiguillo.

Para acreditar la aseveración un hombrecito gordo en el centro del grupo sonrió a izquierda y derecha, levantó la mano imponiendo silencio y luego la estiró, con dificultad, hasta encontrar la mano enguantada de madame Vallejo.

—Encantado. Acabo de visitar a su esposo. ¡Todos los órganos son nuevos! No veo qué pueda tener en mal estado este hombre. ¿Me permite?

Madame Vallejo siguió al doctor Lemièrre, sujeta por el codo, hasta el fondo del corredor donde una puerta disfrazaba la naturaleza discoidal del pasillo. Sus figuras, vistas desde mi posición, resultaban empequeñecidas, infantiles. La cabeza blanca del doctor Lemièrre, que hacía juego con la puerta batiente que le servía de pantalla, ejecutó movimientos cortos y bruscos, afirmando, negando, interrogando; la cabeza de madame Vallejo sólo se movió una vez, en un breve giro que vanamente nos buscaba, como para decirnos adiós.

—Será mejor que nos marchemos —susurró madame Reynaud

Los médicos que acompañaban a Lemièrre nos observaban con ojos cansados, planos, sin esperanza. Era como ser, de alguna manera, el hombre invisible. Un muchacho alto y bien parecido le hablaba al oído a una muchacha morena y regordeta, de rostro inteligente. Otro sostenía un cuaderno de apuntes y miraba el techo. Detrás de éste había tres que permanecían silenciosos y ecuanímenes, con las manos en los bolsillos; a la izquierda un chico rubio se entretenía mirándose la palma de una mano mientras con la otra sostenía un cigarrillo apagado. De espaldas al rubio, el hombre que había presentado a Lemièrre y que presumiblemente pertenecía a la administración de la clínica escuchaba, casi tocándose las narices, el parloteo de un tipo calvo y de abundante bigote que mantenía contra su pecho por lo menos cuatro enormes libracos de lomos cuarteados.

De entre todos, dos de ellos, los que estaban más apartados del grupo, casi pegados a la pared exterior del pasillo, me parecieron conocidos. Ambos llevaban colgados del cuello sendos estetoscopios.

—Pero debo ver a monsieur Vallejo —protesté en voz baja.

El sonido había desaparecido casi por completo. No supe si había hablado o pensado.

—Ahora no, sígame, se lo explicaré fuera.

Los ojos azules de madame Reynaud parecían agotados, es la blancura, pensé, esta luz artificial.

Me disponía a seguirla cuando capté, apenas una rajadura en el conjunto, una señal de alarma en los rostros de los médicos a quienes momentos antes creí reconocer. Sonreí en dirección a ellos, tal vez aguardando un ademán de su parte que confirmara mi suposición; la impasibilidad que demostraron sólo era comparable a la del resto del grupo. Caminé detrás de madame Reynaud. Recuerdo que ella iba demasiado aprisa y que por el contrario cada paso mío pesaba como si tuviera las piernas de plomo. Finalmente me detuve. La sensación de estar en una galería de arte subió por mis venas hasta conseguir



inmovilizarme. Madame Reynaud siguió caminando. Miré hacia el otro extremo, madame Vallejo se había quitado un guante y observaba alternativamente sus uñas y el rostro de Lemièrre. Equidistante a ambas mujeres, mi postura debía de traslucir confusión, torpeza, pero nadie se fijaba en mí. En ese momento, como acordadas, las luces del pasillo parpadearon. Pensé que ahora sí se iba a producir un apagón. Me pareció que la sombra de madame Reynaud se estrellaba contra la pared. Volví a girar la cabeza: algunos de los médicos alzaron la vista hacia el techo, aburridos, como si el fenómeno no les fuera extraño. La intensidad de la iluminación, después de regularse, decreció considerablemente. Ahora el pasillo poseía una tonalidad sepia y las sombras se alargaban en direcciones imprecisas. Madame Reynaud, los labios entreabiertos como si hubiera pronunciado una palabra inaudible, mi nombre, tal vez, me esperaba en el otro extremo. Por última vez dirigí la mirada hacia el grupo de los médicos. Los dos que creía conocer seguían allí, de alguna manera marginados de los demás, como estudiantes extranjeros, reflexioné.

La palabra extranjeros me dio la clave; comprendí entonces quiénes eran y dónde los había visto y eché a correr hasta estar junto al rostro sorprendido de mi amiga.

—Monsieur Pain, recuerde que estamos en un hospital —me sermoneó.

Fuera había empezado a llover, una lluvia fina que apenas se notaba pero que contribuía a aumentar la soledad de la noche. Madame Reynaud, por cierto, traía paraguas. La calle estaba vacía, como si la gente hubiera optado por permanecer encerrada en sus casas. No me pasó desapercibido el siguiente detalle: toda la iluminación provenía del alumbrado público. ¿Es que la gente permanecía en sus casas con las luces apagadas? Caminamos por la acera tomados del brazo. De improviso, no sé por qué, todo me pareció perfecto. El perfil de madame Reynaud, el repiquetear de la lluvia sobre el paraguas, la sensación de aventura, mínima pero compartida.

—El doctor Lemièrre es un médico famoso, al menos eso es lo que me dijo ayer madame Vallejo. Parecerá una coincidencia, pero precisamente ayer madame Vallejo me confió que era muy difícil, por no decir imposible, contar con que el mejor médico de la Clínica Arago se interesara por su esposo. Presumo que alguien ha recomendado a monsieur Vallejo y finalmente Lemièrre se ha decidido a tratarlo pese a ser una persona completamente ocupada. No deja de ser extraño, ¿no cree? Para madame Vallejo ha sido la mejor noticia que le podían dar. Comprenderá usted que nuestra presencia, entonces, era inoportuna.

—Quiere usted decir que Lemièrre no toleraría *mi* presencia en la habitación de su paciente —protesté—. El médico y el curandero son incompatibles.

—No he dicho eso, monsieur Pain, además usted no es un curandero.

—He sido tratado como tal, ¿ya lo ha olvidado?

—¿El incidente con Lejard? ¿Está usted enojado por eso?

—No...

—Entonces no ponga esa cara. Y tenga cuidado dónde pisa, ha metido el pie en un charco.

En realidad, yo estaba feliz. La lluvia, la noche, las reconvenciones de madame Reynaud, la felicidad llega con las cosas más sencillas.

—¿Y el doctor Lejard qué pinta en este asunto?

—Lejard sigue siendo el médico de cabecera de monsieur Vallejo. Digamos que Lemièrre, en el mejor de los casos, sólo estará a título de consejero, que ya es bastante.

—Por lo que he visto, Lejard no se lleva muy bien con madame Vallejo.

—Tampoco con monsieur Vallejo, según tengo entendido.

—Por qué no cambiar de facultativo, entonces.

—Porque no depende de ellos, querido amigo. Le haré una confidencia: Lejard estuvo cuatro días sin visitar a Vallejo, ¿qué le parece?

—Una atrocidad.

—El problema es que los Vallejo no tienen dinero. Su ingreso en la clínica fue gestionado por un compatriota suyo, un tal monsieur García Calderón. Esta misma persona puso a disposición de Vallejo su propio médico, es decir el doctor Lejard.

—¿Desde cuándo está internado?

—Ingresó el veinticuatro de marzo.

—Es curioso, creí reconocer a dos de los médicos del séquito de Lemièrre, pero no puede ser, aquellos con quienes los he confundido son extranjeros, españoles, según creo, y la verdad es que me cuesta imaginarlos como médicos o estudiantes de medicina. Más bien parecen aprendices de gánsters. Pero no inspiran el menor miedo —me apresuré a aclarar.

—¿Cómo son?

—Delgados, morenos... No creo que conozcan la ciudad. Se divierten, aunque no me pregunte por qué sé que se divierten. La verdad es que no lo sé. Simplemente tengo la impresión de que se trata de dos juerguistas.

—Ignoro si algún médico español ha visto a monsieur Vallejo. Hay un médico peruano que viene a menudo. Monsieur Vallejo es peruano, ¿ya se lo había dicho?

A las diez en punto de la noche, después de despedirme de madame Reynaud en la boca de un metro, llegué al café Victor, en el Boulevard Saint Michel. Mi nombre estaba escrito en la libreta del maitre y en el acto fui guiado hasta uno de los reservados donde me esperaban los españoles. El restaurante, pese a una iluminación impecable y sin nada anormal, provocó en mí la sensación de acceder a un cine oscuro, la película ya empezada, precedido por el camarero, que en este caso se transmutaba en el acomodador que me conducía a mi asiento. El murciélago, pensé. El camino que une al hombre que sirve y al hombre

que ve en la oscuridad.

—Llega usted puntual —dijo uno de los españoles.

Permanecí inmóvil, con el sombrero entre las manos, sin trasponer la puerta color sangre del reservado. Resultaba difícil reconocerlos sin las batas, pero era evidente que los dos médicos que seguían a Lemièrre y los dos españoles con los que me había cruzado en la escalera y que luego, por la mañana, habían dejado el mensaje, eran las mismas personas.

—¿Un vaso de vino? —preguntó el más flaco, y llenó hasta el borde, con paciencia, la tercera copa que había sobre la mesa.

Me senté frente a ellos, lo más cerca que pude de la salida, obviando las explicaciones que debía pedirles.

—Ya sé, esto debe parecerle bastante raro, pero no lo es —sonrió el otro, el más moreno, aunque en honor a la verdad debo decir que ambos eran flacos y morenos y que, por momentos, y de una manera bastante inquietante, ésas eran sus *únicas* características.

Mi mano tembló al coger la copa; gran parte del contenido se derramó sobre el mantel.

—En realidad teníamos ganas de conversar con usted, no se preocupe por la mancha, es igual.

—Una charla de amigos, si me permite la confianza.

—Distendida.

—Pero beba, beba, hemos encargado algo de comida, nada especial, carnes frías para ir picando, luego podemos irnos a cenar por ahí.

—Soy vegetariano —fue lo primero que dije.

Los españoles se miraron sorprendidos —o tal vez fingiendo una sorpresa que no sentían— y después sonrieron bondadosamente, como si hubiera contado un chiste malo y me lo perdonaran.

—Gastón —ordenó uno de ellos cuando el camarero entró con dos bandejas repletas de pedazos de jamón, costillitas troceadas y diversas clases de queso—, trae nueces y almendras para nuestro invitado.

Quise protestar pero me lo impidió con una mano arrugada y pálida.

—No te olvides del maní, Gastón —dijo cuando el camarero ya había desaparecido.

El moreno se aflojó el nudo de la corbata y me sonrió, el otro se había abalanzado sobre una de las fuentes y tragaba grandes pedazos de queso que apuraba con sorbos de vino sin mostrar el más mínimo decoro.

—Señores —dije manteniendo la copa a la altura de la nariz, como si oliera el contenido—, la verdad es que no he venido para comer.

Los españoles rieron con entusiasmo no exento de simpatía; el que comía

se atragantó, brindó por mí y siguió ocupado con las bandejas.

—¿Sabe una cosa? —dijo el moreno—, no tengo ni idea de cómo se llama el camarero, a todos les decimos Gastón y cuando uno acierta, es decir cuando uno llama Gastón a un verdadero Gastón, el otro paga la comida, ¿entiende?

—No, no entiendo. Con ese sistema no puede haber ganador. —El moreno me miró interrogante—. Si usted y su amigo llaman indistintamente Gastón a todos los camareros es evidente que ambos ganan o que ambos pierden. Uno debería llamarlos Gastón y el otro... Raoul.

El moreno pensó durante un instante y luego asintió repetidas veces.

—Tiene razón. Nuestro sistema tal vez es demasiado perfecto. Usted sin duda ha leído a Newton, claro.

No contesté.

—Sabemos que piensa atender a Vallejo —dijo con voz triste el flaco.

Lo observé a través de la copa de vino: una anguila roja, lenta, que se chupaba los dientes y bebía con falsa parsimonia.

—¿Es ése el motivo por el que me siguieron anoche?

—Hemos ido a buscarlo a su casa, dos veces —sonrió obsequioso—. Sabemos dónde vive, monsieur Pain. ¿Qué interés podríamos tener en seguirle?

—Es verdad. Pero si no fueron ustedes debieron ser dos compatriotas suyos.

—¿Cuándo? —Su interés parecía sincero.

—Ayer por la noche, después de nuestro encuentro en las escaleras.

Los españoles parecieron meditar durante unos segundos.

—Vaya, vaya... En fin, es irrelevante, ¿no? Una coincidencia, porque lo cierto es que no fuimos nosotros. —No lo dijo muy convencido—. Pero vayamos al punto central.

—¿El punto central?

—El bien común —dijo—. O el sentido común, como usted prefiera.

El moreno tragó un par de píldoras que extrajo de una cajita niquelada. La cajita era casi plana y devolvía transformada en extrañas figuras la luz que chocaba contra ella. Nunca había visto un objeto semejante. Sentí alivio cuando la volvió a guardar en el bolsillo interior de su chaqueta.

—Ya puede adivinarlo —dijo—, queremos que se olvide de todo, de Vallejo, de su mujer, de nosotros, de todo.

Pasé los labios por el reborde de la copa. No podía pensar. La situación era, cuando menos, estrambótica. Hay que mantener el control, me dije. Bebí. Un trago largo con la vana esperanza de serenarme.

—Nuestra petición —recalcó la última palabra— no entraña, por supuesto,

menosprecio alguno por sus facultades. Es más, puedo asegurarle aquí mismo, y mi compañero no me dejará mentir, que siento una gran admiración por la eficacia con que usted se desenvuelve dentro de su campo. Por cierto, un campo muy amplio, me atrevería a decir que ignoto para la mayoría de los mortales, ¿no es así?

Asentí con la cabeza y acto seguido me sentí despreciable.

—Pero con Vallejo no tiene nada que hacer. Por el bien común.

—El bien común —suspiró el otro—, una bonita definición, el bien suyo y el de todos... La armonía... El equilibrio... Las esferas estabilizadas... Los túneles vueltos a rellenar... Las sonrisas...

Iba a protestar que no entendía una palabra de todo aquel galimatías pero decidí que era mejor callar. El moreno, recostado contra el respaldo bermejo del sillón, no me quitaba los ojos de encima; su mirada, no obstante, no era de amenaza sino más bien de curiosidad. Me estudiaba. Ignoro por qué, esto me dio ánimos. En un impulso insensato llené otra vez la copa y bebí, casi con esperanza.

—¿Ha sido Lejard quién los ha enviado?

—Es una pregunta que no vamos a contestar —suspiró el flaco—, en realidad, se lo aclaro con toda franqueza, no vamos a contestar ninguna pregunta, a menos que sea estrictamente imprescindible para llevar a feliz término nuestro trato con usted.

—¿Un trato?

—Ya se lo hemos dicho, que olvide que existe Vallejo, la Clínica Arago, etcétera, y nosotros, para no ser menos, olvidaremos este sobre.

Con pereza, también con una falsa y estudiada fanfarronería, el moreno dejó caer junto a la botella un sobre alargado, marrón oscuro, como los que daba el Banco de París diez años atrás. Dentro había más de dos mil francos.

—¿Pero por qué?

Admonitorio, el dedo del flaco trazó un jeroglífico en el aire, separándonos.

—Sin preguntas, recuérdelo.

No cabía duda, aunque hubieran presenciado aquella tarde la escena entre Lemièrre y madame Vallejo, los españoles aún no sabían que yo estaba completamente desligado del asunto. Lemièrre se hacía cargo de todo; él y su equipo médico y Lejard; era de imbéciles pagar para que me desentendiera de algo con lo que no podía tener ninguna relación. De muy lejos llegaron los acordes de un tango. La risa cristalina de una mujer. El murmullo apagado de unas voces, algunas risas aisladas, aplausos. Escuché la voz de un presentador que decía: *Alan Monardes en persona tocará para ustedes...*

—Esto es una locura.

—De acuerdo, pero una locura que a usted no perjudica en nada, al

contrario, con los tiempos que corren nunca están de más unos ahorrillos...

Están locos, pensé, pero el dinero era auténtico, estaba allí, esperando que lo tomara y lo introdujera en mi billetera. Por primera vez no tuve miedo.

—Este es el soborno más raro del que tengo noticia —murmuré. Por descontado, no lo entendieron.

El flaco sonrió sin darle importancia.

—Llamaremos a Gastón —dijo mientras apretaba el timbre— y le encargaremos otra botella de vino. La noche es joven todavía.

—La noche es joven siempre —corrigió el moreno.

—¿Monsieur Rivette?

—Ah, Pierre Pain.

—Le hablo desde el café de Raoul, debe ser tardísimo.

—Es igual, no se preocupe, no estaba dormido.

—Creo que estoy borracho, necesitaba... hablar con alguien de confianza, querido monsieur Rivette.

—Usted dirá en qué puedo ayudarlo.

—Esta noche he cometido un acto abominable, repugnante...

—...

—He aceptado un soborno...

—¿Usted?

—Es verdad, parece difícil pensar que haya en el mundo seres capaces de sobornar a un pobre diablo como yo.

—No he querido decir eso, Pierre, calma, se encuentra demasiado nervioso.

—¿Y cuántas veces me ha visto nervioso, monsieur Rivette? Haga memoria...

—Pero, Pierre, no se trata de eso, la naturaleza humana es insondable, ¿se acuerda de Pleumeur-Bodou?

—¿Qué dice?

—Pleumeur-Bodou.

—Dios mío, hacía años que no pensaba en él. Supongo que alguna vez fuimos amigos.

—La voluntad de olvido, la magia. Pleumeur-Bodou rara vez se ponía nervioso, ¿recuerda?

—Se suicidó..., ¿no?

—No. Hace más de un año que está en España. Cada cierto tiempo recibo una carta suya. Le gusta rememorar épocas pasadas.

—A mí no. No demasiado. Prefiero aceptarme o aguantarme tal cual soy. ¿Pero por qué ha mencionado a Pleumeur-Bodou?

—No lo sé, creo que estaba pensando en él... y en usted.

—¿Hoy?

—Toda la tarde. Ya sabe, los viejos nos entretenemos con los tiempos idos. He estado revisando una carta astrológica que les hice a ambos.

—¿A Pleumeur-Bodou y a mí? Nunca me lo dijo.

—Fue una nimiedad. No se preocupe. En fin, ¿qué me decía de un soborno?

—He aceptado uno. Me he dejado corromper.

—Quiere usted decir que ha aceptado dinero...

—Exactamente. Me han dado dos mil francos y me han emborrachado, luego hemos presenciado el espectáculo de una miserable orquesta de tango y hemos seguido bebiendo. ¡Incluso comí carne! ¡Un jugoso bistec argentino!

—Pierre...

—Y no fue contra mi voluntad. Quería saber. Me quedé por eso: por curiosidad. En realidad, estimado monsieur Rivette, me han pagado para que no haga algo que ya de antemano no podía ni iba a hacer. Pero, atención, ellos no lo sabían. Lo que sí sabían, y al parecer horas antes de que yo mismo fuera informado, era que me iban a pedir que me encargara del enfermo en cuestión. Horas antes, ¿comprende?

—...

—Horas antes, cuando yo no sabía ni siquiera que existía mi ex paciente, ellos fueron a verme para impedir que me ocupara del caso. Digo ex paciente aunque en realidad debería decir no-paciente. ¡Nunca lo he visto! Y sin embargo ellos *sabían* y tomaron las medidas oportunas. Siento que me han tendido una emboscada; se han emboscado en un recodo del camino; pero yo jamás he pasado por ese camino, jamás pasaré por allí. ¿Cómo se puede explicar?

—Siempre hay explicaciones, Pierre, y cuando no las hay es que no puede haberlas, recuerde a Terzeff, aquel pobre muchacho que pretendió refutar a madame Curie.

—Terzeff... ¿No era el amigo de Pleumeur-Bodou?

—Precisamente. Terzeff era el científico, aunque Pleumeur-Bodou no le iba a la zaga. Un muchacho que a primera vista parecía muy brillante. Por supuesto,

todas sus teorías eran indemostrables.

—Debe ser el alcohol, no puedo acordarme de nada, hacía mucho que no bebía tanto.

—¿Recuerda que hubo de por medio una historia sentimental? Terzeff estaba enamorado de Irene, la hija de madame Curie, siempre he pensado que ése fue el motivo para que intentara refutar a la madre.

—Fue Terzeff quien se suicidó, ¿no?

—Precisamente, se colgó del puente Mirabeau, una noche de 1925... Creo que en invierno; enero o febrero; unos días espantosos.

—Dios mío, todo esto me produce risa, monsieur Rivette. Parece tan triste y ridículo, Terzeff enamorado de Irene Joliot-Curie, y yo molestándole a estas horas de la noche.

—No dormía, querido amigo, estaba leyendo, podría decirse que esperaba su llamada, ya sabe usted que a nuestra edad con unas pocas horas de sueño nos basta.

—Parece que a Raoul también. Ha cerrado el café y ahora está en una mesa haciendo un solitario.

—¿Un solitario?

—Sí... Está sentado en medio del café, a dos mesas de la barra, y trata de sacar un solitario.

—Una escena inquietante, mi querido Pierre.

—No... No lo crea...

—...

—En el fondo del local hay otra persona, detrás de la barra, sentada sobre un taburete junto a una puerta que conduce quién sabe adonde. Es la mujer de Raoul y creo que hace las cuentas del día o lee una novela. ¡No importa! ¿De qué hablábamos?

—De usted. Pierre, y de su extraño soborno.

—Vergonzoso, querrá decir.

—No, no, no... Véalo como una prolongación de su curiosidad.

—Y acepté el dinero. Dos mil francos.

—Ha sido sin lugar a dudas un malentendido y usted se ha aprovechado de él.

—Vergonzosamente, indignamente, como un rufián...

—Puede devolver el dinero y asunto concluido.

—Pensé que no tenía nada que perder, ni siquiera entraba en juego mi ética... profesional. ¡Mi ética de alcahuete! ¡Pensé que necesitaba el dinero!



Disculpe.

—...

—Ahora no sabría dónde encontrar a los españoles. Los vi esta tarde en la Clínica Arago, pero no creo que trabajen allí. ¿Por qué no lo creo? No lo sé. Simplemente estoy seguro de que no trabajan allí... ¿Ha estado usted en la Clínica Arago?

—No...

—Es terrible. Los pasillos son interminables, como hechos a propósito para perderse... Y la gente suele perderse... No me encuentro bien...

—Todo es tan confuso...

—Quería el dinero motivado por algo ajeno a una necesidad práctica. ¡No lo quería para comer! Tengo una pensión del Estado... Gasto muy poco, bien lo sabe usted...

—Por supuesto, Pierre.

—Existen, subyacentes, otras causas, monsieur Rivette, es como si oliera algo que está aquí mismo, agazapado... Cogí el dinero... sólo por no bloquear... el orificio... Suena paranoico, sin embargo es así. ¡A menos que busque una excusa!

—Pienso que debería serenarse, Pierre.

—¿Recuerda usted a aquella señora a quien proporcionó mi dirección hace más de medio año? Tenía a su marido en el Hospital de la Salpêtrière. Madame Reynaud.

—Sí, sí. Madame y monsieur Reynaud. El murió, si no me equivoco. Un chico muy joven.

—En efecto. Pues fue madame Reynaud quien me introdujo formalmente en este asunto. El enfermo en cuestión es el esposo de una amiga suya.

—No veo la relación, Pierre.

—Creo que estoy enamorado de madame Reynaud.

—...

—Debo parecerle ridículo, a mis cuarenta y cuatro años pretendiendo a una mujer joven...

—Usted aún es joven, Pierre, lo ridículo sería que me enamorara yo, con más de ochenta años a cuestas. ¿Y ella lo sabe?

—No, por supuesto.

—¿Qué piensa hacer?

—Devolver el dinero, supongo, o invitar a madame Reynaud a cenar en algún restaurante caro. No lo sé. Todo me da vueltas ahora. Creo que he bebido demasiado y que usted ha sido demasiado paciente conmigo.

—...

—Creo que Raoul también ha sido demasiado paciente. Es hora de irse a dormir.

—...

—¿Así que Pleumeur-Bodou está en las Brigadas Internacionales? Es envidiable: una causa justa y la aventura en un país apasionante, espléndidas vacaciones.

—No, por lo visto se ha puesto del bando contrario.

—¿Con los fascistas?

—Así es.

—Mi querido monsieur Rivette, era previsible. Pleumeur-Bodou nunca tuvo inclinaciones democráticas.

—Yo no lo previ nunca. Pero, en fin, a mi edad ya he dejado de juzgar. Acepto a las personas tal cual son, hagan lo que hagan.

—Siempre fue usted un maestro excesivamente benévolo, monsieur Rivette.

—No lo crea. Simplemente sucede que es un error que un viejo como yo se erija en juez... Pero habrá jueces. Pierre, no lo dude, jueces duros como la roca y para quienes la palabra piedad carecerá de sentido. A veces, en la duermevela, los sueño, los veo actuar y decidir: recomponen las piezas, son crueles y se rigen por reglas que para nosotros están en el dominio del azar. En una palabra, son horribles e incomprensibles. Claro que yo, para entonces, ya no estaré aquí.

—Tal vez sea mi borrachera pero esta noche huele a algo raro.

—Cada noche tiene un olor diferente, querido amigo, de lo contrario sería insoportable. Creo que debería meterse en la cama.

—Pero el olor de esta noche es especial, es como si algo se estuviera moviendo por las calles, algo impreciso, que conozco, pero que no consigo recordar qué es.

—Váyase a la cama. Duerma. Apacigüe su espíritu.

—El olor me seguirá hasta allí.

Esa noche, la del 7 al 8 de abril, tuvo el equívoco honor de ser una de las peores de mi vida. No recuerdo a qué hora me acosté ni en qué estado trepé por las escaleras hasta llegar a mis habitaciones. Dormí, si es que a aquellos temblores se les puede llamar sueño, en un laberinto de techos bajos, blanco y gris, de arquitecturado similar a los pasillos circulares de la Clínica Arago, a veces

más grandes, interminables, a veces más pequeños, como vestíbulos retorcidos, en donde los sobresaltos y los gemidos con que despertaba y volvía a dormirme no eran lo peor que me podía suceder. ¿Qué hacía allí? ¿Estaba por mi voluntad o una fuerza ajena me mantenía en aquel lugar? ¿Buscaba a Vallejo o a otra persona? Creo que si todas las pesadillas se conjuraran para visitarme en sueños el resultado sería semejante al de aquella noche. Recuerdo que en algún momento, sentado en la cama, mientras me secaba con la manga del pijama el sudor del cuello, pensé que los sueños que estaba sufriendo tenían todas las características de una transmisión; sí, una suerte de transmisión radiofónica. De esta manera, como si mi mundo onírico fuera la radio de un radioaficionado agazapado en un canal ajeno, a mi mente llegaban escenas y voces (porque debo decir que los sueños tenían la siguiente peculiaridad: más que de imágenes estaban compuestos por voces, balbuceos, sonidos guturales) que nada tenían que ver con mis propios fantasmas aunque de manera fortuita me hubiera convertido en el receptor. El radioteatro demencial que me asaltó era sin duda la anticipación del infierno; un infierno de voces que se enlazaban y desenlazaban a través de una estática que presumo eran mis ronquidos de angustia, formando dúos, tríos, cuartetos, coros enteros que avanzaban a ciegas por una cámara vacía, como una sala de lecturas vacía, que en determinado momento identificaba como mi propio cerebro. También, en algún instante del sueño, pensé que la oreja era el ojo.

La pesadilla, de forma somera, pudo transcurrir así:

Una primera voz dice: «¿Quién demonios es Pierre Pain?»

«Hay una fuga.»

«Sólo estoy seguro de que hay una fuga.»

«Pudo producirse por un descuido insignificante.»

«Observe el panorama. ¿Qué nota de raro?»

«Nuestra vida en el Mercado, en las calles del Gran Mercado...»

«Los sueños, la melancolía.»

«Hay una fuga, observe el panorama.»

De manera vaga, como en una foto movida, veo a Terzeff, a Pleumeur-Bodou y a mí mismo alrededor de monsieur Rivette, en el estudio de su antigua casa del Boulevard Richard Lenoir, donde ya hace mucho que no vive; es el año 1922 y los cuatro estamos en silencio aunque nuestro maestro constantemente mueve los ojos, como si adivinara una intrusión. Comprendo que esta imagen es, de algún modo, una alternativa al curso general del sueño y que, pese a su vicaria protección, no podré asirme a ella.

Un desconocido sonrío. Es un actor cinematográfico, pero sólo sé eso, nada más. Su sonrisa es hermosa, sus palabras, en cambio, rajan el aire, absorben en un segundo todo el oxígeno de la habitación: «¿Qué quiere decir cuando habla de una fuga? ¿Qué representa para usted la palabra *fuga*?»

Por detrás, como si fuera la escenografía en sombras del desconocido, creo oír un ruido apagado, intermitente, que me llena de urgencia.

Despierto. Escucho con atención el sonido de las cañerías. Las paredes del cuarto, de forma casi imperceptible, parecen vibrar. Lo mismo sucede con mi piel.

El desconocido se aleja por un boulevard solitario. De las copas de los árboles caen hojas secas. ¿Es otoño?

Ahora me veo a mí mismo, oculto detrás de una cortina, observando a través de los vidrios sucios al desconocido que está en medio de la calle. El desconocido, a su vez, estudia las ventanas del edificio donde me encuentro, aunque no la ventana tras la cual lo espío.

¿Quién es ese hombre? ¿Qué busca?

La escena se fragmenta en el momento en que su mirada va a caer sobre mi ventana.

Pronunciada a dúo y de forma lastimera, oigo la siguiente frase: «Es difícil que nos movamos por París, jefe, apenas sabemos cuatro palabras en francés...»

«¿Qué significa para ustedes la palabra fuga?»

«¿Fuga de información?»

«¡Guárdese ese circuito espinal miniaturizado!»

«¡Nuestros agentes no sólo gastan tiempo, también energía!»

«¿Sabe lo que significan esas palabras?»

«Tiempo... Energía... Tiempo... Energía...»

«Un paquete de fugas improbables.»

Murmillos de aburrimiento, hastío. Luego, quejas.

«Oiga, jefe, tengo una sensación extraña.»

«Como si me estuvieran rascando la espalda, como si ya no quedara tiempo.»

«La melancolía de los sueños, su absoluta futilidad.»

«¿Hay alguien aquí, además de nosotros?»

Como si estuviera dentro de una cloaca, por el agujero del desagüe veo los zapatos oscuros de un hombre, el pantalón gris sólo hasta la altura de las rodillas. Si el sujeto se aleja puedo ampliar mi campo de observación hasta la cintura. Nunca le veo el tronco ni mucho menos la cara.

El hombre pasea por la calle desierta, siempre siguiendo una franja real o imaginaria. En ningún momento se sale de mi campo visual.

Alguien me susurra, casi pegado al oído: «Ten cuidado con el sudamericano...»

Al mirar por encima de mi hombro sólo veo oscuridad; constato que en

efecto estoy dentro de una cloaca...

Viejas fotografías borrosas de 1920, Pleumeur-Bodou, Terzeff y yo atravesamos un puente de hierro, al llegar al otro lado nos volvemos y saludamos con los sombreros —salvo Terzeff, que lo hace con un pañuelo blanco— a una silueta vacilante que poco a poco se pierde; al llegar a una plaza descubro que han instalado un patíbulo; un patíbulo *nuevo*, dicen Pleumeur-Bodou y Terzeff, pero sus labios apenas exhalan un sonido infrahumano; por las ventanas se desliza un airecillo de otoño, ¿pero es otoño?

La misma voz, aunque esta vez sé que procede de mi interior, insiste: «Ten cuidado con el sudamericano frío...»

¿Frío? ¿Nervios fríos? ¿La frialdad de la muerte?

Intento decir que el hombre está enfermo, que en alguna parte de la ciudad hay un hombre enfermo, pero me quedo con la boca abierta, incapaz de pronunciar un sonido cualquiera.

«¿Has oído hablar de una nova?»

«Azogue eléctrico, termógrafos rotos, fugas...»

«¿Has oído hablar de un hombre-nova?»

«Todo el rollo de los chistes cuánticos.»

«A mí que me registren.»

Dios mío, pienso al mirar los zapatos del hombre, las punteras relucientes, ojalá no se agache...

Despierto. Estoy transpirando, intento no volver a dormirme. Por un instante tengo la certeza de que hay otra persona en mi habitación.

De espaldas a mí una mujer se ríe (lo sé porque es lo único que se oye) al final del pasillo de un hospital. Su risa es como un sedante. Luego todo se deshace y recompone.

El desconocido se aproxima rodeado de un sonido intermitente. El sonido es su aureola. Está de pie en las escalinatas del Louvre. El viento del otoño se arremolina en el horizonte de París. Me habla.

«Vivo bajo las arcadas negras, en un patio con el techo de cristal.»

«Vamos a suponer que tenemos dos vidrios juntos; si los observamos de frente nada llamará nuestra atención, pero si los observamos de costado veremos que en efecto son dos vidrios...»

«¿Quién demonios es Pierre Pain?»

«Se ha quedado con nuestro dinero.»

«¿Hay alguien aquí, además de nosotros?»

Siento que alguien raja los vidrios. Siento que me quedo mudo. Despierto.

A primera hora de la mañana se presentó madame Reynaud en mis habitaciones. Era la primera vez que esto sucedía desde el inicio de nuestra amistad.

Un poco turbado por la novedad de la situación le rogué que tomara asiento mientras procedía a cambiarme en el cuarto contiguo. Pareció no oírme; durante unos instantes permanecimos inmóviles, como si nos contempláramos desde un ángulo hasta entonces inédito, ambos envueltos en algo que se asemejaba a la urgencia y a la timidez. Del exterior no llegaba el más leve ruido, si acaso un murmullo a cosa indescifrable en el aire, a materia suspendida, y la luz que contorneaba su figura poseía la intimidad gris de ciertas mañanas parisinas. Sonreía dulcemente, aunque con algo de cautela, y lo observaba todo con curiosidad de niña una pizca desilusionada. Mi pobre cuarto no podía, ciertamente, ofrecer una imagen de mayor desorden; en un espacio reducido se estorbaban dos sillones de respaldar alto, recuerdo de mi familia, una vieja alfombra marroquí, una estantería de roble, una cómoda sobre la que estaba el hornillo y la mesa oscura con ribetes de caoba en donde se amontonaban por áreas no del todo precisas los libros que suelo hojear a diario, el microscopio, el metrónomo, mis pipas, platos y tazas, un cuchillo sucio, etcétera, todo ornado por una ligera capa de polvo que hasta entonces había ignorado pero que en presencia de madame Reynaud saltó delante de mis ojos como prueba fehaciente de decrepitud. Probé a disculparme por el estado en que se encontraba la habitación; mentí que últimamente no tenía tiempo para ocuparme de las cosas domésticas, pero ella me tranquilizó haciendo una observación banal sobre la naturaleza descuidada de los intelectuales. Di gracias a Dios de que la puerta de la otra habitación estuviera cerrada. Una pequeña fotografía enmarcada que colgaba de la pared captó su atención; se trataba, simplemente, de la imagen de una calle de Clichy que me regaló un amigo muchos años atrás. Señaló la foto con cierto nerviosismo:

—¿Nació usted allí?

—No, no —me apresuré a negar.

—Es una fotografía hermosa, pero muy triste...

—Admito que tiene algo de melancólico. La verdad es que está ahí por inercia. No me interesa en lo más mínimo. Puede que la colgara para ocultar una mancha de humedad.

Me miró y al cabo de un instante sus labios se distendieron en una amplia sonrisa. Hizo ademán de querer decir algo pero se lo impedí; entre el sinnúmero de cosas que podía haber dicho imaginé una frase, remota y cariñosa, la única que no deseaba o que no me atrevía a escuchar. Fui cobarde y pagué por ello.

Unos minutos después pasó a explicarme lo que la había traído a mi casa. En realidad, era fácil de adivinar. Madame Vallejo había telefoneado la noche anterior, poniéndola al corriente de su charla con Lemièrre. El resultado era decepcionante. En efecto, Lemièrre dijo: «Todos los órganos son nuevos», pero

luego, a solas con madame Vallejo, añadió: «¡Ojalá que encontráramos uno en mal estado! Veo que este hombre se muere, pero no sé de qué.»

La mención de la muerte, agravada aún más, si cabe, en los labios de Lemière, puso a madame Vallejo en un estado cercano a la depresión total, cosa comprensible teniendo en cuenta los días que llevaba en la cabecera de su esposo, durmiendo poco y presa de mil incertidumbres; pero había reaccionado, como contó madame Reynaud con orgullo no exento de entusiasmo, y ahora solicitaba mi presencia en el lecho del enfermo. Según pude comprender, madame Vallejo no cejaría hasta agotar todas las posibilidades. *Todas las posibilidades* era un eufemismo para designarme a mí, por supuesto.

De repente, como la luna menguante que se asoma por un hueco dejado por las nubes, la escena se me presentó sin ningún revestimiento: dos mujeres empeñadas en que no muriera un pobre hombre recurrían a otro pobre hombre cuando la ciencia y la medicina nada podían o querían hacer. La escena era trágica, casi un melodrama naturalista; sin embargo, detrás de lo que podríamos llamar tablas o primer plano, oculto entre bastidores, creí ver —fue un chispazo, mi rostro se mantuvo inalterablemente atento a las palabras de madame Reynaud— la silueta de un desconocido, aventuremos que fumando en un pasillo tras bambalinas, y supe sin ninguna duda que ése era el sudamericano advertido en el sueño.

Pensé si no estaría sobreexcitado, me pregunté qué clase de pureza era la que madame Reynaud casi sin darse cuenta ponía a mis pies. Fuera cual fuera no la merecía. Nada había hecho para merecerla. Probablemente me sentí, como pocas veces, dichoso.

Concertamos una cita para las cuatro de la tarde en un café cercano a la Clínica Arago. Las horas siguientes las pasé en casa, solo, sin comer, bebiendo de vez en cuando una taza de té y fumando. Desde la ventana de mi dormitorio se veía un paisaje de chimeneas y buhardillas acopladas a un invierno que no quería marcharse.

Intenté leer pero me resultó odioso. La presencia de madame Reynaud aleteaba aún en la casa. Recuerdo que en un momento, sin enojo, arrojé contra la pared el libro que tenía en las manos. Inútilmente traté de evocar un grabado en extremo inquietante y revelador de Félicien Rops. El gris de la ciudad, al fondo, se tornaba en una amalgama negra y blanca que presagiaba amenazas. Probé a asear ambas habitaciones. Pasé el cepillo por el traje que llevaba puesto. Me demoré frente al espejo en la perfección de mi peinado. Imposible.

Cuando salí el cielo había vuelto a encapotarse y a las dos manzanas empezó a llover. Deseé que la lluvia se mantuviera hasta bien entrada la noche para dormirme escuchando el martilleo de las gotas sobre el tejado. Era lo único que deseaba y era la mejor disposición que podía tener antes de ver, por fin, a mi enfermo.

El dormitorio donde estaba Vallejo tenía las paredes mal encaladas y un incomprensible espejo dorado en la pared. Al llegar encontramos a un hombre moreno fumando en el pasillo, con las solapas del abrigo levantadas, que se dirigió a madame Vallejo en un chapurreado de francés y español ininteligible. Acto seguido el hombre se despidió sin que madame Vallejo nos lo presentara y entramos en la habitación. Monsieur Vallejo dormía. En un rincón, sentado en una silla blanca, otro visitante, envuelto en una gabardina enorme, hojeaba distraídamente una revista deportiva. Al vernos se levantó, pero madame Vallejo lo detuvo con un gesto perentorio que indicaba silencio:

—Es mejor no despertarlo —susurró.

Asentí con la cabeza y de puntillas me acerqué a la cama. Por el espejo vi que el hombre retrocedía hasta la silla y madame Reynaud se colocaba junto a una ventana con las persianas semicerradas. Madame Vallejo fue la única que no se movió.

De inmediato me puse a un lado de Vallejo. Este se revolvió y abrió los labios pero no llegó a articular palabra. Madame Reynaud se llevó una mano a la boca, como si ahogara un grito. El silencio de la habitación daba la impresión de estar lleno de agujeros.

Suspendí la mano izquierda a treinta centímetros de la cabecera y me dispuse a esperar. Ante mí se desplegaba tímidamente el rostro afilado del enfermo con esa rara dignidad desconsolada común a todos los que llevan algún tiempo encerrados en un hospital. El resto es borroso; mechones de pelo negro, el cuello mal cubierto por la camisa del pijama, la piel lustrosa, sin rastros de sudor. En la quietud de la habitación sólo se oía su hipo. Sé que nunca podré describir el rostro de Vallejo, al menos tal como lo vi en ese mi único encuentro; pero el hipo, la naturaleza de ese hipo que envolvía todo apenas se escuchara con atención, es decir, apenas *realmente* se escuchara, escapaba a cualquier descripción, siendo al mismo tiempo a la medida de cualquiera, como un ectoplasma sonoro o como un hallazgo surrealista.

He dicho «la naturaleza del hipo» y tal vez una de sus peculiaridades, ésa fue mi impresión, era el tener su origen en sí mismo. Todos sabemos que el hipo es una contracción muscular, un movimiento convulsivo del diafragma que produce una respiración interrumpida y violenta, causando a intermitencias un ruido característico; pues bien, el hipo de Vallejo, en cambio, parecía dueño de una total autonomía, ajeno al cuerpo de mi paciente, como si éste no sufriera hipo sino que el hipo lo sufriera a él. Eso fue lo que pensé.

Durante dos horas permanecí junto al lecho. Por suerte el hombre de la gabardina se marchó apenas transcurridos unos minutos. El leve sonido que hizo la puerta al cerrarse me sustrajo de los senderos fantásticos por los que me estaba perdiendo y me concentré en la enfermedad, en el pozo que era Vallejo. Estar con las dos mujeres y el enfermo, descubrí con fruición, era como estar solo, pero en una soledad armoniosa, ligera, más veloz que los relojes, como dijo el filósofo.



—Está despierto —susurró madame Reynaud.

La miro, me llevo un dedo a los labios indicándole silencio, Vallejo está dormido, apenas se mueve, su debilidad es manifiesta. Madame Vallejo se coloca junto a su esposo, al otro lado de la cabecera, frente a mí. Le hago una señal para que se aparte. El rostro de madame Reynaud, lo percibo cuando madame Vallejo, obediente, vuelve a los pies de la cama, empalidece de repente. Vallejo ha abierto los ojos, mira a su mujer, balbucea dos o tres palabras confusas. Delira. Luego cierra los ojos y da la impresión de que su sueño es calmo. No me he movido. Siento como si una arañita, diminuta pero de peso considerable, recorriera el dorso de la mano que durante todo este tiempo he sostenido en el aire.

Al marcharme experimenté un profundo cansancio, los hombros me dolían como si hubiera hecho un esfuerzo físico desproporcionado y no tenía ganas de hablar. Deseaba toser en un sitio abierto, donde no molestara a nadie, y caminar solo mientras se aproximaba la noche. Creía firmemente que mi paciente sanaría y en esa esperanza me sentí, de forma extravagante, unido no sólo a las dos mujeres que me observaban desde diferentes ángulos de aquella habitación, sino a la mayoría de los habitantes de París, ignorantes de lo que allí ocurría.

Los ojos de madame Vallejo me miraron interrogantes.

—Hay una esperanza —dije sin pasión cuando ya estaba junto a la puerta.

Madame Reynaud no se había movido de al lado de la ventana. Me miró (pero no era a mí a quien veía) y luego abrió las persianas.

—Hay una esperanza —sonreí mientras intentaba buscar algo, una señal, en la actitud de mi amiga.

—Adiós, monsieur Pain. —Adiviné un susurro en los labios de madame Reynaud.

Comprendí que estaba agradecida y que se quedaría junto a madame Vallejo. Nada más. El hipo había cesado; lo supe más tarde pues el sonido seguía retumbando en mi cabeza. Me sentí, como es lógico, feliz.

Antes de irme miré al hombre postrado en la cama. Era moreno y las sábanas eran blancas, ásperas. En ese momento todo, engañosamente, me pareció sencillo o al menos abocado a soluciones sencillas. De una manera no demasiado irrazonable estaba convencido de que podía curar a Vallejo.

—Mañana volveré —dije.

Las dos mujeres asintieron en silencio.

Estaban junto a la ventana y se estrechaban las manos.

—A las tres de la tarde —dije.

La puerta se cerró. Estaba solo. Ahora es cuando debe pasar algo, pensé; sin embargo recorrí los pasillos tenuemente iluminados hasta la salida de la clínica y la gente que pasaba a mi lado apenas reparó en mí. En la recepción pregunté a la enfermera encargada si podía facilitarme los nombres de los médicos españoles que trabajaban con Lejard o Lemièrre. Me miró como si estuviera desquiciado, luego hizo ademán de coger un libro de tapas negras, pero se arrepintió antes de abrirlo. El único médico español era el doctor Mariano Roca, afirmó.

—¿Lo podría describir? —pregunté con la mejor de mis sonrisas.

—Viejo y gordo —dijo con asco.

—¿Es el único médico español de la plantilla?

—El único *extranjero* —puntualizó—. Nuestro personal facultativo está compuesto por franceses, salvo la penosa excepción del doctor Roca. —Era evidente que éste no contaba con su simpatía.

—¿Está segura de que no trabajan aquí, aunque sea de forma esporádica, dos médicos españoles o tal vez sudamericanos, jóvenes, aproximadamente de unos treinta años? —insistí.

—¿Usted qué es? ¿Un detective?

—No, por Dios... ¿Tengo cara de detective? Simplemente estoy buscando a esos médicos para devolverles algo que les pertenece.

—¿Qué?

La contemplé por primera vez con atención. Su rostro, paulatinamente, pareció transformarse. Ahora era una mezcla de cancerbero y de puta presentida y temida en mi adolescencia.

—Es algo personal..., ya me entiende.

—Me temo que no.

—En fin, si usted asegura que no trabajan aquí...

En la calle decidí tomar un taxi y dirigirme de inmediato a casa. El aire era fresco y ya no llovía aunque el empedrado de las calles estaba reluciente, como recién engrasado, y algunas personas caminaban aún con los paraguas abiertos.

Al llegar frente a la fachada de mi edificio ordené al taxista que se detuviera pero advirtiéndole que no me bajaría.

Miré por la ventanilla, el zaguán aparecía como una sombra compacta, vacía, y no se veía a nadie aunque bien podía haber alguien oculto en la oscuridad. Sentí que se desvanecían las ganas de estar en casa.

—Apague el motor —dije al taxista—, vamos a esperar un poco.

El taxista se dio la vuelta para mirarme y luego asintió con la cabeza, sin decir nada, las manos dóciles sobre el volante. Observé ambas aceras, ni trazas de los españoles, pero decidí esperar. Quince minutos después ordené al taxista que partiera. Por la ventanilla trasera me cercioré de que nadie nos seguía.

—¿Está persiguiendo a alguien o lo persiguen a usted? —preguntó el taxista.

No contesté.

¿*Qué tiene que perder en todo esto?*, había preguntado uno de los españoles.

Tal vez el asunto estribaba en eso: perder o encontrar algo.

—¿Qué tienen ustedes que perder? —respondí.

El flaco parpadeó.

—No sea terco —dijo.

Temí que no hubieran comprendido, pero no tenía importancia.

—Yo no entiendo nada —proseguí—, pero me consuela pensar que lo que ustedes pretenden es algo que no entendería nadie. Me están regalando el dinero.

El parpadeo del flaco se transformó en sonrisa cuando vio que a continuación procedía a guardarme el sobre con los dos mil francos en un bolsillo de mi chaqueta.

—En realidad, yo no tengo nada que perder —me excusé—, ustedes ni siquiera se lo imaginan.

—No se preocupe —sonrió el moreno—, tenemos mucho dinero, no es ninguna molestia.

—Además, no subestime la imaginación.

—La imaginación se lo imagina todo.

—*Todo* —dijo el flaco.

—Déjenos a nosotros cuidar de Vallejo, él es un amigo, un amigo del alma.

¿Un amigo del alma? ¿La imaginación se lo imagina todo? La sensación de malinterpretar las palabras de los españoles se agudizó.

—A la plaza Blanche. —Mi voz sobresaltó al taxista.

—¿Adonde? —preguntó mientras aceleraba de golpe.

—A la plaza Blanche.

El taxista me miró por el espejo retrovisor, aturdido. Habíamos dado la vuelta a la manzana y estábamos otra vez en la calle donde yo vivía. Por un momento pensé que se iba a negar a seguir y tuve un ligero temor ante la perspectiva de quedarme solo, en la calle, a poca distancia de mi casa.

—Siga, siga, ya le indicaré...

Bajé en una calle que suponía cercana al domicilio de un amigo a quien pensaba visitar, tal vez contarle todo lo que me estaba ocurriendo. Al cabo de un rato cambié de opinión y me entretuve caminando por calles vagamente familiares que a medida que el tiempo y el paseo transcurrían se fueron haciendo cada vez más extrañas, hasta tener la certeza de que me había internado en un barrio completamente desconocido.

Entré en un café: el techo, las paredes, las mesas, los asientos, todo era verde. Como si el dueño en un ataque de locura hubiera intentado darle un toque selvático o, como pensé más tarde, pretendiera camuflarlo, consiguiéndolo en parte, aunque con manifiesta torpeza.

Me senté en una de las mesas, debajo de un quieto ventilador de dos aspas, verde también, contemplando con curiosidad el local desierto a excepción de dos muchachos rubios, a tres mesas de distancia, silenciosos delante de sus copas a medio vaciar.

—Tardan un poco en servir —dijo uno de ellos al cabo de un rato; tardé en comprender que se dirigía a mí.

—Perdón...

—He dicho que tardan un poco en servir. El camarero está haciendo pipí.

El que no había hablado se llevó una mano a la boca y ahogó una breve risita espasmódica. Me fijé un poco más en ellos. Eran jovencísimos, ninguno tendría más de veinte años, y vestían con extremo cuidado. Les dije que no me corría prisa. En realidad estaba cansado y la quietud de aquel café tan peculiar me hacía bien.

—En el pipí puede estar a veces hasta media hora.

Uno se siente inclinado a creer que está haciendo otra cosa, ya sabe, pero en realidad su objetivo es orinar... Unas cuantas gotitas... mercuriales...

—Pobre —apoyó el otro.

—Extraño lugar, éste —aventuré.

—El Bosque...

—¿Cómo?

—El Bosque... Ese es su nombre.

—Muy apropiado.

—El bosque submarino —dijo indicando un extremo del café.

Observé en la dirección que el índice de mi interlocutor señalaba: adosada junto a unos cortinajes de satén había una enorme pecera cuadrangular.

—Puede verla. No es gran cosa pero seguramente hallará algunas curiosidades.

Me acerqué. En el fondo de la pecera, sobre una arena muy fina, reposaban miniaturas de barcos, trenes y aviones, ordenados de tal forma que

simulaban catástrofes, infortunios detenidos en un mismo tiempo artificial, por encima de los cuales circulaban indiferentes algunos peces rojos.

Las miniaturas, conjeturé, eran de plomo y su fidelidad detallística notable.

—No hay cadáveres —murmuré, más para mí mismo que como una observación; el muchacho, no obstante, me oyó o tal vez adivinó mis palabras.

—Mire con cuidado —indicó.

En efecto, junto a uno de los trenes, a un lado del furgón de cola, yacía, semienterrada en la arenilla, una figurita con forma de hombre. Y no era la única: a poca distancia de un monoplaza, apoyada contra una piedra pómez, contemplaba el almanaque de calamidades otra figura, de metal sin pintar, gris oscura, y erguida, aunque uno adivinaba que si se retiraba la piedra la figura se derrumbaría sin remedio.

—Interesante.

—La luz no ayuda mucho. Lo ideal es una luz blanca y fría, no este verde de Indochina. Pero lo ideal, usted sabe... Un milagro...

—¿Es usted el... creador?

—*Nosotros.*

Un mundo sumergido, preservado, donde sólo ondeaban las banderas de la muerte: los peces rojos. Pero incluso éstos parecían asustados.

En los labios del muchacho se dibujó una sombra de sonrisa.

—No es gran cosa, pero me divertí consiguiendo las miniaturas, no sabe lo difícil que es encontrar *buenos* trenes de plomo... Observe aquél, el del lado izquierdo...

Busqué el que indicaba. Era un precioso tren negro de más de diez vagones, con la leyenda *Meersburgo Express* pintada en los costados. La locomotora era azul y por unos instantes no supe discernir qué podían ser unos puntitos negros que sobresalían del fondo de la pecera, esparcidos a lo largo del tren. Luego me di cuenta: se trataba de cabezas seccionadas o bien de figuras enterradas hasta el cuello. Un reguero de cadáveres, pero ninguno, curiosamente, en el interior del tren, que, salvo por el desgaste del agua, permanecía incólume.

—Es alemana. La tuvimos que encargar a Alemania.

—¿Meersburgo Express?

—Eso fue idea de Alphonse. Fue él quien pintó la leyenda.

Miré a Alphonse. Se sentaba muy tieso y su expresión era ausente.

—Parece que en efecto el camarero tiene problemas —dije mientras regresaba a mi mesa—. ¿Son ustedes, por casualidad, los propietarios?

—Oh, no —contestó el único que parecía dispuesto a hablar—. Somos clientes.

—Esto no parece muy frecuentado.

El rubio titubeó un poco antes de contestar.

—En ocasiones..., pero en general es un lugar tranquilo... No viene mucha gente...

—Tal vez sea un sitio demasiado exclusivo, acaso para una clientela de artistas —le ayudé.

—No, no lo crea. —Ensayó una sonrisa, sus dientes eran blanquísimos—. En este barrio no hay muchos artistas, aunque esta afirmación desde luego peca de subjetiva.

Alphonse, como la vez anterior, dejó escapar una risita aguda que se apresuró a ocultar con el dorso de la mano.

—Mi hermano y yo tenemos intención de mudarnos. En realidad —hizo un gesto vago que lo abarcaba todo— esto no es para nosotros.

Justo entonces me di cuenta del extraordinario parecido de ambos. Me pregunté si no serían gemelos.

—¿Y hacia dónde piensan marchar?

—A Nueva York. El problema, como usted comprenderá, es el dinero. No nos alcanza ni para la mitad del pasaje. En algunas ocasiones, no muchas, he soñado que llegamos nadando. ¿Sabe lo que significa soñar con agua?

—No lo sé.

—Yo tampoco. De todas maneras no es nada divertido cruzar el océano en una sola noche. El dinero siempre es un engorro, ¿no lo cree así?

No contesté.

—Y la gente apenas se interesa por las miniaturas en pecera. De vez en cuando podemos vender alguna, sobre todo en Navidad, pero el que paga exige y nosotros sólo hacemos cementerios marinos. No estamos dispuestos a transigir. Si le contara los malentendidos... Y lo avariciosa e ignorante que es la gente.

—Pobres —dijo Alphonse. Y luego murmuró una frase ininteligible de la que sólo entendí la palabra *anamnesis*.

—Nos piden belenes, es divertido, ¿no le parece? Nos piden escenas de batallas, reproducciones históricas, a *nosotros*...

Su rostro permanecía inmutable; entronizado en aquella silla de respaldo verde daba la sensación de dominar sus alegrías y desgracias de una forma encantadora.

—Supongo que las ventas no irán viento en popa.

—Supone usted bien. No, claro que no. En los últimos meses sólo hemos colocado ésta. —Con la barbilla, en un gesto que no supe si calificar de despectivo o cariñoso, señaló la pecera que ya había tenido ocasión de apreciar—. Y no creo que el propietario del Bosque esté del todo satisfecho. —Sonrió en dirección a su

hermano—. Una persona bastante original, el guardabosque, ¿no es así, Alphonse?

—Oh, sí.

—Problemas en la vejiga o en la próstata, no estoy seguro, creo que sufre horrores cada vez que hace pipí. Debe de haber contraído alguna infección en las colonias... Al menos posee todos los ingredientes de un drama de ese tipo...

—¿Por qué Nueva York, hay algún motivo especial?

—Ah, Nueva York. —No pareció agradarle dejar el tema del dueño del café—. Casi le respondería que por instinto. Aquí no hay futuro para dos jóvenes como nosotros. No nos gustan los surrealistas ni el uniforme de soldado. Y tarde o temprano cualquiera de estas fuerzas nos echaría el guante. Tal como están las cosas, más temprano que tarde.

—Lo triste es que no nos podremos ir —dijo Alphonse.

—No seas fatalista —le reprendió su hermano.

—Es que no nos podremos ir —insistió Alphonse.

—¡Qué absurdo! Claro que nos iremos. En un barco americano. Incluso podemos hacer una exposición de miniaturas en pecera y sacar mucho dinero... No en el barco, claro, aquí, en el barrio... Ser razonablemente famosos...

—Pero...

—¡Incluso pueden ponerse de moda! ¿Verdad? —dijo dirigiéndose a mí.

—No es una idea muy peregrina —apunté—, siempre que los cementerios marinos no sean todos iguales.

—Serán *casi* iguales. —Su mirada era fulminante. Un muchacho de carácter fuerte, pensé.

—Pero no tenemos dinero para comprar ni una sola pecera, ni una sola figurita de plomo —se quejó imperceptiblemente Alphonse.

—En última instancia, podemos pedirselo a papá —susurró su hermano.

Siguieron discutiendo un rato más, de forma inaudible y sin perder en ningún momento la compostura.

De improvviso, como si nos hubiera estado escuchando, surgió de las penumbras el camarero. Era un hombre rubio, de edad similar a la mía, ataviado con una chaquetilla verde limón. Su parecido con los jóvenes artistas resultaba insoportable.

—Qué desea —murmuró turbado, sin mirarme.

—Una menta —dije.

El camarero agachó la cabeza y desapareció. El muchacho me sonrió: Una elección a juego con el establecimiento, dijo. Alphonse parecía a punto de llorar.

Cuando el camarero puso frente a mí la copa de menta, no pude resistir

más. Me levanté, dije adiós a los muchachos y salí a la calle. Fuera todo era distinto o al menos eso quería creer.

Dos coches se detuvieron junto a la acera desierta y de su interior descendieron más de quince personas, como si la capacidad de los automóviles escapara a las reglas físicas de este mundo. Los ocupantes iban disfrazados y poco a poco fueron entrando en una casa de tres pisos, con pausas largas que les permitían observar la calle vacía, conversar y decir cosas aparentemente ingeniosas que provocaban la risa general. Creo que jamás he visto gente disfrazada con trajes mejor confeccionados; el primor y la fantasía no lograban imponerse, empero, a la sensación de decoro y congoja (la congoja de aquello que sabemos ido para siempre) que emanaba de los disfraces.

Sin pensarlo dos veces me detuve a una distancia prudente de la casa y me dediqué a admirarlos. Distinguí un Mariscal de Napoleón, un Cónsul Romano y un Caballero Medieval que rodeaban con atenciones y requiebros a una Santa Católica; los precedía un hombre muy viejo —aunque cabe en lo posible que aquellas arrugas fuesen parte del disfraz— vestido de Mandarín de la China, con un traje negro recamado en oro, lleno de pliegues y volantes y con el emblema del dragón. Sin ninguna duda era el Mandarín el que guiaba la comitiva y por un instante me fue dado escuchar sus palabras: un volapuk sugerente, enérgico, incomprensible.

Detenidas a mi lado contemplaban el espectáculo dos adolescentes de no más de quince años. Ambas llevaban cuadernos y libros escolares que apretaban contra el pecho y en sus rostros se advertía una seriedad poco usual. Creí mi deber sonreírles. Tal vez el gesto fuera demasiado brusco, tal vez fuera inesperado. Pensé que el hecho de ser los únicos espectadores conllevaba una cierta complicidad. Lo cierto es que ellas, al percatarse de mi ademán, se marcharon de inmediato, asustadas, intercambiando rápidos y rotundos comentarios que no alcancé a oír. Imaginé lo peor y por unos segundos estuve a punto de ceder al impulso de seguir las, acaso hasta las puertas de sus casas, para explicarles que mi sonrisa no pretendía insinuar nada, absolutamente nada. Pero desistí. Sin duda, me dije, ellas habían interpretado el gesto y la intención de otra manera y ya no tenía remedio. Antes de marcharme me di cuenta de que el Mandarín me observaba y sonreía con ferocidad. Una imagen, reflexioné, anclada en el *mundo real* contra viento y marea.

Me sentí molesto conmigo mismo. Por momentos me ganaba la melancolía y a los pocos metros volvía a estar sereno, dueño de una tranquilidad atemporal, ajeno a cualquier sobresalto. Pero el temor, lo sabía, seguía allí, incorpóreo y tenaz. ¿Qué era lo que temía? Sin duda no una agresión física, de eso estaba seguro. ¿Entonces por qué no reunía el valor suficiente para irme a casa o dedicarme a pasear sin mirar atrás constantemente, a la espera del par de españoles?



Finalmente volví a mis habitaciones después de divagar por barrios extremos, estaciones en desuso, avenidas que parecían no acabar nunca y que de la manera más abrupta desembocaban en terrenos baldíos que jamás hubiera esperado hallar en esa zona de París.

Llegué tarde y lo único que encontré agazapado en la oscuridad de las escaleras fue a madame Grenelle. Lloraba ruidosamente.

—¿Madame Grenelle?

—...

—Soy yo. Pierre Pain, ¿qué le ocurre?

—Nada, nada, nada...

—Entonces deje de llorar y suba a su cuarto.

—Ah, pero qué mierda. Dios mío, qué mierda...

Al acercarme noté que estaba borracha, un olor a ajeno, pesado y dulzón, la envolvía. No sé por qué, saltó de mi memoria, como un animal fragilísimo, la imagen de las dos adolescentes alejándose entre la multitud; ¿pero qué multitud si no había nadie? Una tristeza tranquila e inexorable trepó a mis espaldas y allí se quedó, como una joroba o como un hermanito infinitamente más sabio.

—Haga un esfuerzo y subamos. Si sigue aquí va a enfermar, hace mucho frío.

—Soy mala, monsieur Pain, pero, atención...

—Venga, suba.

—Es la soledad, ¿alguien lo puede entender? ¡Mire mi ojo!

Dudé un instante, las adolescentes caminaban por una calle vacía, ideal, interminable... Luego encendí un fósforo. La sombra de madame Grenelle subió, escalón tras escalón, hasta la pared descascarada del rellano superior. Tenía un ojo morado.

—¿Qué le ha ocurrido?

—...

—Déjeme ver. Debería subir a su cuarto y descansar. Tiene el párpado hinchado.

—Es la soledad, monsieur Pain.

—Parece un golpe.

—No...

—¿Le han pegado?

—Una mujer. Soy una mujer. Un ser humano también, ¿verdad? Disculpe. Este tiempo es horrible, no termina nunca de llover. ¿Por qué no se sienta un momento?

Tomé asiento en uno de los escalones.

—Esta mañana vino su amiga, ¿no? Estará feliz. Es una muchacha muy bonita.

—Prefiero no hablar de eso, madame Grenelle, preocupémonos ahora por usted... Sí, claro, me alegró...

—Yo lo respeto, monsieur Pain, algo que usted nunca... En fin... ¿Quiere un trago de absenta? Disculpe.

De algún lugar ignoto apareció su mano engarzada al cuello de una botella.

—No, gracias. Y creo que usted tampoco debería beber.

—...

—Estoy cansado, madame Grenelle, he tenido un día atareado, no se imagina usted cuánto...

—En cambio yo todo el día sola, sin nada que hacer, sabe, me aburro. Usted jamás ha entrado en mi casa, lo invitaré algún día para que la vea, ni una mota de polvo... Pero a la larga eso también aburre. Además, es tan pequeña que no cuesta nada arreglarla. Mi pequeño palacio.

Suspiré. Me sentía cansado de verdad.

—¿No tiene nada para ponerse en el ojo?

—Rímel...

Creo que sonreí. Por suerte ella no podía verme la cara. El espectáculo debía de ser deprimente.

—Bueno, lo mejor será que no se ponga nada y descanse.

—Un pañuelo mojado irá bien, qué poco prácticos son los hombres.

—Excelente idea. Y ahora deje de beber y hágame caso, váyase a la cama.

—Tiene que venir algún día a mi casa. Esta noche no. No creo que fuera indicado. Pero otro día, cuando usted quiera. ¡Verá qué casa más limpia!

—Me lo imagino.

—Ayúdeme a levantarme...

Antes de cerrar la puerta de su habitación, dijo:

—Perdóneme si lo he molestado. No era mi intención molestar a nadie. ¿Sabe cómo me hice esto? —Señaló con el cuello de la botella, que no había soltado en ningún momento, su ojo hinchado—. Me caí mientras bailaba, aquí, en el pasillo, sola. ¡Qué ridículo!, ¿no?

—No me lo parece. Bailar es algo hermoso.

—Es usted un caballero, monsieur Pain. Buenas noches.

—Buenas noches, madame Grenelle.

Dormí bien, de un tirón, y si tuve algún sueño tuve también la virtud de no recordarlo. Desperté tarde, como iba siendo costumbre en los últimos días, y tras asearme bajé a desayunar al café de Raoul.

Mientras esperaba cogí el periódico de la mañana que alguien había dejado abierto sobre una mesa y mis ojos saltaron por los encabezados, las notas de relleno, las fotografías, buscando algo impreciso, sin apuro.

Debí de ofrecer una imagen de desaliento pues Raoul comentó del otro lado de la barra:

—¿Malas noticias?

Las noticias eran sobre la guerra de España; el balance de bombardeos aéreos, fuegos cruzados de artillería, muertos a millares, armas nuevas que en la guerra del 14 desconocíamos.

—Los malditos alemanes ensayan su arsenal —dijo Raoul.

—Paparruchadas, no tienen nada extraordinario —apuntó un mecánico vestido con mono marrón oscuro que bebía su vaso de vino acodado en la barra.

—¿Te parecen normales los bombarderos en picado, Robert? ¡Los Stukas! —anunció Raoul, que entendía de asuntos militares—. ¡Monomotor biplaza, armado con tres ametralladoras y capaz de transportar más de mil kilos de bombas!

—Se diría que te mueres de admiración.

—¡Por supuesto que no! ¡Jamás...! Sin embargo, reconozcamos que...

—No he querido decir eso, Raoul, pero tampoco es necesario verlos como la séptima maravilla. Lo que cuenta es el hombre, el valor de las masas.

—Una guerra es una guerra —sentenció el chico ciego, sentado junto a la pared, el bastón blanco entre las rodillas—. Si no, pregúntenle a monsieur Pain.

—Así es —dije sin quitar la vista del periódico, la sección de anuncios, los deportes, las páginas culturales y de espectáculos, los escándalos...

—A Dios gracias, yo no he visto ninguna.

Algunos se rieron.

—Tú eres un payaso, Jean-Luc, eso es lo que eres —dijo Raoul.

—Lo he dicho en serio —protestó, medio en broma, el ciego.

—Es verdad —dije—, en ese aspecto se puede usted considerar afortunado, Jean-Luc. Los paisajes que nos proporciona la guerra son... dantescos. No: miserables... Indignos... El problema es que si se encontrara usted envuelto en una guerra, su ceguera sólo le evitaría ser enviado al frente, pero no

lo sustraería de los desastres sin cuento que toda guerra trae consigo. La verdad es que ningún desgraciado, y no lo digo por usted sino por todos, se salva.

—¿Ves, Jean-Luc?

—Ya es bastante —dijo el ciego—. Me doy por satisfecho.

—Cada día están mejor armados —refunfuñó Raoul mientras dejaba el café con leche sobre mi mesa— y a nosotros nos basta con declaraciones. Necesitamos hechos; hechos y una postura firme, viril...

—¿Pero qué pretende usted? —preguntó un hombrecillo barbado y de pelambreira erizada que hasta entonces permanecía oculto en el otro extremo de la barra—. ¿Que nuestros ineptos gobernantes encima de todo nos metan en una carrera armamentista? ¿Vaciar las arcas del Estado? ¡Por el amor de Dios, estimado amigo, ya hay suficientes nazis en Europa!

—Yo de nazis no sé nada. Lo único que digo es que los alemanes son un peligro para Francia y que los franceses debemos dejar de soñar y hacerles frente.

—También la burguesía francesa es un peligro —terció el mecánico—, un peligro para nosotros, los trabajadores franceses.

—Monsieur Pain no trabaja —dijo el ciego—. Ni yo. No podemos.

—¿Quieres hacer el favor de callarte, Jean-Luc? —rogó con paciencia Raoul—. Aquí, los señores, intentan discutir con fundamentos el destino de la patria.

—Ah, la patria, dulce, dulce... —dijo Jean-Luc.

—En cualquier caso los que luchan en el frente son los pobres, y los que padecen en la retaguardia, también. ¿No es así, monsieur Pain?

—También mueren algunos oficiales, Robert.

En verdad no recordaba haber visto muchos oficiales muertos. Las bombas, los gases, las enfermedades nos reventaban a nosotros, una tropa atemorizada y embrutecida compuesta de campesinos, obreros, pequeñoburgueses ilusos. No, no me gustaban las guerras. A los veintinueve años me quemaron los dos pulmones en Verdún. Los médicos que me recogieron no supieron nunca cómo logré mantenerme con vida. Gracias a la voluntad, fue mi respuesta. Como si la voluntad tuviera algo que ver con la vida y sobre todo con la muerte. Ahora sé que fue gracias a la casualidad. Y saberlo no es ningún consuelo. A veces recuerdo las caras de los médicos, pálidas, coloreadas de un verde monstruoso (de un verde *natural*) en donde se sostenían débiles sonrisas dispuestas a aceptar cualquier explicación. Es mi vida, les dije. Detrás de sus rostros recuerdo jirones de un hospital de campaña y más atrás aún los pliegues de un cielo gris, el presagio de la tormenta.

A partir de entonces, con una modesta pensión como inválido, y tal vez para expresar mi rechazo a la sociedad que tan tranquila me puso en el trance de morir, abandoné todo aquello que pudiérase considerar útil para la carrera de un joven y me dediqué a las ciencias ocultas, es decir, me dediqué a empobrecerme

sistemáticamente, de manera rigurosa, en ocasiones acaso con elegancia. Es posible que fuera por entonces cuando leí la *Histoire abrégée du magnetisme animal*, de Franz Mesmer, y de allí a convertirme en mesmerista practicante sólo fue cosa de semanas.

—¿Sabes cómo se llamaba el maestro de Mesmer? —pregunté de improviso a Raoul.

—No —dijo.

Todos guardaron silencio y me miraron no sin cierta alarma.

—Hell... Fue el primero en intentar curar enfermedades por medio del magnetismo animal. Y Hell en inglés quiere decir infierno. —Reí de buen humor, estúpidamente creía que nada malo podía sucederme—. Uno de los maestros de Mesmer se llamaba Infierno, ¿qué te parece?

Raoul se encogió de hombros.

—¿Divertido? —dijo el ciego.

Durante unos instantes nadie dijo nada. Una niña con una falda azul abrió la puerta y junto con ella entró una suerte de aflujo de aire frío que pareció despertarnos. Recordé el rostro de madame Reynaud y mi egoísmo. La niña se sentó en las rodillas del ciego y le murmuró algo al oído. Buenos días, Claudine, oí que decía Raoul. Lo busqué con la mirada: fregaba vasos y su rostro de común apacible no mostraba ningún cambio.

—¿Se entrega usted al estudio del mesmerismo? —El que habló, desplazándose hasta mi mesa, era el hombrecillo barbudo.

Asentí. El empleo del verbo *entregar* me pareció prometedor.

—Imagino que habrá oído hablar del doctor Baraduc.

—En efecto. He leído *La Forcé vitale*.

—Es curioso —dijo procediendo a sentarse a mi lado— que haya mencionado a Hell. Me refiero a las sincronías...

—No le entiendo.

—Discúlpeme. Es igual. Ni yo mismo me entiendo. Sincronías, diacronías, juegos malabares... Supongo que sabe que Hell era sacerdote.

—Protestante.

—Es notable el papel que jugaron los curas en este asunto del magnetismo animal o fuerza vital, como lo rebautizó, entre otros, Baraduc. Este, por supuesto, también tuvo a un sacerdote a su vera, el abate Fortin...

—Con cuyo nombre creo que es mejor no jugar. —El chiste era malo pero ambos sonreímos; el hombrecillo barbudo era simpático, permanentemente dispuesto a la felicidad de sí mismo y de su interlocutor y, cosa rara en los últimos días, no concitaba en mí ninguna idea hostil.

—Permítame que me presente. Mi nombre es Jules Sautreau.

—El mío Pierre Pain. ¿Qué decía acerca de las sincronías?

—Oh, creo que me he expresado con demasiada prisa... Sincronías, manchas en la pared, mensajes abominables en la medida en que son imposibles... En cualquier caso no me refería a los curas de nuestros amigos.

—¿Estudia usted el magnetismo animal?

—Ya veo que prefiere el nombre original. No, no soy un adepto, si a eso se refiere. Simplemente *entra* en el campo de mis lecturas, me apresuro a aclarar que de una manera puramente lúdica, sin otro fin que mi particular diversión. Soy un aficionado que disfruta más con un texto de Edgar Allan Poe, por ejemplo *Revelación mesmérica*, que con un libro científico, aunque, claro, no desdeño estos últimos. Buscando con cuidado a veces encuentro cosas interesantes... ¿Alguna vez ha tenido ocasión de leer *L'Âme humaine, ses mouvements, ses lumières et l'iconographie de l'invisible fluidique*?

—Lo he consultado en alguna ocasión.

—Fascinante, ¿no le parece?... *avec 70 similiphotographies hors texte...*

—Pero el fenómeno de la aguja ha sido refutado... Al igual que las placas fotográficas impresionadas sin contacto.

—¿Piensa que es imposible hacerlo con la propia vibración personal?

—Pienso que se puede llegar mucho más lejos. —Tentado estuve de decirle que entendiendo el mesmerismo como un humanismo, no como una ciencia—. En todo caso, a mí me interesa beber de las fuentes.

—*De planetarum influxu*, los cuerpos celestes rodando sobre una mesa de billar, toda esa música nerviosa, ¿no?

—Conoce usted bastante bibliografía mesmeriana.

—Sólo de nombre —se apresuró a añadir—. Baraduc cita algunas cosas y lo demás, la parafernalia, puede encontrarse en el *Mesmer, le magnétisme animal, les tables tournantes et les esprits*, de Bersot.

—Sí, por cierto, los velos, la suntuosidad miserable que parece ligada para siempre al mesmerismo. Implementos nada serios, como convendrá, que sólo sirven a un propósito: desfigurar, ocultar...

—Y los espíritus juguetones.

—Los espíritus juguetones son una suerte de camuflaje.

—Un camuflaje que se revela ineficaz y que provoca el fallo condenatorio de la Sociedad Real de Medicina que obliga a Mesmer a abandonar sus prácticas. Al menos, públicamente.

—En realidad fue un proceso, si puede llamársele así, contra el hipnotismo. Mesmer consideraba que en la raíz de casi todas las enfermedades se hallaba un desarreglo nervioso. Al parecer eso no convenía a determinadas personas y a determinados intereses. En fin, puede decirse que desde el comienzo tenía la partida perdida. La Sociedad de los Médicos suele ser inmisericorde.

—No obstante en 1831 se pronunciaron favorablemente sobre las teorías del magnetismo animal.

—Sí, pero Mesmer ya estaba muerto y sus seguidores, como usted ha dicho, se preocupaban más de los espíritus juguetones que de la verdad. Además, en 1837 se le condenó de forma definitiva, pese a las posteriores experiencias de Baraduc. Hay algo de teatro de marionetas en todo esto. Puede verlo así: las enfermedades, todas, son provocadas por desarreglos nerviosos. Desarreglos inducidos, planeados con antelación y frialdad; ¿por quién?, por el mismo enfermo, por el ambiente, por Dios o por el Destino, no viene al caso... El hipnotismo invertiría el proceso y provocaría la curación. Es decir, el olvido. Dolor y olvido inducidos, piénselo por un instante, y en medio nosotros...

—Una utopía en toda regla.

—Una entelequia maligna. Cuando pienso en esos médicos y curanderos del siglo XVIII, no puedo dejar de sentir simpatía. Simpatía en el vacío, si usted quiere, pero simpatía. En realidad yo también soy un utopista, aunque a diferencia de ellos un utopista inmóvil. Para mí el mesmerismo es como una tabla medieval. Hermosa e inútil. Extemporánea. Atrapada.

—¿Atrapada?

Me quedé quieto un instante, quiero decir quieto *dentro* de la quietud, mirando la brillante superficie de la mesa.

La fascinación, el horror, pensé, y yo una especie de doctor Templeton menos memorioso.

—No sé por qué lo he dicho... Atrapada... Idea atrapada... Supongo que he querido decir atrapada en el tiempo.

—O atrapada por alguien.

—¿Por el padre Hell?

Un pudor acaso atávico nos impidió sonreír.

Al salir del café llovía. Una lluvia fina, compuesta casi de aire, que apenas se notaba. Sentí un estremecimiento de frío. Entonces, sin transición, cuando aún no había traspuesto del todo el umbral del café oí el aullido. Me pareció el aullido de un lobo. Seguramente sólo era un perro. Permanecí inmóvil, la calle estaba inusualmente vacía, pensé que tal vez se tratara de un corno que alguien, un morador no habitual de uno de los edificios que me rodeaban amenazantes, había soplado. Un músico solitario y nervioso. Un músico extranjero (del Polo Norte, pensé, de África, pensé) con los nervios a flor de piel. A través del cristal de la puerta contemplé el interior del café. Sautreau seguía sentado en la misma mesa mirando distraídamente el periódico que yo antes había hojeado. Al dar la vuelta, las páginas tocaban la punta de su barba. Raoul, con medio cuerpo fuera de la barra, daba la impresión de oír con interés a la niña que tenía los brazos levantados como si pidiera que la alzara. Los demás hablaban, probablemente de la guerra de España o de ciclismo, pero era imposible distinguir ni un solo sonido. Me abotoné el abrigo hasta el cuello. Pasados unos segundos que me parecieron

eternos volví a oír el aullido. La propuesta del músico (pues se trataba de un músico, no me cupo duda) era fácil de descifrar. Un sonido cavernoso y al mismo tiempo desgarrado que se descolgaba del artesonado y que rebotaba en las ventanas cerradas de las casas. Un sonido que *barría* por una fracción de segundo las calles vacías. Como un corno. Pero no era un corno. Sentí una enorme e inútil piedad. Estaba helado.

A las tres menos cinco de la tarde llegué a la Clínica Arago. Es una regla del establecimiento que toda persona ajena, antes de franquear las puertas batientes que conducen al interior, deje su nombre y el nombre del paciente que va a visitar o su número de habitación. Después de cumplido este requisito y cuando ya me alejaba de la recepción, oí la voz de la enfermera deteniéndome.

—No puede pasar —informó.

Al principio pensé que no había oído bien o que se trataba de un malentendido y volví a dar mi nombre y el de monsieur Vallejo, añadiendo que el día anterior ya lo había visitado y que hoy acudía por petición expresa de su mujer. Recalqué esto último. La enfermera pareció dudar un momento y luego me miró con curiosidad. De un cajón extrajo una hoja de cartulina y la leyó un par de veces; acto seguido volvió a guardarla en el mismo cajón mientras denegaba con suaves movimientos de cabeza.

—Nadie puede ver a monsieur Vallejo —mintió—, son órdenes.

—Pero a mí me están esperando.

—Venga otro día —sugirió no muy segura.

—Estoy aquí por deseo expreso de madame Vallejo. Ella debe de estar ahora en la habitación, con su marido, comuníqueme mi presencia. No puedo irme sin verla. Por favor... Apelo a su indulgencia...

La enfermera vaciló un instante, tal vez conmovida por mi ruego. Pero no tardó en reafirmarse en su anterior resolución.

—Es imposible, la orden la dio un médico —dijo como si nombrara a Dios.

—¿Qué médico?

—No lo sé, aquí no lo especifica, pero esto sólo puede ordenarlo un médico, como usted comprenderá.

Alcé las manos exasperado.

—¿Me permite ver la hoja?

Una sonrisa de comadreja se instaló en su rostro, comprendí que no me iba a dejar pasar.

—No puede ser, va contra las reglas, las órdenes son confidenciales, pero



si cree que estoy mintiendo...

Sopesé la posibilidad de meterme pasillo adentro con o sin autorización, pero lo inverosímil de la situación, lo inesperado, me mantuvo pegado al mostrador de la recepción con la fuerza de un imán. Probé otra vía:

—¿Puede mandar a buscar a madame Vallejo? Yo la estaré esperando aquí.

—Ya se lo dicho. Es una orden superior, no hay nada que hacer. —Su rostro tendía a blanquearse, a adquirir cualidades lactescentes acordes con su uniforme.

Insistí.

Por un momento tuve la ilusión de haberla convencido. Me pidió que esperara y abrió a sus espaldas una puerta disimulada en la pared que antes no había visto, desapareciendo de inmediato sin darme tiempo a distinguir más que un rectángulo de oscuridad rojiza, como si la habitación vecina fuera un cuarto de revelado fotográfico. Cuando salió, la acompañaba un auxiliar alto y rubio, de melancólica mandíbula de boxeador.

La enfermera parecía haber asumido definitivamente el papel de su vida:

—Acompañe a este señor a la puerta —ordenó al auxiliar.

No atiné a decir nada.

El rubio dio la vuelta al mostrador, llegó hasta mí con suavidad y en un áspero francés de la Bretaña me pidió que fuera razonable, que lo siguiera.

Traté de ignorarlo con todas mis fuerzas. Creo que no lo logré.

—¿Qué significa esto? —conseguí balbucear.

La enfermera, sentada delante de su mesa, revisaba un voluminoso libro de entradas y salidas.

—Cálmese —dijo sin mirarme.

Luego levantó los ojos del libracó y silbó:

—Lárguese de una vez y no vuelva a poner los pies en este lugar.

Pasados los primeros instantes de perplejidad, durante los cuales sólo supe dar vueltas por algunas manzanas del barrio sin que me atreviera a marcharme de forma concluyente pero tampoco con el valor necesario para intentar una nueva escaramuza con la enfermera, decidí esperar atrincherado en un restaurante desde donde dominaba la puerta principal de la clínica.

Mi intención era permanecer allí hasta que saliera madame Vallejo y explicárselo todo. A las seis de la tarde mis esperanzas comenzaron a desvanecerse. A las ocho aún seguía en el café, pero más que nada por inercia; era improbable que pudiera reconocer a madame Vallejo si ésta finalmente aparecía, cosa que dudaba, pues la oscuridad ya era total.

A las nueve decidí marcharme y llamar por teléfono a madame Reynaud.

Con una mueca de irritación comprobé que no llevaba encima su número; debía ir primero a casa y buscar la libreta y luego volver a salir y llamarla.

Detuve un taxi. Tenía la manija cogida cuando sentí un golpe en la espalda, casi un empujón casual; el hombre que lo había hecho tenía una ceja cubierta por un parche que dejaba ver algunos puntos de sutura.

—Yo lo he visto primero —dijo. Daba la impresión de hablar con la boca llena de agua.

Miré al taxista para que indicara quién de los dos podía subir, pero el taxista se encogió de hombros. El problema debíamos resolverlo nosotros. El hombre de la ceja rota aguardaba. Olvidé el golpe en la espalda y con la mayor corrección le aseguré que estaba equivocado, que no pudo haberlo visto antes que yo, entre otras cosas porque cuando el taxi se detuvo él ni siquiera se encontraba cerca.

No contestó.

—Sin embargo —añadí—, se lo cedo con mucho gusto.

Por toda respuesta alargó ambas manos hasta cogerme de las solapas y me levantó en vilo.

—Judío descarado —meditó—. Yo lo he visto primero.

Después, como si lo pensara mejor, me dejó caer y entró tranquilamente en el taxi.

—Espere —grité desde el suelo.

No experimenté humillación ni rabia ni ninguna de las emociones que normalmente suscita un incidente de esta naturaleza. Deseé irracionalmente detenerlo y charlar, indagar en su rostro cargado de amenazas, preguntarle de dónde venía, cuál era su ocupación, si alguna vez había estado, siquiera de visita, en la Clínica Arago, si *sabía* algo, cualquier cosa que pudiera denominarse como certeza. De golpe me sentí más cansado y solo que nunca.

Luego me levanté como mejor pude, impulsado por una indignación tardía, con el propósito no confesado de devolver el golpe. Abrí la puerta trasera antes de que el taxi arrancara y alcancé a ver la jeta de mi agresor, de perfil, impávido, en el instante preciso en que la rueda del coche se demoraba al pasar sobre mi pie.

—Mierda —blasfemé avergonzado mientras el taxi se perdía calle abajo.

Con una rodilla en tierra, en un gesto que pretendía, ridículamente, ser casual, palpé los dedos a través del zapato, luego probé a caminar, no dolía.

A las diez y media, desde un café lleno de humo y juerguistas, conseguí un teléfono para llamar a madame Reynaud. Debí imaginar que nadie contestaría, pero seguí probando cada quince minutos, con resultados negativos, hasta la una de la madrugada.

Evidentemente madame Reynaud no iba a pasar esa noche en su casa. También era evidente que tenía que dormir en algún lugar. ¿En dónde? ¿Con quién? La pregunta era hiriente, amén de inútil, y me hacía sentir grotesco, digno

no sólo de mi propia compasión sino también de la compasión de mis compañeros de mesa. En algún intervalo entre llamada y llamada, no recuerdo cómo, me encontré departiendo con tres muchachos decididos a terminar la noche como cubas. Eran obreros de una imprenta y hablaban de mujeres y política. Filosofamos, afirmaban. No podría decir por qué me aceptaron en su mesa —¿o fui yo quien los aceptó en la mía?— pues rara vez despegué los labios, casi siempre para contestar con monosílabos a sus frases hechas sobre el amor y las mujeres, el deporte y los grandes y pequeños ladrones; sin embargo, cuando el café cerró me pareció natural seguir con ellos.

Ignoro cuánto tiempo transcurrió ni por cuántos sitios anduvimos. Recuerdo una cabeza de mujer, pelirroja, llorando en una sala de baile, la risa de dientes nuevos de un vejete vestido de frac, el techo de listones de madera de un bar, gatos y cubos de basura, la sombra de un niño o de un mono, frases fragmentadas sobre el fascismo y la guerra, un cartel escrito a mano que decía:

Lulú  
Insoportable  
Soledad  
Pitones  
Sexo  
Verdadero

—¿Pitones? ¡Pitones de toro! ¡Pero eso es España! —dijo uno de los muchachos.

—Lulú pone cuernos a todos —bostezó su compañero.

En algún momento, todos estábamos bastante bebidos, alguien habló de ir a jugar a un garito semi-clandestino. Recuerdo entre brumas un callejón por Montmartre, aunque no lo aseguraría, y una serie de puertas que alguien que nunca se dejaba ver nos iba abriendo con prontitud. Pensé preguntar la hora, revisar mi billetera, dar vuelta atrás, pero no lo hice. De pronto me encontré sentado a espaldas de un corro de jugadores en una habitación cerrada y maloliente, iluminada apenas por una vacilante bombilla que colgaba del techo. Escuché gritos, vagidos, no quise saber en qué consistía el juego. Hice el camino al revés y la misma sombra me franqueó las puertas. Antes de llegar a la última me detuve. Mi guía, lo noté entonces, sostenía un cigarrillo entre los dedos. El fulgor de la brasa y los botones de su chaqueta de portero brillaban como estrellas inalcanzables.

—¿Puede decirme su nombre?

—¿Yo? —La sombra tembló y su voz sonó aflautada.

—Sí.

—Mohammed...

—Dígame, Mohammed, ¿qué están haciendo ahora en aquella sala? —  
Indiqué vagamente el sitio que acababa de dejar.

—Juegan —dijo aliviado, como si hablara con un niño—. Es el juego de la  
dama y los carniceros. Pornografía.

—¿Pornografía?

—¿Por qué no se ha quedado? Yo nunca he visto el número completo,  
siempre tengo algo que hacer. Abrir la puerta, cerrar la puerta, traer y llevar  
caballeros. Pero creo que destripan una gallina. Hay sangre. Y a la señora le  
toman fotografías... Ambiente muy conseguido, se lo aseguro... Ella está desnuda  
y a su alrededor hay animalitos muertos... Por las madrugadas yo soy el que  
limpia todo... Con agua y jabón...

No había visto nada semejante. Tuve un presentimiento. Le dije que  
esperara y volví sobre mis pasos. Al abrir la puerta de la sala sólo vi una tarima  
mal iluminada en donde un negro tocaba con un dedo las teclas de un viejo piano.  
Las mesas estaban vacías, como si los comensales o los jugadores se hubieran  
marchado precipitadamente dejando un caos de platos y copas, salvo una, la del  
centro, en donde varios hombres y una muchacha que no podía tener más de  
veinte años seguían, apiñados, las incidencias de una partida de cartas. Entre  
ellos reconocí a uno de los obreros de imprenta, despeinado y con los ojos  
desmesuradamente abiertos, como si una mano invisible lo estuviera  
estrangulando. Cerré la puerta sin hacer ruido. Mohammed estaba detrás de mí.  
Di un salto.

—¿Teme usted algo, monsieur?... Si puedo serle útil...

—¿Temo algo? ¿Qué?

Los dientes del árabe brillaron en la oscuridad.

—No lo sé... El mundo está lleno de amenazas...

—De amenazas, sí, pero no de peligros —dije.

—Perdone, me confundo...

—Lléveme a la salida.

—Pero, monsieur, se ha equivocado de puerta... El espectáculo no es allí...

—No importa... Me voy.

—Por aquí, monsieur, no se arrepentirá... Algo delicado, lleno de finura, la  
dama de las gallinas lo hará gritar por dentro...

—He dicho que me voy.

Me miró y volvió a sonreír. Noté que estaba enfermo.

—La dama es digna de ver... Un hombre de mundo... Usted comprenderá...

No contesté. En alguna parte sonó un timbre. El árabe levantó la nariz y olió

algo en el pasillo. Pareció despertar.

—De acuerdo. Sígame —dijo. Su expresión era ahora ruin y rencorosa.

Volvimos a cruzar un sinfín de puertas. En sordina oí los gritos de lo que deduje eran personas excitadas, tal vez aplaudiendo algo que confusamente podía imaginar. A mi lado el árabe era otra vez una sombra servicial y sin rostro. Al llegar a la última puerta le di unas monedas. Escupió apresuradamente unas palabras de agradecimiento y cerró. Entonces me di cuenta de que no estaba en el callejón sino en una especie de almacén industrial, enorme y vetusto, al que le faltaba un pedazo de techo por el cual se podían ver las estrellas.

Retrocedí tanteando en la oscuridad, pero no pude volver a encontrar la puerta. ¿En dónde demonios me había metido? No lo sabía.

El almacén parecía fijo en un instante de su propia destrucción. Al encender una cerilla lo único que iluminé con claridad fue mi mano, demasiado pálida, demasiado segura para mi gusto. En el ambiente flotaba algo que no hacía presagiar nada tranquilizador. Di unos pasos desconfiados, explorando el terreno. En algún lugar tenía que estar la salida.

La cerilla se apagó y encendí otra; pude distinguir entonces, en el fondo del almacén, una máquina de hierro similar a un molino, de unos tres metros de alto y provista de aspas inverosímiles; a su alrededor se alzaban otros ingenios de metal, oxidados, inconmovibles. Aquello indudablemente era un almacén de trastos inútiles, pero no pude discernir la naturaleza ni la utilidad que éstos hubieran podido tener. Con dificultad creí reconocer, aunque completamente deformados por el paso del tiempo, algunos objetos de uso doméstico. Poco a poco mis pasos se hicieron menos vacilantes. Los trastos, pese al abandono, estaban amontonados con un cierto orden que permitía circular a través de ellos por pasillos estrechos, entre hileras de viejas cocinas de campo y tablas de planchar metálicas, grandes jarrones de bronce y arcones de maderas podridas. Al cabo de un rato descubrí que todos los pasillos convergían en el centro. Allí, por el contrario, los objetos, además de escasear, estaban esparcidos de cualquier manera, dejando un espacio amplio desde donde, con una buena iluminación, se podía dominar el resto del almacén.

Grité.

Sin sorpresa oí mi grito apagado por las montañas de bultos inservibles, como una piedra en el vacío, incapaz de levantar ningún eco. Si esperaba que acudiera a mi llamada un hipotético celador o vigilante nocturno, en ese momento deseché la idea.

Resignadamente me dispuse a buscar cobijo para pasar el resto de la noche. Cerca del molino que presidía aquel singular cementerio encontré una especie de bañera o cuba que tras cubrir con arpilleras comprobé que no resultaba del todo incómoda. Además, supuse que no tardaría demasiado en amanecer.

Antes de dormirme encendí dos cerillas más: a pocos metros de mi improvisado lecho observé útiles de labranza, palas oscuras recubiertas por una

costra de tierra alquitranada, hoces, chuzos, picas, horquillas, arneses azules y dorados, quinqués con las campanas de cristal rotas, hachas, una colección de atizadores de chimenea de distintos tamaños reclinados en perfecto orden contra un tablón. Los aperos del campesino ideal.

Sé que empezaba a dormirme pues ya había entrevisto algunos rostros recurrentes de mis sueños (tal vez más indicado sea decir *el peso* de esos rostros) cuando me despertó el sonido. Apenas una gota de agua, pero en el centro de mi conciencia. Abrí los ojos, no tenía miedo, esperé.

El ruido se repitió, un duplicado imperfecto, entre las hileras de bultos a mi derecha, casi frente a mí, como si se deslizara pegado a la pared. Manteniendo el más estricto silencio busqué entre mis ropas la caja de cerillas, saqué una y la sostuve entre los dedos, sin encenderla, como un arma o un talismán, a la espera de que mi curiosidad fermentara.

Debo decir que si aún me quedaba algo que injustamente pudiera llamar temor, éste desapareció tragado por la calma fatalista de saber sin lugar a dudas qué era lo que producía el sonido y la resignada decisión de no hacer nada para averiguar con qué fin lo producía. Sólo había una cosa clara, el ruido se desplazaba intermitentemente hacia donde yo estaba. Pensé: ahora sigue la línea de la pared, pero dentro de un rato tendrá que separarse y avanzar hacia el centro, hacia donde estoy. Lo más probable era que se separara cuando estuviera paralelo a mí, pero también cabía la posibilidad de que siguiera avanzando, dejándome atrás para luego proceder a abor dame, eso era inevitable, por la espalda.

Hubo un momento, lo reconozco, en que cedí a la debilidad, en que me pareció insoportable mi situación y quise encender la cerilla, iluminar la escena que intuía se montaba a mi alrededor. La oscuridad era tan delgada, el sonido se desplazaba a intervalos tan regulares, la bañera se tornaba tan fría y recordaba tanto un ataúd, que cualquier acto hubiera valido para romper la desdichada coherencia, la lucidez torcida que emanaba del sonido y del almacén. Empero no hice ningún movimiento.

Temí que se me acalabrarán las piernas si aquello se prolongaba. Sentí que algo me quemaba en la boca del estómago. Los ojos me dolían.

De pronto el ruido se despegó de la pared y empezó a abrirse paso entre los cachivaches. Así pues, aparecería por mi lado derecho. Me ladeé lo más que pude, la nuca reclinada contra el borde ondulado de la bañera, las piernas encogidas, mirando fijamente hacia el lado por donde tenía que aparecer. Es curioso, todos mis sentidos se concentraron no en el miedo o en la lucha o en la revelación, sino más plásticamente en el espacio delimitado de forma perfecta en el cual tenía que brotar la silueta esperada.

Los pasos se hicieron más pausados, rodearon un mueble, tal vez un ropero, oí el roce de prendas de vestir, luego silencio.

Adiviné en la oscuridad una presencia temblorosa. Me supe observado. Conté hasta tres, quise encender la cerilla, pero entonces me di cuenta de que ya

no la tenía entre los dedos. Intenté incorporarme; mis brazos resbalaron sin un ruido. Enroscado en el fondo de la bañera, en la postura de la víctima ideal, busqué otra cerilla. Tenía la caja en algún bolsillo del abrigo y no la encontraba. Por fin, levanté el brazo con mi débil candil y me asomé: no vi a nadie.

Quienquiera que fuese estaba detenido a unos diez metros de la bañera, fuera de mi campo visual.

Aunque no lo viera sabía que estaba allí. Oía su hipo. Con toda claridad. Espasmódico, molesto.

—¿Vallejo? —Mi balbuceo murió casi sin salir de los labios.

No hubo respuesta.

La sombra volvió a hipar y comprendí, como si metiera la cabeza en un remolino, que aquel sonido no era natural sino simulado, que allí había alguien fingiendo el hipo de Vallejo. ¿Pero por qué? ¿Para asustarme? ¿Para advertirme? ¿Para burlarse de mí? ¿Sólo por un insondable sentido del humor y la ignominia?

Avanza, pensé, avanza hacia mí.

Ignoro cuánto tiempo esperé.

Que no daría un paso más, lo supe al cabo de un rato.

La inmovilidad, al principio crispada, se fue haciendo regular.

En dos ocasiones intenté levantarme, en ambas resbalé, como si el destino no quisiera dejarme correr el más mínimo riesgo. Por el hueco del techo comenzó a filtrarse un cambio en el cielo; dentro de poco amanecería. En algún momento, quizá en el último intento de salir de la bañera, dije ay o ah, mi única queja, más de desesperación que para pedir ayuda.

Desperté con los miembros agarrotados, un persistente dolor en el cuello y una resaca espantosa. Eran las once de la mañana y un polvo hialino caía, o subía, por el agujero del techo. El almacén estaba en silencio, los trastos obstinadamente protegidos por el aura del abandono, cosa fuera del afán humano que la luz parecía evitar. No fue difícil encontrar la puerta; carecía de picaporte y comunicaba con un patio de gravilla con dos parterres abandonados a cada lado. La mañana, el lomo del cielo, parecía caerse a pedazos. Hasta cierto punto era un consuelo, yo me sentía igual. A la izquierda vislumbré una puerta metálica, cerrada. Junto a ella, como si esperara desde siglos, una pequeña caja de madera en la cual me senté. Respiré hondo. Por mi pecho pasaron confundidas las imágenes de las fugas y las decepciones, los sueños y los delirios de aquellas últimas horas. Se acabó, pensé en voz alta, se acabaron las calesas que no van a ninguna parte. El cielo de París, si bien más claro que el del día anterior, parecía más siniestro que nunca. Como un espejo suspendido sobre el agujero, me dije. Pero nunca podríamos saberlo con certeza. Lenguaje indescifrable. Oriné

largamente contra la pared. Me sentí cansado, un pobre diablo solitario y confundido en medio de un laberinto demasiado grande para él. ¿Qué hacer? No sabía si era el cielo o yo quien temblaba.

Pronto estuve en la calle buscando un taxi que me llevara al Boulevard de Courcelles.

Consciente de mi aspecto desaseado, la ropa arrugada y la barba sin afeitar, apreté el timbre. Mientras esperaba volví a alisarme el pelo. Me dolían los dedos del pie derecho, ignoraba si por alguna fisura producida durante el incidente del taxi y que justo ahora se manifestaba o por una mala postura en la bañera.

La puerta se abrió lentamente, sin ruido, y del interior (debían de estar las cortinas corridas) surgió la nariz ganchuda y luego el rostro ajado y blanquísimo de una mujer cercana a los setenta. Había dormido tan mal como yo o acababa de llorar. Pregunté por madame Reynaud. Me miró sin comprender, murmuró algo similar a una excusa y cerró sin violencia la puerta. Volví a llamar.

Casi de inmediato reapareció la vieja:

—Madame Reynaud no está, yo soy la anciana madame Reynaud, quién es usted.

Tenía los ojos azules y le temblaba la voz. Hacía muchos años debió de ser hermosa. Ahora sólo parecía asustada.

—Mi nombre es Pierre Pain, soy amigo de madame Reynaud —de la joven, pensé, casi a punto de soltar una carcajada histérica—, es de extrema importancia que la vea.

Mis palabras la hicieron sonreír imperceptiblemente, acaso añorar el mundo, las relaciones galantes, los paseos en barca.

—Pues no podrá ser hasta dentro de una semana —dijo.

Creo que debí de poner una cara de espanto, pues la vieja retrocedió asustada.

—Se marchó a Lille, a casa de su tía —exclamó desde la oscuridad del vestíbulo.

A continuación, siempre desde el lado oscuro, musitó como para que me hiciera cargo de la situación:

—Soy la madre de su difunto esposo.

A la una de la tarde regresé a mis habitaciones. Llené una jofaina con agua y me lavé de cintura para arriba, friccionando con energía los antebrazos, las axilas, el cuello, las costillas, hasta dejar la piel enrojecida. Luego me cambié de ropa y volví a salir. Algo, más un sentimiento de solidaridad que una intuición



apremiante, me decía que no había tiempo que perder.

Volví al Boulevard de Courcelles, al piso de madame Reynaud. La vieja parecía más animada y aceptó filosóficamente la pueril excusa que inventé. No, madame Reynaud no se ha marchado hoy sino ayer por la noche. No podría afirmar que estuviera nerviosa (tampoco negarlo), su actitud era la de siempre, como una hija *distante*, usted comprende, es joven y viuda, es decir que ya conocía la desdicha, informo desde el umbral, la puerta apenas entreabierta. Había preparado una maleta a toda prisa, su marcha coincidía con la llegada de un telegrama de Lille. Sí, el telegrama se lo llevó con ella, el ceño interrogante, ¿es que pretendía leer la correspondencia ajena?

La entrevista duró escasamente unos segundos. Ya en la calle me dirigí al primer teléfono público y marqué el número de madame Reynaud. Nadie contestó. Mientras bebía un vaso de vino pensé que había dos probabilidades: o bien la vieja tenía por costumbre no contestar el teléfono o bien el número que madame Reynaud me proporcionó no era el de su casa. Sin saber cómo, me encontré aceptando sin restricciones (es decir, abriéndola a cualquier desmesura) la segunda hipótesis. Madame Reynaud no tenía teléfono en su casa, ergo el número telefónico que me dio y al cual llamé en numerosas ocasiones, contactando en todas con la propia madame Reynaud, no pertenecía a su casa. Y sin embargo ella lo llamaba «el teléfono de mi casa». A este problema, que para otro hubiera sido una trivialidad o en el peor de los casos una suerte de acertijo, y que para mí era un clavo martillado en mi paciencia, había que añadir el singular e inesperado viaje de mi amiga, viaje que me parecía inconcebible tanto por el interés que para ella revestía la salud del esposo de madame Vallejo, como por no haberme dejado ni siquiera un mensaje avisándome de su partida.

Trastornado aún por los últimos acontecimientos llamé, desde el mismo teléfono, a monsieur Rivette. No sé por qué lo hice. Obedecía a impulsos desconocidos. Sentía una cólera vaga, una ligera sensación de estafa que poco a poco, como un taxidermista, me iba acorazando por dentro.

—Soy Pierre Pain, el asunto se ha complicado.

—...

—No sé qué hacer... Estoy perdiendo los cables... Los cables con la realidad...

—...

—No sé ni siquiera por qué lo llamo... Qué me impulsa a no cortar esta relación... Retazos de un tiempo que resultó completamente estéril, aunque eso ya lo habíamos previsto, ¿verdad?... Hace unas noches soñé con usted... Se veía muy viejo, en realidad tan viejo como es ahora... Arrugado e inquieto... Pero eso sucedía en 1922 y estaban los otros, ya sabe... ¿Por qué pienso en ellos?... Son como fantasmas...

—...

—Usted miraba hacia todas partes, pero sólo movía los ojos, como si

tuviera un tic nervioso o como si lo estuvieran estrangulando con una lentitud extrema... No era muy tranquilizador... ¿Buscaba a alguien escondido en la habitación?... Un mensaje, unas palabras de certidumbre... No lo sé... Esta mañana, sí, he tenido una mañana horrible, pensé que todos deberíamos morirnos... Usted, yo, todos los que de alguna manera pueden llamarse compañeros de viaje... Aprendices de brujo... Como chiste no puede ser peor, pero no es eso... El único escondite estaba en el techo... ¿Una araña?... Usted sabía que nos observaban desde los rincones... Yo me di cuenta y tuve miedo...

—...

—Igual que si alguien escondido en el techo me hubiera señalado con el dedo... ¿Por qué yo?...

—...

—No exagero, los sueños no exageran, estoy desesperado... Y no porque crea que está sucediendo algo extraordinario, sino porque tengo la impresión de que lo estoy perdiendo todo...

—...

—¿Qué?... Pocas cosas, casi nada, pero antes no me daba cuenta...

—...

—Disculpe esta llamada... Ya estoy mejor...

—...

—¿Simpatía?... Siento por usted la simpatía que siente un condenado a muerte por otro... Ya ve, a eso hemos llegado al cabo de los años... Es irrisorio... Lo llamo para insultarlo... Perdóneme... Creo que van a asesinar a Vallejo... Mi paciente... No me pregunte cómo lo sé... No hay explicación que valga...

—...

—Estamos todos implicados en este infierno...

—...

—Adiós, usted no ha hecho nada en contra mía... Pero nada a favor, tampoco...

—...

—...

Colgué. Mi ruptura, mi desplante con monsieur Rivette había sido tan inesperado para él como para mí. No obstante me sentí bien, más ligero, más limpio. En honor a la verdad, al colgar tuve que hacer un esfuerzo para no reírme.

Pobre y venerado monsieur Rivette, él no tenía la culpa de nada pero no podía afirmarse que estuviera instalado en la tierra de nadie, las manos impolutas alrededor de su vejez. En realidad, pensé con maligna satisfacción, el viejo Rivette se merecía un rapapolvo. Me detuve en esa palabra: *rapapolvo*. El desastre, de forma insólita, se ocultaba detrás de ella. Comprendí entonces que el viejo y yo

éramos semejantes no sólo en nuestra disposición frente al laberinto sino también en nuestra común condición de espectadores.

Comí, otra vez sumido en mis propios problemas, pero ya de mejor ánimo, más inclinado a la reflexión, lejos de la cólera y del resentimiento que todo lo velan, en un restaurante económico reputado por sus excelentes platos y al que solía ir de vez en cuando.

Todo lo que podía hacer era formularme unas cuantas preguntas. ¿Qué hacía madame Reynaud en Lille? ¿Su presencia allí estaba relacionada con el caso de Vallejo? ¿Qué amenazas o promesas contenía el telegrama que la obligó a partir de forma tan intempestiva? ¿Cómo designar —cómo entender— mi experiencia en el almacén? ¿Fue una alucinación producida por desarreglos nerviosos o una aparición cuyos motivos parecían inescrutables? ¿El hipo fingido era de carácter burlón o premonitorio? Había afirmado que pretendían asesinar a Vallejo: ¿de verdad lo creía? Me llevé la servilleta a los labios y cerré los ojos. Sí, lo creía.

Sumido en estas y otras cavilaciones la comida se prolongó más de lo habitual. De pronto, a través de los cristales, caminando despreocupado por la acera de enfrente, vi a uno de los españoles, el delgado. El corazón casi se me salió del pecho. No podía dar crédito a lo que veía. Dejé unos billetes sobre la mesa y salí corriendo.

Comencé a seguirlo a una distancia inicial de unos treinta metros. El español caminaba a un ritmo no excesivamente rápido, las manos en los bolsillos, como si estuviera paseando y el entorno le resultara interesante aunque no contara para ello con el tiempo suficiente. Sólo dos cosas deseé: que no se volviera y me avistara, porque entonces no sabría qué decirle, y que la caminata no se prolongara demasiado pues sentía que el cuerpo empezaba a no responderme.

A los pocos minutos mi entusiasmo se evaporó. Recuerdo haber sido observado con interés por otros transeúntes; sentía el rostro, pese al frío, cubierto por una capa de sudor; el humo que aureolaba de forma fugaz la nuca del español me parecía el comentario más cruel acerca de mi propio cansancio.

Pronto comprendí que el hombre delgado no iba a ninguna parte. Caminaba con energía, sí, pero esa era su manera natural de andar. En realidad lo único que hacía era pasear mirando escaparates y fachadas sin volver la vista atrás en ninguna ocasión, como si una sola mirada le bastara para registrar de modo preciso y definitivo aquello que veía. Pensé si no sería conveniente darle alcance y abordarlo. Supuse que dentro de poco, dependía de lo que durara su paseo, no me iba a quedar más alternativa que ésa.

De improviso me vi inmerso en el Boulevard Haussman y no pude recordar de qué manera habíamos llegado hasta allí. Volví a ver o a presentir los pasillos circulares de la Clínica Arago y el rostro anguloso del doctor Lejard proyectado sobre el vacío. Confuso, recobré el ánimo.

Pude apreciar que el español aminoraba la marcha. Sin motivo ninguno, al

entrar por la rue de Provence di por sentado que se dirigía a la sinagoga, que allí se detendría e incluso que alguien lo esperaba en el interior, pero el español, ajeno a mis itinerarios, subió hasta la plaza D'Orves y se detuvo en el borde de la acera contemplando con actitud ensimismada el tráfico y los primeros paraguas que empezaban a abrirse.

Me refugié en un portal sin perderlo de vista. Allí, en un cubículo diminuto, un relojero había instalado su taller. El tic-tac de los relojes pronto se acopló al de la lluvia. El relojero me miró y bajó la vista. Era un hombre viejo y tenía la cara cubierta de lágrimas. El día no podía ser peor, las gotas de lluvia comenzaron a multiplicarse y por encima de los edificios, fosilizados, envueltos en un rumor que paradójicamente se me antojó similar a una cancioncilla infantil, se levantaba un cielo color plomo, con manchas lechosas, que el viento inestable moldeaba con la apariencia de pulmón, de cosa suspendida sobre nuestras cabezas con la capacidad de aspirar y expirar. Fue entonces cuando el español miró hacia donde yo estaba, sin verme, y luego encendió otro cigarrillo protegiendo la llama con las manos y el ala del sombrero, y luego echó a andar hacia la rue de Chateaudun.

A partir de ese momento el trayecto comenzó a tener visos de farsa. Para empezar, las calles se habían vaciado de peatones de forma considerable y nada podía resultar más fácil para el español que sorprenderme detrás de él. El cuadro era evidente hasta para el más obtuso: uno paseaba bajo la lluvia y otro, adecuando sus pasos, lo seguía. Por si aún quedaba alguna duda, ambos estábamos empapados y nadie en su sano juicio da un paseo calándose hasta los huesos. Al poco rato la distancia que nos separaba no era mayor de diez metros. El español encendió otro cigarrillo mientras miraba sin disimulo a sus espaldas, como para comprobar si yo aún estaba allí.

Me quedé quieto en medio de la acera, desprotegido y mojado, un blanco perfecto para sus ojos astutos. A lo lejos se oyó un trueno. El español pareció interesarse. Qué quiere este hombre, pensé, ¿que lo siga?; resultaba patente. Me sentí abatido. La otra alternativa era gritar. ¿Quién era el loco, él o yo? Experimenté escalofríos por todo el cuerpo, iba a caer enfermo, de eso no cabía ninguna duda, sin embargo mi estado anímico permanecía despierto, cómo explicarlo, abierto a la curiosidad, a las extrañas confianzas que pasaban susurradas por esas calles irreales. No obstante no quería seguir mojándome, lo que indica que aún no había abandonado ciertas reservas. Un café muy caliente y una copa de licor me hubieran sentado de maravilla.

El español sonrió. Subimos por la rue Rodier hasta Rochechouard. La lluvia se convirtió en una llovizna helada que descendía de forma oblicua y lenta como un pañuelo de seda. Ahora caminábamos hacia la plaza Blanche. Pensé en madame Reynaud; el cartón piedra; una caída en picado por entre las uñas; el taxista que no sabía dónde estaba la plaza Blanche; madame Grenelle bajando las escaleras. La suma de mis destinos. Me reí. Supe que el español, cinco metros por delante, también se reía. Este hombre, aunque no lo parezca, debe de ser muy listo, pensé.

Antes de llegar a la plaza Blanche bajamos otra vez, por la rue Pigalle,

hasta la rue La Bruyère. Caminábamos en círculos. Al llegar a la rue D'Amsterdam el español volvió a acelerar el paso y por un momento creí que lo perdía. Lo razonable era girar en dirección a la Estación de St. Lazare y eso fue lo que hice. No tardé mucho en divisarlo detenido frente al cartel de un cine minúsculo en el cual nunca antes había reparado. Al cabo de observar atentamente la publicidad del film, contra lo que yo esperaba, procedió a comprar un billete y desapareció en el interior de la sala. Medité que la situación había llegado a un punto inesperado y que era necesario actuar con decisión. La película se llamaba *Actualidad* y la anunciaban de forma un tanto vaga como una historia de amor y ciencia; los actores principales, desconocidos para mí, eran un hombre y una mujer, ambos jóvenes, de rostros perfectos y graves. Tuve la sensación de que se trataba de maniqués aunque a todas luces eran la pareja enamorada de cualquier melodrama. En algunas fotos aparecía también un actor de carácter, con el rostro invariablemente contraído en una mueca de dolor y estupor increíbles; en el afiche publicitario la compañía cinematográfica había tenido a bien anunciar que aquella era su última película: «Nuestro entrañable M..., que ahora está en el Cielo...» M..., sí, lo recordaba, un actor secundario, de vis cómica, sin demasiada suerte. El rictus de las fotos, sospeché, se debía más a la enfermedad que terminó matándolo que a exigencias del guión.

Me acerqué a la taquilla.

—La película acaba de empezar —murmuró sin mirarme una mujer pelirroja algo entrada en carnes, más o menos de mi edad, que se entretenía en escribir algo en un cuaderno escolar cuya única peculiaridad era el color rosa de las hojas. ¡Versos! ¡Una poetisa!

Saqué un billete y entré.

La sala estaba dividida en dos bloques de hileras de butacas de las que sobresalían como flores nocturnas las cabezas de los espectadores; éstos eran pocos, inclasificables, la mayoría solos, aislados en sus asientos mientras en la pantalla se proyectaba algo que creí, en un primer vistazo, era un desfile, pero que resultó la inauguración de un palacio, un baile de gala o algo similar.

El acomodador apareció por el lado izquierdo haciendo rielar su linterna sobre la alfombra. Metí la mano en el bolsillo y le entregué unas cuantas monedas, luego, antes de que se marchara, aferré su brazo y lo obligué a quedarse quieto. Apenas opuso resistencia. Sus músculos, bajo el traje, parecían de alambre; lo sentí temblar como un animal, supuse que su rostro, que no podía ver, era sensual y ajado.

—Calma —susurré—. Quiero sentarme aquí mismo. Lejos de la pantalla. No estoy muy bien de los nervios.

Mi intención había sido decir del nervio óptico, pero ya era tarde para enmendarlo.

El acomodador apagó la linterna y miró con desasosiego hacia las cortinas que disimulaban la puerta.

—De acuerdo, no se inquiete, aquí tenemos un asiento libre, detrás de

usted, aquí, no tiene sino que dar media vuelta y sentarse.

—Ah, me parece perfecto.

—Para servirlo, monsieur.

Lo solté y me acomodé en la butaca. Estaba en la última fila del lado derecho; a mi espalda sólo había una pequeña baranda de madera donde sobresalían falsos pilares labrados y las cortinas que recorrían de extremo a extremo la pared posterior del cine. En la pantalla hizo eclosión el sol.

La escena transcurría en una playa, presumiblemente en verano, una playa desierta a excepción de algunas gaviotas que paseaban despreocupadas por la orilla del mar. La arena allí era negra y brillante; el cielo, por el contrario, era una mancha de luz fija, invariable, que se derramaba silenciosa por el resto de la pantalla. «Después de las fiestas parisinas, el mar y las playas de Normandía eran el mejor sedante para Michel», recitaba una voz de mujer a la que no se veía, con un cierto tono sacerdotal, como el de una secretaria ya vieja acostumbrada a todo, mientras por la punta más distante de la playa avanzaba una pareja, apenas dos puntitos oscuros que no terminaban nunca de llegar a primer plano. El español estaba sentado en el lado izquierdo de la sala, cerca del pasillo, a unas diez hileras de donde yo me encontraba. Bueno, no lo había perdido, suspiré, pero ahora venía la parte más difícil, cómo vencer la indecisión, qué preguntas concretas hacerle si decidía, y eso era impostergable, sentarme a su lado. «Michel, sin embargo, no olvidaba el torbellino de París.» La mujer rubia que ha pronunciado de manera enfática esta frase y cuya voz —caprichosa, vital— difiere de la anterior, cierra los ojos con un aire de resignación y enfado. En el fotograma siguiente es Michel quien cierra los ojos (Michel es el actor principal cuya foto aparece en los carteles) y las escenas ulteriores transcurren como dentro de un remolino, lo que lleva a suponer que está soñando. Sucesivamente se ven las escalinatas de un palacio, un automóvil detenido en el Bois de Boulogne, una vista nocturna del hipódromo, los pies de alguien recorriendo un pasillo, una cama con baldaquino, deshecha, las sábanas arrancadas con violencia, el rostro de un anciano, tal vez el ayuda de cámara de Michel, que observa algo y se aterroriza, el eco de una explosión distante, un hombre del que sólo vemos la espalda sollozando apoyado en el volante de un coche detenido en un camino comarcal, finalmente los pies que recorren el pasillo y que de pronto echan a correr, restos calcinados de un campamento de mendigos a orillas de un río y un grupo de jóvenes vestidos con elegancia que rodean efusivos a un hombre un poco mayor que ellos, sin duda el líder, que por supuesto resulta ser Michel. Este, impertérrito, levanta una mano pidiendo silencio y se dispone a brindar.

En ese momento me di cuenta de que junto al español había otra persona.

Era una contrariedad. No creo que hubiera más de veinte espectadores, lo que hacía improbable que el español, estando en su mano escoger una butaca sin vecinos, se sentara allí de forma casual. En realidad el cine se encontraba virtualmente vacío; en mi hilera de butacas sólo estaba yo y en la del español sólo éste y su inesperado acompañante, una nuca poderosa y calva, hombros voluminosos, la oreja derecha como un trozo de pergamino arrugado pegado a las

sienes que aún conservaban mechones de pelo oscuro. «Debemos casarnos, esta situación es insostenible», dice una voz de mujer. Alguien coloca un disco. La música apenas se oye, apagada por un chirriar de máquinas al que sigue una explosión.

Michel está repantigado en un sillón, en un ángulo poco iluminado del cuarto, sin hacer comentarios. Al cabo, se levanta y se dirige al ventanal. Sólo entonces comprendo que está solo en la biblioteca y que la ventana se abre sobre un acantilado. Es de noche y la cámara desciende desde el rostro preocupado de Michel, con morosidad, hasta sus zapatos. Con la punta de éstos golpetea el suelo y el único sonido que se oye entonces es el de las olas. La impaciencia nos va a matar a todos, pensé.

Seguido por un espectador titubeante, el acomodador volvió a aparecer. «Mi vida, mi carrera, mis propiedades están en sus manos.» Es Michel quien confiesa lo anterior, de perfil, estudiando algo que no se ve en la pantalla. Al fondo, una mujer rubia lo mira fijamente. Al volver pasillo arriba el acomodador carraspeó al pasar junto a mí, como si pretendiera advertirme de algo fuera de lo normal. La mujer rubia se llevó las manos a la cabeza. No cabía imaginar ningún peligro, sin embargo me volví; el acomodador estaba detrás, semicubierto por las cortinas, lo que le confería aspecto de noble romano, fuera del tiempo, indiferente a los desasosiegos y seducciones de la pantalla. «Nos casaremos, por supuesto», dice Michel con una sonrisa melancólica, «pero tendremos que aceptar las decisiones del destino.» Miré hacia delante: sólo se veía, otra vez, la playa interminable debajo del cielo color de nieve, por donde se acercaban hacia los espectadores las dos figuras imprecisas. Me levanté. El acomodador había desaparecido y en el lugar antes ocupado por su sombra ahora sólo quedaba un débil temblor en las cortinas. Al dar unos pasos pude darme cuenta de hasta qué punto mi ropa estaba aún empapada. Vacilé. «El principal obstáculo para amarte es mi memoria», dice Michel. «Durante el día la amnesia es como el desierto. Durante la noche es como la selva, poblada de fieras salvajes. ¿Todavía crees que encontraríamos la felicidad?» El rostro de la mujer se recorta sobre un paisaje de hierbajos y dunas. Un sol alienante vibra en el cielo marino. Aprovechando la luz que manaba de la pantalla llegué hasta la fila de butacas donde se encontraba el español. Luego todo se oscureció y me senté aprisa, con miedo al ruido excesivo que hacía mi ropa mojada.

Es de noche y Michel y Pauline (la chica rubia, con quien se ha casado) están en la residencia del primero, en París. La servidumbre los observa en silencio. El valet de Michel, un hombre joven de extraordinario parecido con el viejo que en escenas anteriores vio algo presumiblemente aterrador, se esfuerza en ser simpático con su nueva patrona. «¿Quién es la cocinera?», pregunta la muchacha. El valet responde que él. En su tono hay algo de desafío. El resto del servicio, todos a una, bajan la vista, cohibidos, tal vez atemorizados. Pero si la señora desea una cocinera, añade el valet, él conoce a una mujer limpia y eficiente. «De acuerdo», dice Pauline, sin dejar claro cuál es su decisión, mientras mira los enormes gobelinos que cuelgan del salón. La escena siguiente transcurre en la biblioteca en penumbra; Michel y un amigo un poco mayor, tal vez su médico

o su abogado, toman coñac y fuman, pero no en una actitud de reposo sino de tensión. Michel, con voz entrecortada, relata los pormenores de una desgracia. A lo lejos se oye el sonido de una explosión. Michel cierra los ojos.

El español me miró como si no me reconociera. Intenté sonreírle. No pude. Con el codo alertó a su compañero de mi presencia. Este tardó en hacerle caso; toda su atención era acaparada por las escenas que se sucedían en la pantalla. Cuando volvió su rostro hacia mí, dijo con naturalidad:

—Hola, Pain, ¿cómo estás?

No atiné a replicar. Los años no habían pasado en balde, no obstante lo reconocí de inmediato.

«La vida es hermosa y usted aún es joven, querido amigo, haga un esfuerzo.» «Mis noches, invariablemente, son espantosas, Paul.» «Tenga valor.» «El valor es posible cuando uno sabe de qué tiene que defenderse y ése no es mi caso. Mis enemigos están en el aire. Peor aún: debajo del aire. Reptan en el territorio de la culpa.» «De todas maneras, no se deje aplastar por sus propias pesadillas, Michel, las pesadillas suelen estar vacías, recuérdelo.» «La pesadilla es el pasado, la memoria; para olvidar tendría que ser otro.»

Me quedé con la boca abierta. Era Pleumeur-Bodou. Satisfecho de la impresión causada, sonreía.

—¿Usted aquí?

El español me miró con curiosidad; luego torció el rostro y miró a Pleumeur-Bodou como si lo único que le interesara fuera registrar nuestras reacciones.

—Hacia una eternidad que no nos veíamos, ¿no? Pero el tiempo no borra las jetas de los amigos verdaderos, ¿eh?

Asentí con la cabeza. No sabía qué decir.

Pleumeur-Bodou me observó con una mezcla de felicidad y arrogancia. Iba a seguir hablando pero cambió de idea y se dirigió al español:

—José María, ¿por qué no me cede su asiento?, así no tendrá que adoptar esta postura tan incómoda, lo estamos casi emparedando, y mi amigo y yo podremos hablar como la gente decente, sin que se entere de nuestros negocios todo el cine. Ya sabe, un poco de tacto, un poco de buena educación y hasta en el infierno seremos bien recibidos, ¿eh?

El español se concedió un tiempo para traducir el discurso de Pleumeur-Bodou y luego se levantó. Pero Pleumeur-Bodou era demasiado ancho y al intentar permutar las butacas de forma simultánea se estorbaron mutuamente. Por un instante ambos permanecieron trabados. Detrás de nosotros alguien protestó. De otro sitio surgió un murmullo pidiendo silencio. El cine podía ser viejo y pequeño, pero los espectadores eran exigentes. Pleumeur-Bodou volvió a sentarse.

—José María, atención, pase usted primero y siéntese aquí —golpeó la superficie de cuero de la butaca de su lado izquierdo—, y cuando yo me haya



sentado aquí —tocó el pecho del español con la punta del índice—, puede usted, sólo entonces, ocupar mi asiento.

—¿Qué hace usted en este lugar? —musité—. ¿Cómo conoce a este hombre?

Me guiñó un ojo.

—Un momento, Pain, quieto.

José María, que había vuelto a levantarse, fue obligado por una de las zarpas de Pleumeur-Bodou a retornar a su butaca. El español olía a ropa mojada. Miré hacia la pantalla: Michel dormía en el diván de la biblioteca. En primer plano su mujer y su amigo (que era al mismo tiempo su médico) lo observan hablando a media voz, como si temieran perturbar su sueño. Un halo de tragedia envuelve todo el cuadro. «Era el mejor de su promoción», dice el amigo. Pauline llora. «Uno de los talentos jóvenes más prometedores del país; lo tenía todo..., lo perdió todo...» Atento ahora, indica Pleumeur-Bodou. En la pantalla aparecen, como la escenificación de la pesadilla de Michel o como ilustración de la historia que cuenta el médico, imágenes cuyo granulado, encuadre e incluso calidad las hacen suponer de otra película, en donde un grupo de jóvenes investigadores son expuestos a la cámara en distintas actitudes, primero en el interior de un laboratorio de dimensiones considerables y después deambulando por un parque. Entre éstos, fíjate bien, Pain, susurra emocionado Pleumeur-Bodou, está Terzeff.

—Terzeff—dije.

Algunas voces en los asientos posteriores volvieron a pedir silencio.

—A callar, imbéciles —dijo Pleumeur-Bodou.

Terzeff y los jóvenes científicos, entre los que no se veía a Michel, daban brincos por el laboratorio, yendo y viniendo, metiendo la nariz en las probetas de sus compañeros, brindando con los recipientes, felices, como si estuvieran en una clase de química elemental y el profesor se hubiera ausentado. Pleumeur-Bodou se levantó, debía de medir por lo menos un metro noventa, y buscó en la penumbra al que le había chistado. Casi de inmediato se volvió a sentar y me susurró a dos palmos de la cara:

—¿Qué te parece? ¡Nuestro querido Terzeff, moviéndose, riéndose, más joven y lozano que tú y que yo! ¡Allí está! ¿No te da un poco de envidia? ¡Es lo que llamo misterio del arte! Porque esta vivo, ¿no? —El español soportó con estoicismo los kilos que se desparramaron sobre su asiento.

En la pantalla los científicos habían dejado el laboratorio y ahora posaban en el jardín, sentados en una banca, alrededor de la fuente, en las escalinatas, haciendo bromas y mirando desvergonzadamente hacia la cámara.

—No entiendo nada. ¿Qué hace Terzeff allí?

—Ese fue el primer laboratorio en el que trabajó. El ingreso era difícilísimo, había cientos de aspirantes y Terzeff, a pesar de todo, fue uno de los pocos admitidos. Incluso yo, sí, qué diablos, también opté por una plaza y fui rechazado.

¿Qué te parece?

—No lo sé. Mi pregunta es de qué manera todo eso se ha convertido en una película. Admita usted —me negaba a tutearlo pese a la familiaridad con que él lo hacía— que es extraordinario que aparezca Terzeff con sus compañeros de trabajo en medio de un melodrama siniestro.

—No me dirás que no es un documento fantástico.

—Depende de para quién. —En la pantalla se reflejaba ahora el atardecer cayendo sobre los edificios de la fundación científica. En una sucesión de imágenes cada vez más oscuras, preludio del fin del sueño de Michel, puede apreciarse la puerta principal de hierro forjado adornada con un letrero ilegible, la bandera de Francia ondeando en un patio desolado por el que se deslizan sombras ambiguas, el vigilante nocturno atravesando el patio con un manojito de llaves colgado de la cadera, las ventanas cerradas de los laboratorios, la voluminosa puerta metálica del sótano, un gato que mira el objetivo encaramado sobre el seto.

—En realidad, Pain, son dos películas distintas. Se supone que el idiota ese —se refería a Michel— ha estudiado en un centro de investigaciones científicas. Mira, escucha lo que el médico le dice a su mujer.

«Murieron todos», el amigo de Michel contempla a Pauline como si la confesión lo hubiera desgarrado por dentro. «Sin embargo quedaron muchos interrogantes sin responder.» La silueta de Pauline, su perfil delicado y fisgón tiembla junto a un enorme óleo donde se entremezclan los cuerpos desnudos de ángeles y demonios.

—¿Quiénes?

—¡Escucha!

—Maldita sea, cálese de una vez. —La protesta surgió a tres filas de distancia y la voz que la había proferido parecía amoscada de verdad.

«¿Todos?» «Sí, todos, menos Michel, que se hallaba indispuerto y no pudo asistir.» «¿Pero cómo, qué accidente pudo...?» «Una explosión, una explosión que tuvo origen en el laboratorio de Michel.» «¡Dios mío!» «Las veinte promesas, los veinte mejores científicos jóvenes de nuestra nación, desaparecidos de un plumazo.» «¿Pero en qué trabajaba Michel?» «No lo sé. Nadie lo sabe. Las notas sobre su trabajo desaparecieron con la explosión y él no ha querido revelarlo jamás; lo único que puedo decir es que estaba relacionado con la radiactividad.» «Entonces abandonó su carrera y comenzaron las pesadillas, ahora lo entiendo.» «Sólo usted puede ayudarlo, querida.»

El médico coge la mano de Pauline mientras ésta lo mira a los ojos como si aquél fuera su captor y ella su prisionera.

—A ese cretino le pone cuernos su mejor amigo.

—¿Se va a callar o no?

Pleumeur-Bodou se levantó amenazante.

—¿Por qué no te largas, hijo? —Las garras crispadas de Pleumeur-Bodou se apoyaron en las caderas, diríase una copia del Mussolini que veíamos en los noticiarios.

El español se había vuelto y miraba en silencio al muchacho, sin duda un cinéfilo o un estudiante ocioso o ambas cosas, del asiento posterior. Éste de alguna manera intuyó que era mejor no avanzar en la disputa y se sumergió en su butaca. El español, sentado, parecía mucho más peligroso que la masa de humanidad que Pleumeur-Bodou mantenía en equilibrio inestable.

—Hay cada tonto del culo.

—No tenía idea de que Terzeff hubiese sido actor —susurré, más que nada por cambiar de tema. Estaba seguro de que todos los espectadores dividían su atención a partes iguales entre la película y nuestro peculiar grupo.

—No lo fue. El director de *Actualidad*, concederás que es un título divertido, ¿no?, trabajó en los años veinte en aquel centro de investigaciones y filmó un híbrido de documental de propaganda del instituto que nunca fue exhibido. Años después añadió parte de ese material a los momentos oníricos de su película.

—¿Cuándo se filmó esta película?

—¿*Actualidad*? Hace cuatro años, al menos yo la vi por primera vez hace cuatro años. Las partes de Terzeff fueron filmadas en 1923, es cine mudo, se nota, ¿no?

Debía recobrar la sangre fría, la calma, la distancia, salir de esa sensación de irrealidad que se estaba apoderando de todo. Pensé: hay un inocente de por medio. Pensé: el sudamericano va a pagar por *todos*.

En la pantalla Michel se despide cariñosamente de sus padres. Un automóvil se interna en el bosque. «La vida no tiene demasiada importancia.» Un auditorio de hombres viejos contemplan a Michel en silencio. Este se frota los ojos, cada vez con mayor violencia. En su gesto hay una reminiscencia infantil. Bebe un vaso de agua. Estudia el líquido a través del cristal. Alrededor de sus párpados hay profundas ojeras. Pauline duerme sola en una cama con baldaquino. «Nadie puede culparme, sólo yo, y yo soy inocente.» El médico sube a un tren que se aleja de París. El valet de Michel observa el atardecer desde la ventana oblonga de una buhardilla. En el interior, limpio y decente, colgada de la pared está la foto de un antiguo lacayo, presumiblemente su padre o un familiar cercano, de gran parecido físico con él, pero de expresión diametralmente opuesta: lo que en el valet es melancolía, resignación no carente de encanto, en su padre es puro y simple terror. Unas manos de hombre parten una barra de pan. De las nubes, pero muy lejos, brotan relámpagos. Michel, hundido en el sillón de la biblioteca, se cubre los ojos.

—Hace poco hablé con monsieur Rivette; dijo que usted vivía en España.

—Ah, el viejo Rivette, un espíritu superior, ciertamente... Es hermosa España, sí, y es sólo el prelude... Pero la ciudad de mi corazón es París... Atención, fijate, lo que te decía, ese infeliz de médico pretende robarle la mujer al

calzonazos.

—Necesito hablar con usted. Salgamos.

—Creo que ya no hago falta —dijo el español.

—De acuerdo, José María, nos veremos después. —En el tono de Pleumeur-Bodou se adivinaba al hombre acostumbrado a mandar, sin embargo en el modo de dirigirse al español había, además, un cierto respeto, un comedimiento cercano al temor, del que él probablemente no tenía conciencia.

El español saltó con agilidad sobre mis rodillas y en unos segundos alcanzó el pasillo. Era menudo y la ropa daba la impresión de irle grande. No dijo adiós.

—Estoy en París desde hace sólo dos días —explicó Pleumeur-Bodou—, se diría que vine exclusivamente para ver esta película. No sé si recuerdas que Terzeff era mi mejor amigo.

—Sí. También recuerdo que se colgó. Curiosamente hace unas noches monsieur Rivette tuvo la amabilidad de refrescarme la memoria. —En la pantalla se ve un callejón oscuro; un clochard está durmiendo entre cubos de basura; sobre los cubos hay gatos; en realidad el callejón está infestado de gatos de todas las condiciones.

En primer plano aparece Pauline y un desconocido de aire misterioso. «Debo hablar con usted», dice el hombre. «¿Qué quiere, quién es usted?» «Debe confiar en mí. Por su bien.» Pauline intenta huir pero el hombre se lo impide. Por un momento sus rostros casi se tocan. «Soy detective, tenemos serias sospechas de que su marido fue el autor de la explosión en el centro de investigaciones que costó la vida a todo el personal.» «Usted delira, aquello fue un accidente.» «Hay indicios que nos hacen pensar en un asesinato en masa fríamente planeado.» Pauline ensaya un gesto sarcástico. «No tiene usted idea de cómo quedó Michel después del accidente.» «¿Cómo?, dígamelo usted.» «Destruído moralmente, sin ánimos de nada, recordando a todas horas aquella pesadilla.»

—Vaya, vaya, así que has hablado con monsieur Rivette... Debo hacerle una visita al viejo antes de marcharme.

El detective sonríe: «Tal vez esté fingiendo.»

Una especie de ola blanca, una ola compuesta de luz, irresistible, cubre el rostro asombrado de Pauline.

—Qué hijo de puta, lo que quiere es ligarse a la mujer. ¡Pobre diablo!

—De paso me contó la historia de Terzeff con Irene Curie.

—El viejo es sabio, muy sabio, pero no esperes que lo sepa todo.

Al despedirse, el detective retiene la mano de la mujer más tiempo del normal. Pauline baja la mirada. Michel aparece en la azotea de su casa y contempla, armado con unos prismáticos, el horizonte plagado de nubes oscuras. Junto a él ha instalado un artefacto que se asemeja sobremanera a una piedra de sacrificios azteca. Detrás, en una postura rígida, su valet aguarda.

—Ni siquiera conoció a Irene. Se dijeron muchas cosas, se exageró mucho.

—Salgamos, vamos a caminar o a un café, a cualquier sitio. Quiero hablar con usted. Se lo ruego, no tengo tiempo que perder.

—De acuerdo. Total, la parte que me interesaba ya la he visto. Mañana volveré otra vez.

Fuera llovía.

Nos metimos en un bar de la rué D'Amsterdam y Pleumeur-Bodou pidió un grog y yo una menta. Debíamos de formar una pareja extraña pues concitamos de inmediato la atención de los pocos clientes que se volvieron para observarnos sin demasiada discreción. Tal vez la causa fueran los modales de Pleumeur-Bodou, ruidosos y perentorios.

—Y bien, ¿de qué querías hablar?

—De Terzeff, y de su amigo español.

Lanzó una mirada despectiva a mi corbata y luego encendió un cigarrillo con gesto resignado.

—No veo la relación, pero empieza.

Le referí todo cuanto sabía del español, desde el encuentro en las escaleras de mi casa, pasando por el encuentro en la Clínica Arago, hasta el inverosímil soborno en el café Víctor.

—Bueno —se burló Pleumeur-Bodou—, has tenido una oportunidad única para devolverle el dinero y no lo has hecho.

Quise protestar. Sentí que me ruborizaba.

—¿Sabe usted qué motivos tenía para impedirme ver a Vallejo?

—Francamente, Pierre, no tengo idea.

—Pero usted es su amigo, incluso me atrevo a suponer que conoce al otro español.

—En efecto. Pero eso quiere decir muy poco. Tengo muchos amigos españoles, con algunos me unen vínculos muy profundos, con otros simplemente el compartir ciertas alegrías de la vida; José María está entre estos últimos; entre paréntesis te diré que es sobrino nieto de nuestro gran poeta Heredia, además de poseer una renta considerable y un alma generosa. Pero eso es todo. No debes dejarte engañar por las casualidades. ¿Recuerdas esa frase de Bergson sobre el azar? ¿La recuerdas?

—No.

—Era sobre el azar criminal, el azar como el último homicida, no sé, qué más da, al diablo Bergson... Tú lo seguías a él y me encontraste a mí. ¿Y qué? ¡Tanto mejor! Te sorprendería saber a cuánta gente encuentro a diario. Y en lugares mucho más peculiares que un vulgar cine. En cuanto al soborno, me atrevería a conjeturar que todo ha sido una broma. José María sabía, presumo

que por boca de la misma mujer de tu enfermo o por algún amigo de éste, que tú serías llamado a su lecho. Tal vez de por medio haya una apuesta, a las que son muy aficionados los españoles, tal vez sólo una broma gastada a tu costa. Ten en cuenta su condición de médico, ese sector ilustrado de la raza española suele alardear de un positivismo incomprensible para nosotros. Por lo demás, ya sabes que los extranjeros ricos a menudo son un poco extravagantes, más aún si, como es el caso de éstos, tienen un temperamento artístico. En fin, Pierre, me asombra que no sepas distinguir una broma, aunque debo admitir que un poco pesada, de una amenaza real y tangible. Creo, querido, que te has dejado llevar por tus nervios. ¡Atención!, te lo dice un amigo que hace tan sólo unos días estaba en el frente.

—Sí —murmuré ausente—, ya estoy enterado de que usted se ha vuelto fascista.

Pleumeur-Bodou sonrió satisfecho. Pidió a gritos otro grog. Su vitalidad, su bonhomía, incluso su sed resultaban ofensivas.

—Monsieur Rivette, claro, deduzco que ha sido él quien te lo ha dicho... Pues sí —pareció recordar algo importante—, eso avanza.

Guardamos silencio. El tiempo transcurría a nuestro alrededor como si no tuviera nada que ver con nosotros; los hombres fumaban y bebían, de la calle llegaban sonidos inconexos, el camarero fregaba vasos, unos tacos de leña crepitaban en la chimenea, en el interior del bar alguien cerró con violencia una puerta. O tal vez fue el viento.

Reflexioné que si permanecía inmóvil podría escapar de lo ilusorio y distinguir aquello que sabía junto a mí, haciéndome señas desde un espacio intocable.

—Te voy a contar la historia de Terzeff. Esa sí que es una historia interesante. Lo haré como prueba de nuestra vieja amistad. De la amistad que hubo alguna vez entre los tres. De paso, podrías tutearme.

—Entre nosotros nunca hubo ninguna amistad. Usted y Terzeff frecuentaban a monsieur Rivette por la misma época en que yo lo hacía y eso fue todo.

—De acuerdo, de acuerdo... Pero al menos entonces nos tuteábamos, ¿no? —Parecía herido, pidió otro grog.

—¿Qué historia me va a contar? ¿El suicidio de Terzeff, su amor frustrado por Irene Joliot-Curie? Francamente, no imagino a nuestra ilustre científica llamándose Irene Terzeff-Curie ni a nuestro amigo ayudándola a descubrir la radiactividad artificial ni mucho menos obteniendo un Premio Nobel. ¡Nos estamos haciendo viejos y perdemos la perspectiva!

—No pluralices y escucha. Lo primero es falso. Terzeff jamás *conoció* a Irene Joliot-Curie, un bicho feo donde los haya. Tampoco intentó refutar a su madre, como se dijo entonces. La historia es muy distinta y sólo yo la sé. Como te habrá contado monsieur Rivette, y si no lo hizo pues ahora ya lo sabes, Terzeff

comenzó a frecuentar el círculo de madame Curie en 1920, cuando aún no contaba veintitrés años. Era de los más jóvenes e indudablemente el más brillante. A finales de 1924, sin motivo aparente, abandonó dicho círculo y los estudios que en él llevaba a cabo. Nunca quiso explicar las razones que lo movieron poco menos que a tirar parte de su carrera por la borda y poco después se suicidó. Para sus conocidos (pues amigos, amigos de verdad, sólo tenía uno: yo) constituyó un enigma la carencia de móviles que rodeó su desaparición. La única manera que encontraron para explicarlo fue atribuyéndolo a discusiones y malquerencias con la mismísima madame Curie, explicación propiciada por el carácter de Terzeff, indisciplinado, independiente, romántico; de allí que se dijera que éste pretendió poner en tela de juicio algunos de los postulados teóricos de la insigne dama. Nada más ajeno a la verdad, pues aparte de que era difícil para un joven investigador como Terzeff acceder a tan altas instancias, poco interés demostró éste por los trabajos que entonces realizaba madame Curie. Sus esfuerzos estaban encaminados, digamos, a la otra mitad de la cama. Le interesaba Pierre Curie y su último proyecto. ¿Sabes cómo murió Pierre Curie?

—No...

—Lo atropello un camión. El 19 de abril de 1906, por la mañana, al atravesar la rué de la Daulphine. Trabajaba entonces en la investigación de las fuerzas psíquicas manifestadas en trances medianímicos, junto con otro científico de nombre D'Arsonval. La investigación quedó trunca y se archivó. Nunca más se habló de ella; de por sí ya era bastante heterodoxa y no guardaba relación con los anteriores trabajos de Curie. O tal vez sí, pero esto lo hacía aún más descabellado. Su colaborador, D'Arsonval, desapareció del mapa, nunca más se supo de él. Así de simple, tras la absurda muerte de Curie, D'Arsonval se esfumó. Tal vez fuera esto último lo que despertó la curiosidad de nuestro amigo. Ten en cuenta que ya por entonces tanto Terzeff como nosotros éramos mesmeristas si no plenamente convencidos, sí entusiastas, y a Terzeff le tuvo que parecer significativo que Curie trabajara, por decirlo así, en el plano de los médiums. Lo que hizo Terzeff lo ignoro, pero al cabo de los años, de 1920 a 1924, escarbando aquí y allá llegó a la conclusión, no vayas a gritar o a reírte, de que a Curie lo habían asesinado. Yo fui la única persona a quien confió sus sospechas, que por lo demás carecían de base sólida, documental, y tú eres ahora el segundo en oírlas. Jamás quiso revelarme en qué se basaba para sustentar semejante afirmación. Si te lo dijera, me dijo una noche, creerías que me he vuelto loco. En otra ocasión dejó que pensara que lo hacía para salvaguardarme. ¿Pero salvaguardarme de qué? De la locura o de lo que Terzeff estimaba como locura, supongo. En claro saqué que mataron a Curie no por lo que hacía, aunque en cierta medida el trabajo que llevaba a cabo era un buen pretexto para eliminarlo, y que su muerte cumplía, no me preguntes cómo, una función ritual. Aunque también recuerdo que Terzeff creía que toda muerte cumplía una función ritual, el único rito verdadero que quedaba en el mundo.

—¿Y por qué se suicidó Terzeff?

—Eso no lo supe nunca.

—Es una locura. Todo lo que me ha contado es una locura. Incluso, ateniéndome a sus palabras, se podría pensar que a Terzeff también lo mataron.

—No lo sé. Terzeff era mi amigo, tal vez el único amigo que he tenido en mi vida, y cuando me hizo estas confidencias, pocos meses antes de morir, le creí. Un acto de fe, tal vez. Ahora bien, lo que me parece indudable es que, mataran o no a Curie, mi amigo tuvo que descubrir algo terrible que lo llevó a la destrucción.

Miré a mi alrededor, el café se había vaciado y el frío envolvía las mesas y las sillas, las copas usadas y las colillas aplastadas en el suelo.

—Algo terrible... en los papeles, en las notas..., algo que pasó desapercibido para todos... Pero no para Terzeff, claro, no para el ojo clínico de Terzeff...

El rostro de Pleumeur-Bodou se perdió en una pesadilla de 1924. Su expresión era abotargada y abyecta, como si en el fondo de la pesadilla vislumbrara una luz y temiera.

—¿Cómo termina la película? —pregunté.

Me miró sorprendido.

—La película... —dije—. *Actualidad...* Usted ya la ha visto, ¿no?

—Infinitas veces.

—¿Cómo termina?

Pleumeur-Bodou sonrió tristemente:

—De una manera vulgar. Michel asesina a sus padres. Luego intenta matar a su mujer. No lo consigue. Se suicida. Pero antes le prende fuego a la mansión, un fuego magnífico, la destrucción total...

—¿Y el valet?

—Ah, esa marisabidilla curiosa muere entre las llamas, no se sabe muy bien si accidentalmente o no. ¿O tal vez emprende la huida? Eso es, se marcha. Desaparece. Se lo traga la noche. La película es bastante rara... No tengo una idea formada de ella. La verdad, no la entiendo del todo.

—Pero usted la ha visto muchas veces.

—Sí, pero hay secuencias, fragmentos, que todavía no entiendo. Tal vez nunca, qué más da...

—¿Qué hará usted ahora? ¿Volverá a España?

—Posiblemente. Tengo unos compromisos políticos por delante. —Pareció despertar—. ¿Y tú? ¿Cómo te trata la vida? ¿Sigues tan solitario como siempre?

Pensé insultarlo, pero no valía la pena. Pleumeur-Bodou había dicho la verdad, lo intuía, aunque esa verdad estuviera compuesta por sombras sobre la pared de una caverna. La versión de Terzeff hubiera sido distinta. Abril y el círculo se dilataba hasta la náusea. Geometría, todo era geometría y mierda. Me levanté.



—¿Te marchas? —Su voz sonó quejumbrosa.

—Sí. Gracias por todo.

—¿Qué harás?

—Creo que no tengo más que una alternativa... No lo sé... Ya veremos...

Cuando Pleumeur-Bodou sonrió pude ver resumidos, en el dibujo de sus labios, todos mis años inútiles y estériles. Sentí que si no hacía algo de inmediato me derrumbaría allí mismo, a los pies de mi ex condiscípulo.

—Espero que cuando regrese a España no corra riesgos inútiles —dije con amabilidad no sentida.

—Lo dudo. La República está condenada. Además, descuida, yo trabajo en la retaguardia. Soy oficial de Inteligencia, ¿te lo había dicho? Aplico mis conocimientos mesmeristas en los interrogatorios de prisioneros y espías. —Lanzó una risotada—. Algo muy efectivo, te lo garantizo.

Por fin, la desnudez, la miseria.

De improviso me sentí bien. O no: tan sólo un poco mejor. Me sentí descargado. Comprendí que iba a enfrentarme a algo infinitamente más peligroso que Pleumeur-Bodou, y que estas cosas, bien miradas, no importaban tanto. Cogí su copa de grog y se la arrojé a la cara.

—¿Qué? —Su rostro, más que indignación, expresó sorpresa.

Casi de inmediato se puso de pie y levantó con pésimos propósitos una silla por el respaldo. Retrocedí un paso.

—Vuelva a sentarse —dije—. No convirtamos esta despedida en una pelea de rufianes.

—Te voy a partir el espinazo.

—Tengo una pistola en el bolsillo —mentí—. Si sigue avanzando dispararé.

—Dispara, perro.

El encargado del bar y dos clientes nos miraban desde la barra.

—Llame a la policía —grité. Uno de los clientes pareció reaccionar y salió corriendo por la puerta.

Pleumeur-Bodou se sentó.

—Eres un crío. Pierre, venga, lárgate de una vez.

Sacó un pañuelo y comenzó a secarse la cara con cuidado.

—Te compadezco —dijo sin mirarme—, eres tan viejo como yo y ni siquiera sabes en qué lado estás. Deberías arrodillarte y besarme las manos. Pobre estúpido. ¿Tienes una pistola? ¿Tú? Qué ridículo. Lárgate de una maldita vez. Qué haces ahí mirándome. Te compadezco, en serio, en serio, eres digno de lástima, en serio, en serio, te compadezco...

Salí. La lluvia seguía cayendo sobre las calles.

A las siete de la tarde pedí un café en un bar cercano a la Clínica Arago. Estaba dispuesto a esperar la salida de madame Vallejo o en caso contrario a preparar cualquier stratagema que me permitiera entrar.

A las siete y media, mientras en una mesa vecina un grupo de estudiantes hablaban, todos al mismo tiempo y con profusión de interjecciones, de la guerra civil española (uno de ellos sostenía que mejor que discutir en París era enrolarse en las ambulancias de España), decidí que no tenía otra opción que colarme en el hospital por mis propios medios.

Pagué y salí a la calle, la cabeza hundida entre los hombros, con un plan no del todo bosquejado.

Oculto detrás de un árbol esperé el momento propicio; debo admitir que no me gustaba la idea de enfrentarme otra vez con la recepcionista y el bretón.

Al cabo de un rato los estudiantes que discutían en la mesa vecina salieron del bar y enfilaron sus pasos hacia la clínica. Me mezclé con ellos de forma discreta y cuando alcanzamos la otra acera me encontraba guarecido en medio del grupo, del brazo de uno de ellos, tal vez el que quería irse a España.

—Loables ideas, joven —dije—, loables ideas, no hay que dejar pasar al fascismo.

Me miró con un asomo de sorpresa; luego sonrió, tenía casi todos los dientes cariados, y dijo:

—Se equivoca, caballero. Mi vocación es la obstetricia.

—Es igual, amigo mío —dije—, todos debemos poner nuestro granito de arena.

Era un chico agradable y espontáneo, y parecía muy seguro de sí mismo.

Irrumpimos en la recepción tan ruidosamente como si aquello fuera una sala de baile. A los pocos segundos conseguí escabullirme por un pasillo cualquiera. A mis espaldas resonaron, cada vez más lejanas, unas voces juveniles:

—Adiós, Hélène.

—Adiós, Paul.

—Adiós, Lisa.

—Adiós, Robert.

Como un desertor, como el desertor que hubiera podido ser de no mediar el gas, me introduje en el hospital sin seguir demasiado tiempo un mismo derrotero, evitando a las enfermeras o a las visitas que de pronto aparecían, llorosas o sonrientes, por puertas que se abrían en los recodos más inesperados.

Mi deseo de evitar ser visto hizo que al cabo de unos minutos involuntariamente me perdiera. A esto también contribuyó la escasez de letreros que informaran al visitante de su situación actual, bien al contrario, las salas no estaban numeradas de forma correlativa, lo que dificultaba cualquier orientación; de igual manera, las escaleras, caprichosas, desiguales, con abundancia de rellanos inútiles, sumadas a los círculos y semicírculos de los pasillos, conseguían que el más avezado de los visitantes ignorara en un momento dado en qué piso se encontraba. Todo lo anterior resultaba agravado por mi determinación de no preguntar nada a nadie.

Pronto no hubo a quién preguntárselo. El pasillo al que llegué era oscuro y húmedo, con las paredes de cemento sin estucar, flanqueado por dos habitaciones: un cuarto de baño a medio construir y un trastero sin luz en donde se arracimaban colchones y paquetes de mantas comidas por la polilla. El pasillo terminaba en una pared en la que se apreciaban los trazos ilegibles de una inscripción hecha cuando el cemento estaba fresco, de carácter pornográfico, enmarcada dentro de un gran corazón. Todo allí olía a orina, a podrido, a revoltijo de heces humanas y animales, como si una costra de mugre delgada y dura alfombrara todo el suelo.

Decidí que esperarí hasta las nueve refugiado en el cuarto de baño y luego buscaría a Vallejo.

Cuando salí la actividad había decrecido considerablemente. Las visitas se habían marchado y los blancos pasillos se sucedían como páginas de un libro escrito en lengua extranjera, perturbados apenas por el sonido de voces remotas, sosegadas, el tintineo de las mesas de ruedas que portaban medicinas o recogían la cena de los enfermos, el borborismo del agua en los depósitos, el estrépito mínimo que llegaba de las calderas.

Sólo en dos ocasiones encontré gente; la primera, una enfermera que saludó inclinando la cabeza, confundíéndome o creyéndome médico; la segunda, un anciano que se arrastraba por un pasillo lateral a los grandes pasillos y que ni siquiera me miró.

Bajé, subí escaleras; me recuerdo mirando por una ventana una casa de tres pisos en el otro lado de la calle con igual fascinación que si mirara un planeta quimérico; evitaba salir a lo que creía eran los pasillos más transitados y cuando lo hacía era rápido, disponiendo sólo del tiempo necesario para reorientarme; abrí puertas, contemplé el rostro demacrado de un hombre gordo que dormía con la lamparilla del velador encendida; la cabeza de una anciana hundida en la almohada con expresión de felicidad mientras a su lado, en un sillón, dormía un hombre maduro, tal vez su hijo o su amante; vi el rostro redondo de una niña que también me miró, sin miedo y sin sorpresa.

Las galerías se alargaban a medida que transcurrían los minutos. Cada vez sentía más frío, mis pasos parecían resonar a lo largo de todos los pabellones, sabía que no iba a encontrar jamás la habitación de Vallejo.

Fue entonces, mientras intentaba hallar la salida de una zona en la que la búsqueda había sido infructuosa, cuando vi aquello al final del pasillo, como si todo el tiempo hubiera estado allí esperándome. Era apenas una silueta confusa, un cuerpo sin brazos, una pesadilla catapultada de golpe desde la infancia. Inspiraba más piedad que miedo, pero su presencia era insoportable. Abrázala, pensé, pero no me detuve mucho tiempo a considerarlo. Mis manos temblaban.

Intuí que la silueta *también* estaba temblando. Di media vuelta y eché a correr.

El laberinto, el gusto por el laberinto, se apoderó de mí: cada pasillo que surgía, cada escalera y ascensor eran una tentación a la que claudicaba, afiebrado, caminando a ciegas bajo la luz inconstante de las galerías. Descubrí que transpiraba a chorros, me apoyé contra una puerta, la puerta se abrió.

La habitación tenía dos camas, ambas vacías. Cerré la puerta y dejé que mi vista se acostumbrara a la penumbra. Fuera, el pasillo recobró su silencio especular de paisaje nevado. Me tendí en una cama. Las ramas de un árbol se asomaban por la ventana como trazos de un grabado japonés. Pensé en madame Reynaud, en la sencillez filiforme de la vida, en la necesidad de verla. Hacía frío y supuse que en alguna parte tenía que haber algún sistema de calefacción. Al aproximarme a la ventana vi bajo ésta a tres personas en medio de un cuadrilátero de hormigón que pretendía ser una plazoleta interior. La luz de un farol alargaba sus sombras hasta más allá de unas arcadas grises.

Eran dos hombres y una mujer; conversaban; la mujer de cuando en cuando golpeaba el suelo con el tacón del zapato; llevaba un vestido de dos piezas, negro, y sujetaba con el mismo brazo una gabardina gris y la cartera. Uno de los hombres vestía bata blanca de médico y el otro, pequeño, grueso, llevaba un sombrero calado hasta las orejas. Este último daba la impresión de escuchar a los otros dos sin convicción, impaciente, mientras miraba de reojo y con desconfianza su propia sombra que se extendía hasta el pie de las arcadas.

No podría precisar qué fue lo que me llamó la atención, pero después de dar una vuelta por el cuarto buscando la calefacción que de antemano sabía inexistente y que, caso de haberla, por prudencia y discreción tampoco hubiera encendido, me precipité de un salto junto a la ventana, como si me faltara el aire, la nariz y la boca pegadas al vidrio hasta empañarlo.

Llegué a tiempo para ver al hombre grueso cruzar la plazoleta y perderse en un corredor abierto donde alcancé a vislumbrar enormes tinajas de greda negra. La mujer y el otro permanecieron en una actitud de espera, el rostro del hombre inclinado, como estudiando el dobladillo del vestido de su acompañante, el de ella recorriendo sin curiosidad las ventanas que tenía a su derecha, todas opacas. En algún momento el hombre sacó cigarrillos y le ofreció. Ella movió la cabeza, la palabra gracias apenas insinuada, y volvió la vista hacia la izquierda, dubitativa, como si ahora contara las ventanas de esa fachada, en la cual, si

escudriñaba bien, podría descubrir mi silueta, asustarse de encontrarme allí, contemplándoles, asustarme. De improviso volvió a aparecer el que se había marchado y acaparó las miradas.

Pude apreciar que se parecía a Lemière (el que estaba con la mujer se parecía a Lejard, pero ella no era, por supuesto, madame Vallejo). Bamboleándose con rapidez, con andares de pato asustadizo atravesó el empedrado. Había salido directamente de las arcadas y parecía tener prisa por reunirse con los otros. Con delicadeza, morosamente, la mujer le puso una mano en el hombro y el hombre grueso (no era Lemière) hizo un gesto, sin mirarla, que no comprendí. El médico cogió entre las suyas la mano de la mujer y el hombre grueso se sacó el sombrero, esperó que los otros dejaran de consolarse y repitió el gesto. Era un simple *no*, la cabeza movida horizontalmente a derecha, a izquierda, a derecha... Con una crispación interna que la convertía en algo mucho más punzante la barbilla del hombre grueso golpeó como un badajo contra su clavícula, como si al denegar se estuviera esfumando su propia libertad. La mujer retiró la mano que el médico sostenía y se la llevó a los ojos, desde donde resbaló hasta la mejilla, autónoma, como una araña, los dedos cubriendo la boca. El hombre grueso se encogió de hombros. El médico hizo con la cabeza un gesto brusco, falsamente optimista, y cogió a la mujer de la cintura. Esta se dejó llevar, dócil, en dirección contraria a las arcadas, hasta pasar justo por debajo de mi observatorio (el médico tenía la coronilla calva, perfectamente tonsurada, y el pelo de ella parecía suave, cayendo en ondas que reflejaban la luz amarilla del farol). El hombre grueso permaneció todavía un instante de pie en medio de la plazuela, el mentón hundido, las manos en los bolsillos, y luego echó a andar detrás del médico y la mujer.

No tuve que aguardar mucho para saber que, fuera lo que fuese lo que allí se representaba, aún no había terminado. Enfrente, en la franja oscura amparada por las arcadas, vi el rescoldo de un cigarrillo, adiviné a una persona fumando sentada en el banco de madera que corría a lo largo de la pared. Creo que estuvo allí todo el tiempo y creo que ellos lo sabían o lo intuían cerca, al menos el hombre grueso tuvo que saberlo, tuvo que verlo, probablemente fue él quien, adulator y medroso, le encendió el cigarrillo, quien tapó con su cuerpo el chispazo de la cerilla.

Alcancé a decirme que estaba espiando cosas que, amén de ajenas, carecían de interés, me mentía; después el cigarrillo describió una parábola en el aire nocturno y el hombre se mostró, salió al espacio iluminado con las manos en los bolsillos y la actitud despreocupada del paseante insomne.

No me costó demasiado comprender que me había visto. Se detuvo, cuando parecía que iba a seguir el camino de los otros, y levantó los ojos directamente hacia mi ventana. Creo que supo que yo lo miraba, percibió mi asombro, tal vez mi perplejidad y tristeza. Su postura, de todas maneras, no indicaba sino indiferencia apenas teñida de interés. Como si observara a un loco, pensé (por mi cabeza pasaron, como dos canoas, la imagen de la enfermera que me había impedido la entrada y mi propia imagen, envuelto en una camisa de fuerza). De pronto descubrí que mis manos intentaban abrir la ventana,

infructuosamente. Después del primer momento de sorpresa (no era mi intención abrirla) acepté la idea y mis dedos siguieron tanteando a lo largo del marco. Fue inútil, la ventana no tenía pestillo ni era de guillotina ni se abría. El hombre continuaba en el centro de la plazoleta, mirándome. Golpeé el vidrio con los nudillos. Si me oyó no hizo ningún ademán que lo demostrara. Busqué el interruptor, deseaba, guiado por un impulso irracional, dar la luz, enseñarme. Confirmar sin asomo de duda mi *presencia*, mi *asistencia*, un espectador humilde pero puntual. Tampoco la luz funcionaba, me había metido en el único cuarto donde todo estaba estropeado. Cuando regresé junto a la ventana, casi gimiendo, el hombre aún seguía allí, mirando la ventana como si yo en ningún momento me hubiera alejado de ésta, como si el cuarto, las paredes, la Clínica Arago, yo mismo, fuéramos transparentes, inútiles barreras para su mirada que hurgaba en el cielo oscuro, en las estrellas.

Aún permanecimos un instante más fijos el uno en el otro. Luego, pausadamente, reanudó su caminar con pasos que no resonaron, hasta desaparecer de mi vista. Pude tener entonces la medida de mi cansancio. Miré hacia arriba: un techo de cristal, asentado sobre andamios de hierro, separaba a la plazoleta de la noche exterior. Sin tropezar, con seguridad, como si algo del desconocido se me hubiera contagiado, me tiré en una de las camas y me quedé profundamente dormido. Desperté pasadas las doce de la noche, salí sin preocuparme de ser visto, nadie me detuvo ni me dijo nada.

Durante los días siguientes mi vida pareció volver a su cauce normal. La desesperación pura y simple alternada con períodos depresivos, acaso de origen religioso puesto que consideraba aquello como algo inevitable, sin pensar en ningún momento en el suicidio, sino aceptando la pena, apurándola, volvió a marcar la pauta de unos días lúcidos, pese a todo tranquilos.

Por supuesto, no olvidé a Vallejo, pero al mismo tiempo sabía y aceptaba mi marginación de su historia, de su realidad en donde yo no tenía cabida. El puente que unía nuestros mundos, madame Reynaud, había desaparecido y con ella cualquier posibilidad de acercamiento.

Así, a partir del lunes 11 de abril mis actividades se concretaron en la siempre balsámica lectura de *Las vidas imaginarias* y *La cruzada de los niños*, de Schwob, en algunas páginas de Renard y de Alain-Fournier que me hacían sentir nostalgia por una campiña donde jamás había vivido, en paseos erráticos por la ciudad, en dos visitas a casas de buenos amigos con la secreta intención de relatarles mis recientes aventuras, lo que en ambos casos me resultó imposible por no saber por dónde comenzar ni parecerme convincente aquello que consideraba el final de la historia. En dos ocasiones, asimismo, telefoneé a madame Reynaud, sin éxito. Una tarde, quizá la del jueves 14, más por spleen que por obstinación, me planté durante algunas horas frente a la Clínica Arago, en el mismo bar de las otras veces, mirando sin demasiada atención a través del ventanal, por si aparecía madame Vallejo.

La confirmación de una desgracia que presentía, la idea de saberme solo de una manera tal vez irremediable que empezaba a abrirse paso en mi mente, se

presentó el 20 de abril al encontrarme por casualidad con madame Reynaud en la rue Rivoli. La acompañaba un hombre alto, bien parecido, que sostenía un paraguas. Madame Reynaud lo presentó como monsieur Jean Blockman, su novio.

Sin saber qué decir, yo no llevaba paraguas, la lluvia me estaba mojando, deseaba irme, le conté mi pasado incidente con la enfermera. Al escucharme se le iluminó el rostro. Pensé que era muy hermosa y que yo era muy desdichado. Me contó que había regresado el domingo 17, de Lille, con monsieur Blockman, quien había tenido un accidente a la postre sin importancia, de allí su repentino viaje a Lille (Blockman sonrió, la miró con adoración) y al volver lo primero que hizo fue visitar a madame Vallejo. Esta le informó que yo no acudí a la cita.

—No tengo idea de por qué me impidieron entrar —digo después que ella, consultando a Blockman, afirma que es sorprendente todo lo que me ha ocurrido.

Luego Blockman le recuerda la hora y madame Reynaud sonrío rápidamente y dice que van a llegar tarde.

—Por supuesto —alcanzo a murmurar con una cortesía podrida.

No sé si ella se dará cuenta de lo que siento. Monsieur Blockman me tiende la mano, dice que espera verme en alguna otra ocasión, Marcelle le ha hablado muy bien de mí. De repente madame Reynaud dice:

—Pero si usted aún no debe de estar enterado.

Inclino la cabeza. Estoy mareado, me gustaría enterarme de tantas cosas, de la vieja madame Reynaud, de por qué no contestaba el teléfono, de las sombras que se deslizan por las noches de París, del futuro.

El rostro de madame Reynaud resplandece, la lluvia le sienta bien. Blockman es feliz a su lado y no le quita la vista de encima. Madame Reynaud, entonces, dice que no estoy informado de que Vallejo ha muerto y que incluso ya está enterrado, ella asistió al sepelio, muy triste, hubo discursos.

—No —digo—, no sabía nada.

—Algo muy triste —confirma Blockman, él también fue al cementerio—, Aragón hizo un discurso.

—¿Aragón? —murmuro.

—Sí —dice madame Reynaud—. Monsieur Vallejo era poeta.

—No tenía idea, usted no me dijo nada al respecto.

—Así es —afirma madame Reynaud—, era un poeta, aunque muy poco conocido, y pobrísimo —añade.

—Ahora se volverá famoso —dice monsieur Blockman con una sonrisa de entendido y mirando el reloj.

**Epílogo de voces:  
La senda de los elefantes**



PAUL RIVETTE

Avignon, 1858—París, 1940

«Desde antes de abrir la puerta ya sabía cómo iba a encontrar al viejo, en qué rincón del cuarto, qué rostro iba a intentar ocultarme. Me senté frente a él y sin ninguna clase de preámbulo se lo dije. Por supuesto, fingió no entender nada, hizo algún intento por quitarle importancia, finalmente se levantó refunfuñando, las facciones flaccidas, como si no pudieran colgar demasiado tiempo más de sus huesos. Un rostro destrozado por las vacilaciones. Acaso por la cobardía y la prudencia. Le dije que no tenía importancia, que no importaba que me entendiera o explícitamente me prestara su ayuda y entonces dio señales de calmarse. Hubo un momento en que pensé: viejo egoísta y miedoso. Luego me sentí solo, cubierto por la gran ola negra, y agradecí su presencia, su compañía que huía de cualquier clase de compromiso. No lo volví a ver más. Murió el día que los alemanes ocuparon París. Fue encontrado cuando el hedor descendió las escaleras y se hizo insoportable para los vecinos.»

MOHAMMED SAGRERI Marrakech, 1910—París, 1945

«Su rostro, en el otro lado de las persianas venecianas, aparece inmutable en una actitud que podríamos denominar como contemplación del vacío.»

Portero durante 1938 y 1939 del cabaret Los Arqueros, en los alrededores de la puerta de Clichy, en los años siguientes su vida transcurre en el ejercicio de oficios variados y mal retribuidos que ejerce con diligencia y cierto distanciamiento, como si ya no estuviera allí.

«Ahora lo vemos dormido sobre un catre de campaña, la mano izquierda colgando fuera de la cama, el rostro enterrado entre las mantas, las piernas separadas como las de una mujer en el acto de parir. Sobre una silla, perfectamente doblada, cuelga su ropa nueva. La habitación tiene las ventanas abiertas por donde entra el sol a raudales.»

ALPHONSE LEDUC

París, 1918—París, 1940

CHARLES LEDUC

París, 1918—Vancouver, 1980

«Los hermanos Leduc, unas viborillas de mucho cuidado, si no andabas con tiento podían saltar encima de ti y destrozarte.»

Los autores de los desastres en pecera tuvieron destinos disímiles. Alphonse se suicidó de un balazo en la sien en plena vía pública, poco después de que las divisiones panzer de Guderian y Kleist hubieran roto el frente. De hecho, mientras duró la guerra telefónica (The Phoney War), es decir entre octubre de 1939 y abril de 1940, Alphonse amenazó con el suicidio varias decenas de veces. ¿Por qué no lo hizo entonces?, probablemente porque la situación no alcanzaba la gravedad que la decisión de descerrajarse un tiro requería. Su hermano gemelo intentó disuadirlo pero en el fondo sabía que dijera lo que dijera la voluntad de Alphonse era inquebrantable. En 1947 Charles Leduc pudo embarcar con destino a Buenos Aires, en donde sus peceras, al igual que en París, pasaron completamente desapercibidas. Desde entonces su vida consistió en subir, si bien con intervalos de tiempo que a veces duraron, para su gusto, demasiado, hacia el norte, el norte magnético, helado, apacible. Sus últimos años transcurrieron en Vancouver, comerciando con muebles y libros antiguos.

JULES SAUTREAU

Lyon, 1895—Montpellier, 1960

*Del carnet de su hija Lola:* «Papá era simpático, pero también inteligente o algo parecido, podías preguntarle lo que te apeteciera, siempre estaba dispuesto a escucharte, además de que sabía el doble o el triple de lo que tú sabías, no quiero decir conocimiento enciclopédico, no era un D'Alembert, no, en realidad leía poco, revistas deportivas y cosas así, pero podía, por el contrario, adivinar tus gustos, tus inquietudes, por ejemplo, cuando mis hermanas y yo éramos jóvenes estudiantes solíamos hablar de Camus y papá terciaba encantado en las conversaciones con frases muy atinadas o apuntes críticos o referencias bibliográficas, y luego, años después, me enteré de que jamás había leído un libro de Camus, en el fondo papá era un bromista...»

## JEAN BLOCKMAN

Colmar, 1908—Arras, 1940

A desgana, Jean Blockman fue movilizado en 1939. En abril de 1940, en su compañía sólo hablaban de la mejor manera de desertar. Nadie desertó, casi todos se rindieron. No fue ése el caso de Blockman, que vagó perdido por los alrededores de Arras buscando infructuosamente una puerta de escape a París. En las ocasiones en que encontró al enemigo combatió con tesón y cierto entusiasmo que desconocía poseer. Se supo valiente, pero sobre todo se supo afortunado: no tenía ni una sola herida. Con todos los oficiales y suboficiales muertos o desaparecidos, su grupo tácitamente lo aceptó como jefe. Recordando historias leídas en la adolescencia Blockman decidió que dormirían durante el día y caminarían de noche. La primera noche de marcha encontraron a una docena de carmelitas descalzas vagando en la oscuridad. La noche siguiente, a una delegación de la cámara de comercio de Arras. La tercera noche encontraron a una patrulla británica (en realidad tres hombres exhaustos) que tras discutir con gestos sobre la conveniencia de marchar al norte o al oeste se separaron amistosamente deseándose toda la suerte del mundo. Al día siguiente, mientras dormían en una zanja, Blockman y sus hombres fueron ametrallados por una patrulla alemana.

## MARCELLE REYNAUD

Chateauroux, 1915—París, 1985

Madame Reynaud aguantó la guerra y la muerte de Blockman con una entereza sorprendente. En 1944 obtuvo el trabajo de secretaria en la empresa de ropa femenina Dupleix y Hermanos, en donde conocería a su segundo marido, uno de los modistos de la firma, con quien se casó en 1947. No tuvo hijos. Su vida, en cambio, fue intensa y feliz. En 1955 enviudó por segunda vez. No hubo más nupcias aunque sí ocasionales amantes. Hasta su jubilación trabajó en Dupleix y Hermanos, en donde cosechó éxitos y amigos. A veces recordaba su juventud y se ponía a llorar, lágrimas de vieja perpleja ante el desfile de imágenes incomprensibles: el rostro de su primer marido, la lluvia, el sol, los cafés del Barrio Latino, Pierre Pain, un poeta de quien jamás leyó un solo verso, la ternura de las antiguas amigas, las lagunas de cualquier historia, lagunas que con los años van disminuyendo, se van agostando, van siendo menos importantes, menos lagunas y más desiertos. Murió de un ataque al corazón mientras leía un libro de viajes. Su asistente portuguesa la descubrió tres horas más tarde.

MAURICE FEVAL, también conocido como  
Aloysius Pleumeur-Bodou  
Amiens, 1895—Tarragona, 1964

«Un caballero francés, mis amigas lo adoraban, elegante y con ese deje, esa pronunciación imposible que era su mayor atractivo, aunque la verdad es que llevaba mucho tiempo viviendo en nuestro país como para seguir hablando tan mal, no sé, tal vez exageraba un poquito. No, nunca se casó, tal vez en Francia, pero no creo. Era del tipo soltero—soltero. Dicen que llegó por primera vez a Cataluña con el Ejército Nacional, qué quiere que le diga, no sé. Luego se marchó y al cabo de los años regresó a nuestra ciudad. Al principio casi nadie lo conocía; pero él era amigo o al menos mantenía la fachada de amistad con los peces gordos del Movimiento en Cataluña y Valencia. Con el tiempo acabó ganándose a la gente decente. Aunque siempre una parte de él se mantuvo al margen. Un hombre que cultivaba su lado misterioso, ¿entiende? Decían que no podía volver a su país, una condena a muerte o la prisión lo aguardaban. ¿Qué hizo para merecer tal castigo? Unos aseguraban que colaborar con los alemanes, otros que mató a uno o varios niños, cosas terribles, ya se sabe, la gente tiene la lengua suelta y dispuesta a destilar veneno. Pero con el tiempo lo aceptaron sin reservas. Un caballero simpático. ¿De qué vivía? Daba clases de francés, raro, ¿no? Digo, con las facilidades que tuvo para montar un negocio a su medida, algo más rentable que una pobre academia de lenguas. Al principio, se lo aseguro, no le faltaron dinero ni contactos. En fin, tal vez no pensaba quedarse tanto tiempo, vaya uno a saber.»

GUILLAUME TERZEFF

París, 1897—París, 1925

«No sé si fui el primero en verlo, lo que sí puedo afirmar es que fui el primero en dar aviso a la policía. No eran aún las 6 de la mañana, todavía estaba oscuro, sólo la luz de las farolas iluminaba, es un decir, el puente; de cualquier modo yo estoy acostumbrado, atravieso el puente todas las mañanas y todas las noches y no me importa. No creo en aparecidos. Aquella mañana era bastante fría. Sí, un poco más de lo normal, para entendernos una madrugada de perros. Al grano: cuando llevaba recorrida más de la mitad del puente noté algo raro. Bueno, cualquiera lo pudo ver, por eso le digo que no sé si fui el primero. En fin, a esa hora la gente no está muy despierta, ¿verdad? Bueno, era una cuerda anudada a la balaustrada, así que lo único que hice fue asomarme y ver, colgando a unos dos metros por debajo, el cuerpo de una persona. Me persigné un par de veces, aunque no soy creyente. Era un joven alto y delgado y con el pelo largo y sin peinar. Supe de inmediato que estaba muerto. No hacía ningún movimiento. Bueno, la brisa que pasa por debajo del puente movía un poco el cuerpo, pero eso era todo.»



PIERRE PAIN

París, 1894—París, 1949

«Se ganaba la vida leyendo las líneas de la mano y echando el tarot en el cabaret La Casa de los Viejos Compadres. Allí lo conocí y aprendí de él una parte de lo que sé de este oficio. La otra parte la aprendimos juntos, monsieur Pain y yo, del gran mago y señor de la noche Chu Wei Ku, también llamado Daniel Rabinowicz, el tipo con las manos más veloces de toda Europa, un orgullo de la profesión. Cartomancia, quiromancia, los misterios cabalísticos, el enigma de las pirámides, el horóscopo chino, magia roja y negra, telepatía, reencarnación, rosacruces, numerología, pirámides de cristal puro, amuletos, vudú, árboles de la vida, todo lo tocábamos y para todo teníamos clientes. Y eso que eran unos años del demonio, literalmente del demonio, pésimos para la farándula. ¿Cómo comenzó monsieur Pain a trabajar allí? Supongo que cuando le quitaron su pensión de invalidez, poco después de que empezara la ocupación. Digamos que apareció por La Casa de los Viejos Compadres en septiembre, octubre o noviembre del 40, con un aspecto que daba pena, como si llevara un mes o algo así sin llevarse un pedazo de pan a la boca, ríase usted de Gandhi. Yo entonces tenía quince años y era el chico de los recados del cabaret. Un pobre huérfano carente de afecto y sin futuro. Y no sé cómo, en menos de lo que canta un gallo, ya éramos amigos los tres: Chu Wei Ku, que junto a Lita Hoelle era la estrella del espectáculo, monsieur Pain y yo. ¡Ah, Lita Hoelle! Las mejores piernas que contemplé en mi adolescencia, pero sobre todo una chica alegre, con alegría interior, auténtica, que se reía con el alma y hacía felices a los demás. Ahora debe de ser abuela, se retiró hace tiempo. Seguro que sus nietos la adoran. Sí, durante un tiempo Lita fue amante de Chu Wei Ku, pero nunca se enteró de lo nuestro. Supongo que Chu no quiso que ella se arriesgara, o no le tuvo confianza o vaya usted a saber. El grupo lo integrábamos Chu Wei Ku, monsieur Pain y yo. Nadie más. Un grupito de enlace y apoyo. Más o menos venía a ser lo mismo que hacía en La Casa de los Viejos Compadres, ir de un lado a otro y entregar recados. Los mensajes los recibía Chu Wei Ku, no me pregunte cómo, y luego los repartíamos entre los tres, dependiendo del barrio, la hora, la clase y volumen del encargo. Como ve, dentro de lo que cabe, una vida agradable. Hasta finales del 43, que fue cuando detuvieron a Chu. No por el trabajo en la Resistencia, de eso nunca se enteraron, sino porque algún cerdo les fue con la historia de que detrás del chino se escondía Daniel Rabinowicz, el judío. Mala baba y mala suerte. En marzo de

1945, a la edad de treinta y cuatro años, Chu murió en un campo de concentración alemán. En la memoria de los noctámbulos, de los farristas y de la gente del espectáculo quedarán para siempre algunos de sus números, como la desaparición de cincuenta palomas y la reaparición de cien, más cincuenta repartidas en cuatro mesas escogidas al azar. O la conversión en ángel de un joven de quince años y su posterior vuelo y desaparición. En resumidas cuentas así fue como monsieur Pain y yo nos quedamos solos y sin saber qué hacer, qué pasos dar en el turbulento mundo de la lucha antifascista. Al principio esperamos que la Resistencia se pusiera en contacto con nosotros, pero nada, todo en balde, para la Resistencia o quien fuera que le daba los mensajes a Chu Wei Ku dejamos de existir. No nos quedó más remedio que ceñirnos a nuestros objetivos puramente laborales: monsieur Pain se aplicó a la lectura de las manos, manos manchadas de sangre, manos de verdugos y de putas siniestras, de vividores y de traficantes del mercado negro, y yo seguí de recadero. A esas alturas de la función sólo nos teníamos el uno al otro. Cuando terminó la guerra nos pusimos a trabajar en el cabaret Panamá, La Casa de los Viejos Compadres fue cerrada y su dueño encarcelado por colaboracionista. Entre monsieur Pain y yo llevamos a escena algunos de los viejos números de Chu Wei Ku. Luego estuvimos en el Carrusel y en el circo de los hermanos Bonnani.

Eso fue por el año 47. De todas formas monsieur Pain no podía llevar un ritmo de vida demasiado ajetreado. Intentó recuperar su pensión de invalidez, pero aquellos años eran caóticos y nada funcionaba. Así que seguimos trabajando juntos en los cabarets y circos del extrarradio de París. Hasta que un día sus pulmones no pudieron más y reventó. Murió en mis brazos, en la oficina del patrón del cabaret Madame Doré.»

## ÍNDICE

NOTA PRELIMINAR.....	4
Monsieur Pain.....	6
Epílogo de voces: La senda de los elefantes .....	80